18
Laura Balagué Gea
UNA
INVESTIGACIÓN
LAICA
CN
CosechaNegra
EDICIONES

Una investigación laica

Laura Balagué

A la memoria de mi hermano Luis,
La mejor persona que he conocido nunca

investigación laica

CAPÍTULO 1 (Carmen)

Carmen rebuscó desganada en el cajón de los calcetines. No, los guantes forrados tampoco estaban ahí. Debía de hacer más de cinco años que no los había usado. Oyó a Mikel canturrear mientras sacaba unas botas del altillo y dirigió una mirada desconsolada a su maleta a medio hacer.

Era 5 de diciembre y su marido y ella estaban preparando el equipaje para el puente, aunque no para el mismo destino. Mikel iba con los alumnos del instituto a esquiar a Astún. Probablemente, ese plan le parecería un infierno a la mayoría del profesorado, pero no a él. Le gustaba esquiar, le gustaban sus alumnos —cosa incomprensible desde el punto de vista de Carmen— y anunciaban unos días de sol y buena nieve en la zona.

Carmen, por el contrario, estaba muy arrepentida de haberse apuntado a un viaje con sus compañeros de comisaría. Había sido a primeros de noviembre, tras de la resolución de un caso difícil. Se habían reunido para celebrar el cumpleaños de Lorena, la agente más joven del equipo, y estaban tomando unos pinchos y unos vinos después del trabajo. Sacaron una tarta que habían comprado con treinta y dos velas y Lorena invitó a cava. Quizá fue el alcohol, o el momento de relax después de la investigación sobre el homicidio de María Prados, el caso es que cuando Iñaki anunció que durante el puente de diciembre iba a ir al pueblo de su madre porque habían vendido la casa, Fuentes tuvo la brillante idea de proponer que pasaran unos días todos juntos para ayudar al joven a vaciarla. Carmen intentó poner excusas: era impensable irse todos a la vez, dónde se iban a alojar, haría mucho frío… Pero el resto del equipo parecía animado y rebatieron todos sus argumentos.

—Nos deben un montón de horas a todos —dijo Fuentes—. En esta

época hay poco trabajo y el comisario Landa no va a ningún sitio, lo ha dicho. Podemos estar localizados, si nos necesitan en un par de horas nos plantamos aquí.

—Por el alojamiento no habría problema —dijo Iñaki—. Hay varios hoteles rurales y en esta época no suelen estar muy llenos. Puedo llamar…

Lorena también parecía encantada con la idea y, al final, Carmen aceptó.

Después, todo salió sorprendentemente bien: Landa les concedió el permiso, Iñaki encontró alojamiento en un antiguo convento restaurado en su mismo pueblo y Fuentes se ofreció a llevar su todoterreno, que tenía neumáticos de invierno. Al principio no le pareció tan mal, no le entusiasmaba, pero pensó que quizás fuera bueno para el equipo. La idea de pasar varios días en compañía de Fuentes, que tanto la irritaba, le producía una cierta inquietud, aunque quiso pensar que en grupo sería llevadero.

Pero ya había llegado el momento, ya no era un plan futuro, sino una realidad inmediata y Carmen se cercioró de que la espantaba.

Intentó embutir dos jerséis gordos en la maleta. Eran pocos días, pero la ropa de invierno abultaba mucho. Le había pedido a su amiga Miren unas botas de monte. Ella no tenía porque jamás practicaba senderismo ni esquí ni cosa que se le pareciera. Cuando sus hijos eran pequeños, Mikel a veces los llevaba a esquiar. Volvían los tres encantados y ella pasaba un fin de semana feliz de cine y lectura. Contempló un gorro de lana con aire dubitativo. Se lo probó y se miró en el espejo. El gorro volvió al cajón del que nunca debió salir. Se pondría la capucha del abrigo o perdería las orejas, pero no pensaba llevar esa prenda.

—¿Cómo vas, Carmen? ¿No venían a buscarte a las siete? Yo estoy listo y salgo para el instituto ya —dijo Mikel desde la sala.

Carmen miró el reloj y vio que debía apresurarse. Cogió el cargador del móvil, dos libros y metió a barullo algunos productos en el neceser. Mikel seguía hablando en un tono insoportablemente optimista.

—¿Has visto el mensaje de Ander? Ya está con su hermano. Creo que también van a esquiar.

Carmen no respondió. Había visto el mensaje de su hijo menor, de viaje en Suecia para visitar a Gorka, que estaba de erasmus. Le parecía fenomenal que el mundo entero esquiara y se divirtiera en aquel puente. Excepto ella, que pasaría tres días empaquetando cosas polvorientas en una

casa helada mientras Fuentes contaba chascarrillos y chistes verdes. ¿En qué estaría pensando el día que aceptó?

Cerró la maleta con esfuerzo y respiró hondo. «A las penas, puñaladas», se dijo. Y salió de la habitación para despedirse de Mikel, que tenía un aspecto radiante con su gorro rojo rematado por una borla verde.

—Pásalo bien, Papá Noel. Y no te rompas nada, no tengo ganas de cuidar inválidos.

Bajaron juntos en el ascensor y Carmen lo vio marchar mientras se arrebujaba en su anorak. Si hacía ese frío en San Sebastián, ¿qué sería en Burgos?

Por suerte no tuvo que esperar mucho. No habían transcurrido ni dos minutos cuando vio aparecer el todoterreno blanco de Fuentes. Lorena e Iñaki se habían sentado atrás para dejarle el asiento del copiloto, pero eso le produjo un escalofrío. Colocó su equipaje en el maletero y obligó a Iñaki a pasar delante con la excusa de que él conocía el camino. Se ovilló en su asiento y cerró los ojos pretextando dolor de cabeza.

Pasó un rato sumergida en sus pensamientos oyendo a medias la conversación de sus compañeros. Hubo un rato de atasco, con parones y avance lento. Supuso que en la salida de Bilbao. Oía a Fuentes increpar a los demás conductores: «Eso, tú métete ahí, tarugo…», pero luego debió de quedarse dormida. Abrió los ojos en una carretera estrecha y con curvas y preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Como a una hora de Fuenrota. Hemos perdido bastante tiempo a la salida de Bilbao, pero esto está muy despejado —respondió Iñaki.

—¿Cuántos habitantes tiene el pueblo? —preguntó Carmen, decidida a cambiar de actitud y comportarse como una mujer cabal.

—No estoy seguro. Creo que sobre los quinientos, aunque en invierno igual son menos. Ha subido un poco gracias al hotel. Algunos jóvenes se quedan por aquí y organizan cosas para el turismo: rutas a caballo, excursiones guiadas, campamentos para niños en verano…

Siguieron charlando acerca de la zona, los parajes más interesantes y las numerosas iglesias románicas. Sobre las nueve y media llegaron al hotel Santa Clara.

Por suerte, el antiguo convento tenía una excelente calefacción y la

temperatura era muy agradable. Un joven de poco más de treinta años les ayudó a meter los equipajes y les pidió los carnés para el registro. También les ofreció algo de cena y los acomodó en una sala con chimenea. Era una habitación grande, con ventanas ojivales y varios sofás y sillones tapizados con telas en tonos rojizos. En un rincón una armadura intentaba dar un aire medieval al antiguo convento. Carmen supuso que los castillos resultaban más atractivos al turismo o, al menos, que eso opinaban los dueños.

—No damos cenas si no es por encargo, pero al menos algo para picar. A estas horas no es fácil encontrar nada cerca, hay que irse hasta Espinosa de los Monteros —dijo el chico mientras ponía unas fuentes de embutido, pan y queso en una mesa baja—. ¿Para beber qué les pongo?

Todos comieron con apetito. Estaban solos en la sala. Cuando entraron, una pareja de mediana edad leía en un rincón, pero poco después de su llegada se fueron.

A Fuentes se le veía pletórico.

—Este sitio tiene que ser bueno para cazar. No sé cómo no nos habías dicho que tenías casa aquí. Qué pena que la vendáis… ¿A tus padres no les gusta venir?

Se hizo un silencio que a Carmen le resultó violento. Probablemente porque sabía el motivo por el que nadie de la familia de Aduriz visitaba Fuenrota. Intentó sacar otro tema de conversación con rapidez, pero Iñaki le hizo un gesto.

—No importa, jefa. No sé por qué he guardado el secreto tantos años. Quizás ahora que nos vamos a deshacer de la casa sea el momento de hablar de este tema que tanto nos duele. —Miró a Fuentes y a Lorena antes de proseguir—. El último verano que pasamos aquí fue el del 93. Yo tenía ocho años y mi tío José, el hermano de mi madre, murió asesinado. Nunca se descubrió al culpable y mi madre no quiso volver nunca.

—¡Hostia! —saltó Fuentes.

Lorena y Carmen continuaron en silencio. Iñaki continuó. Carmen pensó que nunca lo había visto hablar tanto rato seguido y con tanto aplomo.

—En ese momento en casa no me dieron muchas explicaciones. Solo que mi tío había muerto, pero había más críos en el pueblo y los niños se cuelan por los rincones y se enteran de muchas más cosas de las que los adultos creen. Supe que habían matado al tío José de un golpe en la cabeza.

Tuve pesadillas durante años con un hombre que iba con un garrote. Mi madre decía que dormido daba cabezazos contra la almohada. No sabía que era para darle en la mano al hombre del garrote. Mi abuela, que hasta entonces había vivido aquí con su hijo, se vino con nosotros a Donostia. Murió a los dos años; yo creo que de pena. Por eso quise entrar en la Ertzaintza, para ver si conseguía que lo que nos pasó a nosotros no le pasara a más gente.

Hasta Fuentes se quedó sin palabras. Lorena apretó el brazo de Iñaki en un gestó cariñoso. Carmen se sintió obligada a decir algo.

—¿Se te hace muy duro volver aquí?

El joven dudó unos instantes.

—Más que duro, extraño. No sé qué me parecerá al entrar en la casa. Al llegar he tenido la sensación de que el pueblo había encogido, pero apenas he tenido tiempo de verlo. Veremos mañana…

Fuentes había recuperado el aplomo perdido y preguntó:

—¿Crees que se hicieron bien las cosas? ¿Tus padres qué pensaban?

—No sé. Mis padres, desde el momento en que no pillaron al culpable, piensan que no se hicieron bien. Yo ahora sé que eso no siempre es así, pero no podemos saberlo.

—Igual podríamos hablar con los compañeros de la Guardia Civil… —se fue animando Fuentes.

—No queda ninguno aquí de los de esa época. Eso ya lo pensé en un momento dado, hace un par de años y me puse en contacto con el puesto más cercano. Me respondieron muy amables que no quedaba ninguno de los destinados en esa época. Están jubilados o se trasladaron. Nada, vaciaremos la casa y pasaremos página.

—Hombre, igual podemos hacer algo… —insistió Fuentes.

Iñaki movió la cabeza con aire abatido. Lorena comenzó a hablar y a llorar a un tiempo.

—No, no pasaréis página. De una cosa así no se pasa página. Hay que hacer algo por saber, aunque no sirva de nada, aunque haya prescrito; para poder descansar hay que saber.

Todos la miraron asombrados. Lorena no solía ser tan vehemente.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros? Y tantos años después… —dijo Carmen.

—No lo sé —insistió la joven—. A lo mejor no sirve de nada, pero

creo que para que Iñaki se quede tranquilo, por lo menos deberíamos intentarlo. Hablar con la gente, ver qué recuerdan, qué publicó la prensa… Lo que sea.

Iñaki permanecía en silencio. Fuentes comenzó a lanzar ideas de cómo podrían comenzar una investigación «laica», como decidió llamarla. Carmen temía que todo el asunto perturbara todavía más a Iñaki y dijo:

—Creo que ha sido un día muy largo. Deberíamos descansar y mañana, frescos y reposados, ya pensaremos qué hacer.

Dos horas después, tumbada en la cama mirando la reproducción del Greco iluminada por la luna, Carmen se preguntó de nuevo quién le mandaba apuntarse a aquel plan.

CAPÍTULO 2 (Fuentes)

Fuentes estaba feliz. Se había despertado a las siete, había salido a respirar aire puro sin temor al frío, había comprobado que los alrededores estaban escarchados y ahora disfrutaba de unos huevos con jamón. ¿Qué más se le podía pedir a la vida?

La verdad es que la tarea que los había llevado a Fuenrota era bien triste, pero él opinaba que ese pueblo, en verano, tenía que ser gloria bendita. Y no es que a él le asustara el frío…

Los otros bajaron más tarde a desayunar. La jefa de mal humor, no le estaba sentando bien el viaje.

Cuando ya estaban todos servidos, la dueña del hotel, que se presentó como Marga, les llevó un montón de prospectos y mapas a la mesa. A Fuentes se le alegró la cara.

—Sí, maja, trae. Hemos venido a ayudar al compañero a vaciar la casa, pero igual nos da tiempo a dar una vueltecilla por ahí.

Fingió no ver la expresión contrariada de Carmen y comenzó a hojear los folletos.

Marga se volvió hacia Iñaki.

—¡Ah! Tú eres el del molino viejo, ¿no? Ya oí que la había comprado una pareja de Santander que quiere arreglarla. Si necesitas cajas o algo, dime.

Terminaron de desayunar y emprendieron el camino a casa de Iñaki.

—¿Cojo el coche? —preguntó Fuentes.

—No, son cinco minutos andando —contestó Iñaki.

Por el camino les contó que hacía un montón de años había habido un molino donde estaba la casa. Ni su abuela lo había conocido, pero la casa

seguía siendo «el molino viejo». Pasaron la plaza y la iglesia, y dejaron atrás el pequeño núcleo del pueblo. A doscientos metros se veía una casa de piedra con tejado a dos aguas. Iñaki la señaló.

—Esa es.

Sacó del bolsillo una llave grande y antigua y se adelantó para abrir la puerta.

La casa olía a humedad y a cerrado. Tuvieron que encender las linternas de los móviles.

—Cuidado —dijo Iñaki—. Hay que subir la escalera. Este zaguán lleva a lo que era la cuadra y el corral que había en la parte de atrás.

Ascendió por los peldaños de madera, que gruñían con cada paso. Abrió otra puerta y lo siguieron a un espacio negro y helado. Enfocaron con los teléfonos hasta que consiguió abrir una de las contraventanas y vieron que estaban en una habitación bastante cuadrada con cuatro puertas. En el centro había una mesa y unas sillas cubiertas de polvo y telarañas. En una de las paredes, un aparador con platos, vasos y copas. En la pared un calendario de 1993. Iñaki iba abriendo puertas y ventanas mientras comentaba, nervioso.

—Esto es la cocina. Aquí hacíamos la vida. Mi abuela Nati cocinaba tan bien… Bueno, no está tan mal. Suerte de Matías, un vecino que de vez en cuando se da una vuelta por aquí y se encarga de arreglar goteras y esas cosas. De no ser por él, ya se habría caído la casa.

Hacía más frío allí que en la calle. Fuentes se frotó las manos con entusiasmo. Se iba a poner en marcha de inmediato, allí había mucha tarea que hacer.

—Voy a encender un fuego en la cocina —dijo—. ¿Tirará la chimenea? Pero antes voy a traer una linterna grande que tengo en el coche…

Lorena iba detrás de Iñaki comentando cosas sobre la casa. Carmen daba vueltas arrebujada en su anorak.

Poco después volvió Fuentes cargado con una caja. Llevaba la linterna y, además, había conseguido que en el hotel le dieran leña. Incluso traía un termo de café con leche y tazas de parte de Marga. Todos expresaron su alegría y le agradecieron el esfuerzo. Él enrojeció satisfecho. Hasta la jefa le había puesto buena cara. Tanto criticarlo, bien estaba que alguna vez le pareciera que hacía algo a derechas.

Media hora después estaban en la cocina junto a un fuego espléndido,

sin excesivo humo en el ambiente y tomando el café calentito.

Pasaron un par de horas vaciando armarios. Las indicaciones de Iñaki eran muy claras: no querían guardar nada. Todo en cajas para tirar o donar si averiguaban a quién. Era una tarea deprimente e incómoda. Aunque intentaban transportar las cosas a la cocina para trabajar junto al fuego, no siempre era posible y en la casa hacía mucho frío. Fuentes no era un sentimental, pero aquello era un trabajo triste. Tantas cosas que recordaban a la gente que había vivido en la casa: fotografías, cartas, baberos, el programa de las fiestas del pueblo del año 84, un vestido de bautizo comido por las polillas… A Fuentes le vino a la memoria la casa de su tía Angelines en Viana, los veranos de la infancia. Él ayudó a su tía a vaciarla cuando la vendió y también le dio pena. Las casas donde uno ha estado de niño tienen algo especial. Imaginaba que aquello estaba siendo un infierno para Iñaki.

A las doce pararon un momento e Iñaki propuso que se fueran todos al hotel un rato a calentarse mientras él seguía un poco más.

—No, ni hablar —saltó Lorena—. Yo me quedo a ayudarte. Que vayan Fuentes y Carmen al hotel y miren si encuentran alguna organización que quiera recoger esto. Igual Marga sabe…

Iba a protestar, él era de más utilidad en la mudanza, pero después pensó que Lorena querría estar un poco a solas con Iñaki y, satisfecho por su perspicacia, aceptó el plan de ir con Carmen al hotel. Al menos parecía de mejor humor.

*

La verdad es que se estaba bien sentados junto a la chimenea. Marga les ofreció un café y se interesó por cómo iba la tarea.

—Terrible. La casa está tal como la dejaron en el 93, llena de cosas. Hay mucho trabajo por hacer. Por suerte, no hay que clasificar nada porque nuestro amigo Iñaki no quiere guardar nada en absoluto —dijo Carmen.

La mujer no pareció sorprenderse.

—Ya, me imagino que todo le trae malos recuerdos. Nos contaron la historia al poco de instalarnos aquí, hace cinco años. Matías, el hombre que tiene las llaves de la casa y se ocupa de dar una vuelta de vez en cuando. A veces se pasa por aquí a tomar un café y charlar un rato. En invierno estamos muy pocos en el pueblo. ¿Su amigo aún no lo ha visto? Estará encantado de saludarlo. Siempre habla con mucho afecto de la familia.

—¿Queda mucha gente en el pueblo de la que vivía entonces aquí? —preguntó Fuentes.

Marga se echó a reír.

—Creo que somos los únicos que no somos del pueblo de toda la vida. La edad media debe rondar los setenta. Se van a hartar de saludar gente. Además, con las pocas cosas que pasan por aquí, las novedades son bienvenidas.

Después del café, llevaron unas cuantas cajas más a casa de Iñaki y se pusieron a la tarea de encontrar alguna organización dispuesta a llevarse los trastos. Fue una tarea inútil. Quizás por ser puente, nadie respondía al teléfono. Después de oír innumerables contestadores, decidieron hablar con el cura del pueblo, por si podía orientarlos.

Carmen comenzó a explicarle que era una iglesia románica con un pórtico de gran valor y que estaba dedicada a san Esteban. A Fuentes le molestó un poco el tono de maestra ciruela que empleaba con él. A ver si no podía saber él lo mismo de la iglesia; también había leído los folletos que les dio Marga. La puerta estaba cerrada, cosa que tampoco los sorprendió. Fuentes recordó que no hacía tantos años las iglesias estaban siempre abiertas. Oyeron una voz a sus espaldas.

—¿Querían visitar la iglesia?

Se dieron la vuelta y vieron a un hombre de unos sesenta años con un perro.

—Esperen, creo que tengo la llave aquí. —El hombre rebuscó en una mochila. Sacó una llave enorme y les sonrió—. Me llamo Ángel y soy el párroco. Bueno, mi parroquia incluye varios pueblos, pero vivo aquí.

Carmen le agradeció que les permitiera la visita. El hombre ató al perro a un banco y los acompañó.

Entró en lo que debía ser la sacristía y encendió las luces.

Hacía frío allí también. La iglesia era pequeña y bonita, pero estaba muy necesitada de una restauración. El sacerdote comenzó una explicación que debía haber dado cientos de veces.

—Esta iglesia es del siglo XI, de románico temprano, aunque tiene algunas cosas curiosas…

Se notaba que estaba orgulloso, que sentía como algo suyo aquel edificio. Siguió hablando y mostrando todo lo que había que ver y ellos

manifestaron debidamente su admiración. Cuando terminaron la visita Carmen le contó a qué habían ido al pueblo. El hombre se mostró sorprendido y emocionado.

—¿Qué Ignacito está aquí? ¡Madre mía! Claro que si lo veo no lo reconozco. Tendría ocho o nueve años cuando aquello…

—Hemos quedado con él y con otra compañera en media hora en el bar del pueblo —le dijo Carmen—. Si quiere, venga a esperarlo con nosotros. Seguro que a él también le hace ilusión.

El cura se mostró de acuerdo y se encaminaron al único bar de Fuenrota. Había cuatro hombres en una mesa y un par más en la barra. El párroco se acercó a la barra a pedir después de aconsejarles que probaran el vermú preparado que ponía Marcial.

Se acomodaron en una de las mesas de mármol con los vermús y unas aceitunas. El cura era un hombre charlatán y expansivo. A los cinco minutos todos en el bar sabían quiénes eran, qué habían ido a hacer al pueblo y dónde estaba Ignacito. Fuentes se sentía en su salsa. No había como los bares de pueblo: un vino o un vermú, una partida, unos amigos…

El padre Ángel enseguida retomó el tema.

—Fue terrible aquello. Aquí solo se recordaba un crimen por unas lindes. Bueno, y los de la guerra, claro. Dejó muy mal recuerdo en el pueblo, sobre todo porque nunca se supiera quién lo había hecho. Ni por qué. No había hombre más bueno que José.

—¿Qué pensaba la gente? —preguntó Fuentes.

El hombre se encogió de hombros.

—Hablar, se habló mucho. Pero nadie pensó que pudiera ser alguien del pueblo. Se comentó que había feriantes por la zona, quizás quisieron robarle, aunque luego se asustarían, porque José llevaba la cartera intacta encima. También se habló de una comunidad budista que vivía en un pueblo abandonado por aquí cerca. Una especie de secta. Habían tenido problemas con gente de aquí porque habían ocupado unas tierras que eran de gente del pueblo, entre otros, de José. La Guardia Civil los interrogó y parece que descartó que pudieran tener algo que ver, pero, si antes les tenían manía, después nadie los podía ni ver. De todas formas, allí siguen. Les va fenomenal. Ahora hacen retiros de yoga, venden productos naturales por internet y han dejado las casas preciosas, pero trato con la gente de por aquí,

poco.

—¿Dónde está ese pueblo? —quiso saber Carmen.

—Muy cerca, serán seis kilómetros. ¿Tiene un mapa?

Fuentes lo sacó satisfecho. Y Carmen decía que no necesitaban folletos ni mapas, que no habían ido de turismo.

—Salen de aquí, como si fueran a Ojo Guareña y en dos kilómetros cogen ese desvío. Hay un cartel que pone Centro Budista Ashraya. No tiene pérdida.

—¿Se puede visitar? —se aseguró Carmen.

—Claro, sin problemas. Tiene una tienda donde venden sus productos. Todavía hay varios de los de aquella época: Juan, que viene siendo el gurú, se hace llamar Kiran; Rosalía, su pareja, que se hace llamar Indira y del resto no me sé los nombres. De esos sí porque tuvimos varias reuniones cuando querían organizar actividades para los niños de la zona. Al final conseguimos evitarlo, de manera que, si van, no digan que van de mi parte —rio el hombre.

En ese momento entraron en el bar Iñaki y Lorena. El cura se levantó de golpe y se lanzó hacia Iñaki para abrazarlo como un oso.

—Eres igual que José, ¡te hubiera reconocido en cualquier parte!

CAPÍTULO 3 (Lorena)

Lorena se daba cuenta de que Iñaki parecía abrumado por ser el centro de atención. Estaba un poco sorprendida por estar tan pendiente de él todo el tiempo. Siempre habían tenido una buena relación de compañeros y quizás algo más. Igual por ser los dos jóvenes del equipo. Iñaki era guapo, eso era evidente, y en cierta forma le resultaba atractivo, pero se había jurado a sí misma que no saldría con un compañero. No solo por no mezclar trabajo y relaciones, que ya era un tema complicado, sino porque la mayoría de sus compañeros de promoción le parecían testosterona en estado puro. No sabía si lo daba el oficio o es que ya entraban los que eran así. Iñaki era distinto y hacía tambalear sus convicciones, pero no se fiaba. La gente pensaba que Iñaki no le gustaba porque era demasiado tímido, pero no era eso. Y tampoco estaba tan segura de gustarle a él. Se dio cuenta de que llevaba un rato perdida en sus pensamientos y de que no estaba haciendo mucho caso a toda la gente que se acercaba, abrazaba a Iñaki y le preguntaba por su madre y por la venta de la casa. Marcial invitó a una ronda para celebrar la vuelta de Iñaki. Cuando acabaron los saludos y abrazos, el cura comenzó un interrogatorio en toda regla:

—¿Hasta cuándo os quedáis? ¿Va a venir tu madre? ¿Conoces a los que han comprado la casa? Dice Matías que parecen buena gente…

Iñaki iba contestando con frases cortas.

—Esta tarde puedo echaros una mano. Eso sí, a las siete me tengo que ir a decir la misa en Santa Quiteria.

—No, si justo vamos a comer algo y volver —intervino Fuentes—. Como no hay luz, solo se pueden aprovechar las horas de la mañana y el principio de la tarde. ¿Aquí nos harían unos bocadillos?

—Claro, hombre, Marcial os prepara algo en un momento. ¿Qué me dices, Ignacio? Tengo que ir a casa para dar de comer a Rufo, pero como algo y me acerco.

Iñaki le agradeció la oferta, pero le dijo que no era necesario. Le aseguró que por la tarde iban a pasar poco tiempo y que, si le necesitaba, ya le llamaría. Anotó el móvil del cura y el hombre se fue.

Marcial les sirvió unos generosos bocadillos de tortilla de jamón. El bar se había quedado vacío, todos habrían vuelto a comer a sus casas.

Fuentes y Carmen repitieron lo que les había contado el cura y Carmen propuso que se acercaran al centro Ashraya.

—¡Es verdad! —dijo Iñaki—. Se me habían olvidado los de la secta. De críos teníamos totalmente prohibido acercarnos, pero habíamos ido alguna vez con las bicis. Lo mirábamos de lejos, pero una vez nos pillaron. Fueron muy amables, nos dieron bizcocho y nos dijeron que podíamos ir cuando quisiéramos. Mi madre les tenía manía porque construyeron algo en un campo de la abuela. No sé qué tenía allí mi tío José, creo que olivos. De todas formas, eso fue el año anterior. Luego dejaron esos campos y se quedaron exclusivamente en el pueblo que llevaba abandonado un montón de años. Eso le oí contar a mi madre. La Guardia Civil debió de interrogar a todos los de allí, pero no sacaron nada. Mi madre decía que raros, todo, pero asesinos no los veía. No sé… Podrían ir Lorena y Carmen a ver el centro. Fuentes, usted y yo intentamos avanzar un poco con la casa.

Lorena se mostró de acuerdo, aunque hubiera preferido seguir con Iñaki. Le parecía que Fuentes no iba a estar atento a cómo se encontraba, si algo de lo que aparecía por la casa le afectaba de forma especial, si había que distraerlo. Pero entendía que mandar a Fuentes con Carmen a hacer averiguaciones de la secta era como meter a un elefante en una cacharrería.

Al terminar de comer pasaron por el hotel a buscar algunas cajas más. Fuentes les entregó las llaves del coche con expresión de angustia y después de hacer mil recomendaciones sobre las luces, las marchas y todo lo que se le ocurrió. Se relajó un poco cuando vio que iba a conducir Lorena. No tenía ninguna confianza en las capacidades conductoras de Carmen.

Las indicaciones del cura resultaron muy precisas y en quince minutos habían llegado a una aldea preciosa. Era solo un puñado de casas, pero todas restauradas e impecables. A Lorena le recordaron a las casas del sur de

Francia. Los balcones, pese al frío, estaban floridos con pensamientos, crisantemos y otras flores que no reconoció. Las calles, limpias como recién barridas, permanecían desiertas. Eran las cuatro de la tarde, quizás demasiado temprano para que la tienda estuviera abierta, pensó la joven.

Aparcaron en la plaza. Había otros tres coches, con bastantes kilómetros encima por el aspecto. Se acercaron al edificio más grande que ostentaba un rótulo de madera donde estaba escrito Fundación Ashraya con letras doradas.

La puerta estaba cerrada, pero había un timbre que pulsaron. Al minuto abrió una mujer de unos cuarenta años vestida de color azafrán y con una especie de manta zamorana por los hombros.

Sonrió amablemente.

—Abrimos a las cinco.

Carmen puso su expresión más compungida.

—¡Oh! No lo sabíamos… Pues no está esto como para pasear mucho, la verdad. ¡Qué mala suerte!

La mujer pareció compadecerse y abrió la puerta del todo. Lorena se sintió aliviada.

—Pasen, hace mucho frío. Ya que están aquí… ¿Han venido a ver la tienda?

—Sí —respondió Lorena—. Además, queríamos información sobre los retiros. Una amiga estuvo hace un tiempo y nos habló muy bien.

La mujer fue encendiendo luces y las condujo a una sala rectangular bastante grande que tenían habilitada como tienda. Había cojines para meditación, pequeños budas, incienso, mermeladas y conservas caseras, prendas tejidas en lana de brillantes colores, campanillas de oración…

Dieron unas vueltas mirándolo todo con aire de gran interés. Carmen cogió un par de mermeladas y Lorena un manual que se llamaba *Meditar es más sencillo de lo que imaginas*.

Se acercaron al mostrador lentamente, como si les costara dejar de admirar aquellas maravillas.

Después de cobrarles los productos, la mujer les ofreció un té que aceptaron encantadas.

Se sentaron en unos almohadones en el suelo y la mujer trajo una infusión fragante y un plato con pastas.

Mientras lo tomaban, Lorena se interesó por los próximos cursos y aceptó unos folletos. Carmen parecía disfrutar plácidamente del momento. Después de dar un sorbo al té se dirigió a la mujer:

—¿Sabe?, mi hermano estuvo aquí hace muchos años. Creo que pasó un verano en el 92 o 93. Sería el 92, porque estábamos todos con las olimpiadas y él decía que no entendíamos lo que era importante en la vida. Ay, si lo viera ahora. Hemos recorrido caminos inversos, yo cada vez soy más espiritual y él se ha convertido en un banquero gordo y prepotente.

En ese momento Lorena se atragantó con la pasta y comenzó a toser. Consideraba a Carmen una mujer decidida y resuelta, pero a veces le producía un punto de vergüenza ajena. Ignorando los escrúpulos de Lorena, Carmen seguía hablando.

—Pero aún se acordaba de la gente que conoció aquí. Me habló de un tal Juan…

—Supongo que se refieren a Kiran… Su nombre era Juan y es de los que crearon la fundación.

—¿Podríamos conocerle? Me haría mucha ilusión…

—Claro, supongo que no hay ningún problema, pero hoy no está. Ha tenido que ir a Burgos y no volverá hasta la noche. Si quieren venir mañana, tenemos jornada de puertas abiertas. Comienza a las once. Hay una sesión de meditación guiada, se enseñan las instalaciones y podrán saludar a Kiran y también a Indira, por supuesto.

Carmen y Lorena se mostraron encantadas con la noticia. Carmen, ante el asombro de Lorena, añadió a sus compras una especie de bombachos de color violeta, después de descartar unos naranjas, para el evento del día siguiente. Lorena supuso que no había llevado ninguna prenda apropiada para las actividades de la jornada de puertas abiertas, pero no podía imaginarse a su jefa con bombachos.

En cuanto arrancaron el coche, Lorena rompió a reír a carcajadas.

—¡Cada día más espiritual! ¿Cómo se le ha ocurrido?

—Hija, no sé, algo tenía que decir para conocer al tal Juan. Me he inventado un hermano y el resto me ha salido solo. Yo sería buena mentirosa si quisiera.

—Para su cumpleaños le regalo unas campanas de oración. A ver qué tal se le da mañana seguir con la comedia.

—No creas que no me da pereza. Espero que no sea muy largo. A mí estas cosas místicas me aburren mucho.

Fueron directamente al hotel, donde encontraron a Fuentes leyendo el periódico en la sala de la chimenea.

Una familia jugaba a las cartas en una mesa y la pareja que habían visto la víspera estaba tomando un café en el mismo rincón del día anterior.

—¿Dónde está Iñaki? —preguntó Carmen.

—Ha ido a saludar a unos amigos de su tío y a hablar con el alcalde para algo de la casa —respondió Fuentes—. ¿Cómo les ha ido a ustedes con los Hare Krishna?

Lorena le hizo un resumen y el hombre rio de buena gana. La verdad es que, aunque era un poco pesado, en ese viaje estaba dándolo todo. A Lorena siempre le producía una mezcla de pereza y pena. Tenía que retomar lo de ayudarle a hacerse un perfil de Meetic, seguro que le sentaría bien tener una novia.

Les contó que habían conseguido vaciar la cocina y que a través del párroco habían localizado una ONG que recogería todo lo aprovechable.

—Matías nos ha invitado a cenar esta noche. Es el que se ha encargado de todo lo de la casa estos años. A mí me parecía abusar ir todos, pero el hombre ha insistido mucho. Hoy también ha venido a echar una mano.

Lorena dijo que iba a charlar un rato con los dueños del hotel, a ver qué cotilleos del pueblo contaban Y Carmen subió a la habitación para llamar a Mikel y ver cómo iba la excursión a Astún.

Antonio y Marga eran poco mayores que Lorena, cuatro o cinco años, y le resultaban muy simpáticos y dignos de admiración. Ella no habría sido tan valiente. Capitalizar el paro, meterse en un crédito, hacer ellos la mayoría de las obras y, mientras tanto, tener dos niños. Nada que ver con su vida ordenada: oposición, trabajo fijo, en casa de sus padres hasta los treinta…

A las ocho se encontraron todos en lo que hacía las veces de bar del hotel. Era un espacio pequeño, cuatro mesas y un televisor, afortunadamente apagado. Lorena seguía en la barra tomando una caña y charlando con Marga. Iñaki se había dado una ducha, pero tenía aspecto de cansado. Fuentes mantenía una animada conversación con Antonio, el marido de Marga, sobre caza y pesca en la zona. Carmen se dirigió a Iñaki:

—¿A qué hora has quedado para cenar con tu amigo?

—A las ocho y media. He preferido quedar pronto porque estoy reventado. ¿Cómo les ha ido con los de la secta?

—Nada de interés, aparte de comprarme unos bombachos. Mañana tienen jornada de puertas abiertas y podremos conocer al tal Juan, o Krishnamurti o como se llame.

—Yo he estado en casa de un amigo de mi tío. Se me ha hecho duro. Tantos años sin hablar del tema, porque en mi casa eso nunca se habla, y, de repente, todo el día dándole vueltas a lo mismo. Y ver la casa… Tantos recuerdos. No es fácil. Luego he estado con el alcalde. Es el mismo de entonces. Lleva más de veinticinco años en el cargo. La gente le critica, pero nadie quiere serlo y, por comodidad, le siguen votando. Ha estado muy amable, pero creo que no se llevaba bien con mi tío, aunque no sé por qué. Las relaciones no son fáciles en sitios pequeños, a veces se enquistan las historias. Seguro que Matías lo sabe.

Carmen le propuso que preguntaran a los dueños del hotel si podían venderles algún vino para llevar a la cena. Iñaki estuvo de acuerdo y Antonio aceptó de inmediato. Sacó varias botellas de la bodega que Fuentes examinó con cara de experto. Eligieron un rioja y se encaminaron a casa de Matías. Cogieron el coche porque el hombre vivía a las afueras, no muy lejos, pero lo bastante como para que fuera desagradable en aquella noche heladora.

Aparcaron frente a una casa de piedra con vigas cruzadas. Tenía un portalón con escudo y un gran mirador de madera. Parecía una antigua casa noble y estaba muy bien conservada. Oyeron ladrar a un perro y al momento se abrió el portón y un hombre salió a recibirlos.

Matías era un hombre de setenta y tantos, delgado, fibroso, con unos ojos azules que resaltaban en un rostro curtido por el trabajo en el campo. Les hizo pasar a un zaguán similar al de la casa de Iñaki de donde partía una escalera de madera bruñida con una barandilla labrada. Lorena estaba sorprendida por el hombre y por la casa. Se había imaginado a un campesino con boina y una casa mal apañada, propia de un viudo que vivía solo. Matías, sin embargo, pese a tener aspecto de trabajar al aire libre, llevaba una camisa blanca perfectamente planchada y tenía un aspecto elegante. La sala a la que los condujo tenía muebles antiguos, grandes y sólidos, que se adaptaban bien a las dimensiones de la estancia.

La mesa ya estaba puesta y ardía un fuego en la chimenea, pese a que

se notaba que también estaba encendida la calefacción. Iñaki ayudó al anfitrión a llevar unas fuentes de embutidos y abrió el vino.

La cena resultó agradable. A los entrantes siguió un asado con ensalada y de postre, queso con nueces. Con los cafés comenzaron una conversación más íntima.

—Siento que la familia haya decidido vender la casa, pero lo entiendo —comenzó Matías—. Las casas son importantes, por lo menos para mí. Esta ha pertenecido a mi familia desde 1581. Ha pasado épocas de todos los colores. Estuvo a punto de caerse por unas nevadas terribles y poco mantenimiento. Yo he dedicado todo mi tiempo y mi dinero a cuidarla. No tengo hijos y me gustaría que mis sobrinos quisieran conservarla, pero no sé qué pasará. Don Jesús, el alcalde, quiso comprármela. Él, que proviene de una de las familias de monteros del rey, merecía una casa blasonada. Pero le dije que no. Antes la regalo para un asilo de gatos.

—¿No le cae bien? —preguntó Lorena.

—Es un mal bicho. Lo ha sido siempre. Ahora se ha hecho un chalé con piscina. Todo lo grande y lo feo que se puede ser. Cuando lo de José no se portó bien. Él conocía gente, tenía influencia, podía haber presionado para que se investigara más, pero no quiso. Es un hombre muy rencoroso. José no quiso venderle unas tierras y nunca se lo perdonó.

—¿Qué pensó usted cuando mataron a José? ¿Tuvo alguna sospecha? —preguntó Lorena.

El hombre se tomó su tiempo para responder.

—Un crimen te saca de tu mundo. Es algo que pasa en las películas o que ves en las noticias. Es como una guerra para quien no ha vivido ninguna: no eres capaz de imaginarlo. Supongo que por eso todo el mundo aquí quiso pensar en los feriantes o en los budistas, algo ajeno al pueblo. Yo, más que darle vueltas a quién, me obsesioné con por qué. José era una buena persona, no tenía líos con nadie. No fue un robo, nadie le odiaba, no había líos de amoríos… Por entonces José era medio novio de Rosa, que luego se casó con su amigo Mario, pero por entonces no había nada. Tampoco había rencillas viejas de familia. —Miró a Iñaki—. Tu familia siempre ha sido gente pacífica, no se cuentan historias feas ni de cuando la guerra. Así que pensé que tuvo que ser una casualidad. Quizás José estuvo en el momento inoportuno en el sitio inadecuado. A lo mejor vio u oyó algo que no convenía que saliera a la

luz, pero ni que me maten puedo adivinar qué. Si hubiera tenido que elegir un candidato a asesino, hubiera dicho el alcalde, pero eso es porque le tengo ojeriza. —Se echó a reír—. No, ahora hablando en serio, si alguien tenía chanchullos y cosas que ocultar, ese era Jesús Arana, nuestro querido alcalde, pero no estaba en el pueblo cuando mataron a José. Estaba en una reunión con un grupo de alcaldes de pueblos de la zona. Tenía un montón de testigos. Luego tuvieron cena y llegó a Fuenrota de madrugada. Os voy a enseñar una cosa.

Matías se levantó y salió de la sala. Todos permanecieron en silencio. Poco después entró llevando en la mano una carpeta azul de gomas.

—Aquí tengo todo lo que se publicó en la prensa sobre el caso, más notas que tomé en aquel momento.

Entregó la carpeta a Iñaki.

—Tómala, a lo mejor quieres echarle un vistazo.

Iñaki pareció dudar, pero por fin cogió la carpeta.

—No sé si servirá de algo… —dijo.

—Seguro que sirve de algo, Iñaki. Tu familia merece descansar y el pueblo quitarse una pena enquistada. Han pasado muchos años, pero nadie ha olvidado.

Poco después se levantaron para irse. Matías quedó en pasar por la casa por la mañana para echar una mano.

Llegaron al hotel pasadas las once. Había bastante animación. En la sala de la televisión algunos comentaban un programa sobre fútbol y Fuentes decidió sumarse para dar su docta opinión.

Lorena e Iñaki se sentaron en la que ya consideraban su sala, donde un par de parejas tomaban una copa y el grupo familiar jugaba al Scrabble. Carmen decidió subir a acostarse. Lorena se alegró. Quería mucho a su jefa y lo pasaba bien con ella, pero le apetecía tener un rato para charlar con Iñaki tranquilos y a solas. Todos parecían dar por supuesto que a Iñaki le gustaba ella, pero cuando estaban juntos él se mostraba hermético. Quizás la situación era propicia para que comenzara a abrirse.

CAPÍTULO 4 (Iñaki)

A las siete Iñaki abrió los ojos y supo que ya no iba a dormir más. Había pasado mala noche, con muchos despertares y pesadillas. Fuentes roncaba en la otra cama. Tenía el sueño profundo, pero Iñaki intentó no hacer ningún ruido mientras se vestía, cogía la carpeta y salía de la habitación. Se sentó en la sala de la chimenea, ahora apagada, y sacó los papeles. Era demasiado temprano para desayunar, pero, por suerte, pasó Marga y al verlo le ofreció un café. Lo agradeció en el alma; aborrecía la sensación de estar en ayunas.

Abrió la carpeta y comenzó a leer. Había bastantes recortes de periódicos locales amarillentos por el paso del tiempo. Estaban ordenados por fecha. Matías era meticuloso en todos los aspectos de su vida.

Tomó el primero y comenzó a leer.

CRIMEN EN LAS MERINDADES

Ayer, 17 de agosto, fue hallado el cuerpo sin vida de José Arce, vecino de Fuenrota. El hombre murió a consecuencia de un traumatismo craneal producido de forma intencionada con un objeto contundente. La Guardia Civil está investigando el caso, pero por ahora no ha hecho declaraciones.

Los vecinos de la localidad se mostraron horrorizados por el suceso. Según los habitantes de Fuenrota con los que hemos podido hablar, José Arce era un hombre querido en el pueblo y no se explican quién ha podido cometer este crimen ni por qué. En plena época de fiestas patronales, varios municipios han decidido suspender los actos de hoy como muestra de respeto.

Había un montón de artículos. No le sorprendió, las noticias escasean en

agosto y cualquier cosa se estira, mucho más un crimen, que es algo extraño en un entorno rural y tranquilo. Había descripciones del pueblo y sus habitantes, entrevistas con vecinos, una semblanza de José Arce con fotografía incluida. Algunas publicaciones eran puro amarillismo, recordaban la matanza de Puerto Hurraco y ponían titulares del tipo «¿Son seguros nuestros pueblos?» o «El odio también se da en entornos idílicos». Intentaba mirar los papeles con cierta distancia, como si se refirieran a un caso de los que solía ocuparse, pero el nudo en el estómago le indicaba que no lo estaba logrando. Sintió rabia por los que querían vender más periódicos a costa de añadir carnaza a la información. Se esforzó en concentrarse. Entre un montón de noticias cortas y reiterativas, encontró un reportaje que le interesó más. Era más largo y había aparecido en un suplemento dominical. Se titulaba «Demasiadas posibilidades poco probables». Repasaba las hipótesis que, según ellos, se barajaban en el caso.

… Parecen descartadas las historias típicas de entornos rurales. Aquí no hay conflictos de lindes, tierras ni odios familiares que se arrastren de generación en generación. José Arce era un agricultor joven, no se le conocían contactos extraños, problemas de drogas o enemistades personales. Tampoco fue el robo el motivo del crimen. Hemos preguntado a los encargados de la investigación, que han respondido que «hay varias líneas abiertas». Hemos querido acercarnos al pueblo y saber qué opinan los vecinos. La gente parece afectada y temerosa de hablar, todos quieren pensar en alguien ajeno a Fuenrota. Varias personas apuntaron a un pueblo abandonado donde se ha creado una comunidad budista. Por lo visto, los miembros de la comunidad tuvieron problemas el pasado verano con los dueños de varios campos donde habían comenzado a construir algunos edificios. Nos hemos dirigido al lugar, llamado Fundación Ashraya, para recoger el testimonio de los miembros de esa comunidad.

Seguían unas fotografías de la zona: paisajes idílicos, una ermita románica y varias de la Fundación Ashraya. A Iñaki le evocaban vagamente recuerdos de su niñez. Las casas estaban prácticamente en ruinas. Un grupo de jóvenes, unos con vaqueros y camisas de cuadros y otros con bombachos de colores brillantes y camisetas, trabajaban con aire feliz. Unas chicas teñían telas en unos barreños y un hombre algo mayor que los demás sacaba unas

hogazas de pan de un horno construido por ellos. Seguía una entrevista a Juan/ Kiran que leyó con interés. El periodista describía a Juan como un hombre joven, atlético, atractivo y con una mirada intensa. La foto confirmaba sus palabras.

Con motivo del reciente crimen ocurrido en Fuenrota, hay vecinos que miran con desconfianza a su comunidad, que por lo visto tuvo conflictos en el pasado con la víctima, ¿qué tiene que decir al respecto?

Creo que la desconfianza viene del desconocimiento. Los habitantes del pueblo prefieren pensar que alguien de fuera es el asesino, es mucho más cómodo para ellos. Los conflictos del verano pasado quedaron totalmente resueltos. Nosotros habíamos ocupado unos campos que no sabíamos que tenían dueño. En cuanto nos lo dijeron, los abandonamos y eliminamos las construcciones que habíamos comenzado.

¿Conocía a José Arce?

Nos vimos dos o tres veces, cuando tuvimos el problema que has mencionado. Nuestras conversaciones fueron cordiales. De hecho, me pareció unos de los interlocutores más razonables de ese grupo.

En general, ¿cómo definiría las relaciones de su comunidad con los pueblos vecinos?

Más bien inexistentes. Creo que lo nuevo, lo que no controlamos, siempre produce temor. Hemos hecho intentos de acercarnos, pero por ahora han resultado un fracaso. Estoy seguro de que cuando vean que nuestro modo de vida solo pretende construir un lugar armonioso donde trabajar, meditar y vivir nos aceptarán. Nuestros pueblos se están vaciando, estamos perdiendo nuestros orígenes y creo que debería alegrarles que gente joven quiera repoblar esta zona. Además, cualquiera que lea algo sobre budismo verá que somos lo más alejado de la violencia. Uno de Los cinco preceptos es no tomar la vida de nadie.

Bueno, también el quinto mandamiento dice «No matarás» y muchos cristianos han cometido crímenes…

Tiene razón, pero probablemente los budistas en nuestro medio estamos mucho más comprometidos con esta filosofía de vida que los cristianos, que lo son por tradición, con su religión. Nosotros hemos tenido que hacer una elección consciente, bastante a la contra de la sociedad que nos rodea, hemos

leído, reflexionado y optado por una forma de vida alternativa. Somos incluso vegetarianos porque no queremos eliminar ninguna forma de vida.

¿Quiere añadir algo para quienes están preocupados?

Que vengan a vernos, que observen nuestro trabajo, nuestro modo de vida. No tenemos nada que ocultar y, en nuestra opinión, bastantes cosas que ofrecer. Hemos colaborado en todo con la Guardia Civil y deseamos que se resuelva este crimen y que la familia de José pueda tener la paz que tanto precisa.

La mayoría de los recortes daban vueltas sobre lo mismo. Uno apuntaba a la posible autoría de los feriantes, sin ningún argumento concreto. A ellos mismo les debió parecer que necesitaban justificar el artículo y publicaban una lista de delitos cometidos por feriantes en los últimos años. Habían intentado seguir la pista de los sospechosos, pero había sido imposible. En verano había varios grupos que andaban de pueblo en pueblo y nadie sabía bien quiénes habían estado en los alrededores de Fuenrota.

Iñaki suponía que la Guardia Civil ya habría explorado esa vía, por improbable que pareciera. En el recorte del periódico había una nota escrita con lápiz que decía: «Autos de choque Hijas de Ramos». Volvió a ver ese nombre en una de las notas que había tomado Matías. Eran bastante esquemáticas: fechas, nombres, preguntas. Debería comentarlas con él, porque era difícil obtener información de ahí. La que incluía el nombre de las hijas de Ramos solo ponía Fiestas de San Sidonio.

Se sentía raro mirando esos papeles. Por un lado, aumentaba su deseo de conocer, de hablar con Matías, de remover el pueblo entero buscando respuestas; por otro, sentía que había abierto la caja de los truenos, que solo iba a encontrar dolor y ninguna respuesta. Pero allí estaba, con Carmen, Fuentes y Lorena, que habían decidido pasar el puente ayudándole, ahora no podía echarse atrás.

Cuando miró el reloj vio que ya eran más de las ocho y se levantó para dirigirse al comedor. Solo estaba Fuentes, disfrutando de sus huevos con jamón. Pidió su desayuno y le comentó lo que había visto en la carpeta.

—Creo que habría que revisar el contenido de la carpeta con Matías. Hay muchas cosas que son solo nombres, fechas, y es difícil saber a qué se refiere.

—Va a ir a tu casa esta mañana. Llevamos la carpeta y le preguntamos. Igual habría que despertar a las mujeres, hay pocas horas de luz y tenemos que aprovecharlas.

Iñaki dudaba, aunque estuvieran de vacaciones, Carmen seguía siendo la jefa y le daba apuro despertarla, pero Fuentes no era hombre de remilgos y ya estaba llamando al móvil.

—¿Qué pasa, jefa? ¡La vamos a dejar sin nada! Iñaki está acabando con los cruasanes y yo con los huevos. Vale, venga, aquí la esperamos. Dele un toque a la Bella Durmiente.

Iñaki miró a su compañero con un punto de envidia. Debía de ser agradable tener tan pocos filtros, tan poco miedo a la opinión ajena, hacer y decir en cada momento lo que se te ocurriera. Nada que ver con él, que pensaba tanto las cosas que se le pasaba la ocasión de decirlas.

Al minuto interrumpieron la conversación por la llegada de Lorena y Carmen. Desayunaron rápido y sin hablar mucho, y decidieron que Carmen y Lorena pasarían un rato por la casa antes de ir a su encuentro budista.

Les sorprendió ver luz en casa de Iñaki, aunque este enseguida dijo:

—Seguro que es Matías.

Efectivamente, Matías había ido muy temprano. Había encendido el fuego. También había llevado una estufa de queroseno para caldear el resto de la casa, un par de linternas grandes y un paquete de velas.

A Iñaki la presencia de Matías le daba seguridad. Parecía ordenar el mundo a su alrededor.

A las diez y media Carmen y Lorena se despidieron de sus compañeros.

Iñaki le dijo a Matías que quería comentar con él varias cosas que había leído en los papeles. El hombre asintió.

—A ver si me acuerdo de qué quiere decir cada cosa. Han pasado muchos años…

Pero Iñaki estaba seguro de que Matías no había olvidado nada.

CAPÍTULO 5 (Carmen)

La puerta del edificio principal estaba abierta y nada más llegar vieron a la chica que las atendió la víspera. Las recibió como si fueran viejas amigas y las acompañó a un vestuario para que dejaran las cosas y se cambiaran. Lorena se puso un pantalón largo de deporte que había incluido en su equipaje por si podía ir a correr y Carmen los famosos bombachos. Sonrió al imaginar la cara de Mikel cuando viera la prenda.

Volvieron a la entrada, donde había un par de personas más: un chico con rastas y un hombre de unos sesenta años con aspecto de montañero. Al minuto llegó la que ya consideraban su amiga en el lugar y les pidió que la acompañaran. Atravesaron la tienda, abrió una puerta de madera y entraron en un salón amplio y luminoso. El suelo era de madera y una serie de esterillas de yoga y pequeños almohadones estaban dispuestos a lo largo de la estancia. Aparte de ellas y de los dos hombres, había otras cuatro mujeres. La temperatura era muy agradable, cosa que sorprendió favorablemente a Carmen, que ya se imaginaba intentando relajarse en un ambiente polar. Un hombre de unos cincuenta años bien llevados, vestido de blanco, estaba sentado en uno de los cojines frente a los asistentes. Cuando su grupo entró, se levantó y se dirigió a ellos.

—Bienvenidos. Soy Kiran y voy a acompañaros en esta primera sesión de meditación que os vamos a ofrecer. No sé si tenéis experiencia en yoga o meditación, quizás queréis presentaros y comentar…

Las cuatro mujeres que habían llegado antes iban a clase de yoga, pero no tenían experiencia con la meditación. El chico de las rastas sí solía practicar ambas cosas y el hombre mayor, ninguna. Carmen reconoció que, aunque tenía interés, no tenía experiencia y Lorena comentó que solo había

hecho un curso de yoga el verano anterior.

—De acuerdo —dijo Kiran—. Haremos unos ejercicios sencillos de yoga para estirar un poco el cuerpo y luego una sesión de meditación guiada. Quiero que alejéis de vuestra mente todo lo que hayáis oído sobre la meditación, no tenéis un objetivo, no tenéis que poner la mente en blanco ni necesitáis cualidades especiales. Disfrutad de la experiencia.

El hombre tenía una voz firme y agradable. Como de locutor de radio, pensó Carmen. Por suerte, los ejercicios fueron fáciles y Carmen observó por el rabillo del ojo que no desentonaba del resto de la clase. Por supuesto, los jóvenes eran más flexibles, pero ella quedaba en un discreto punto medio sin llamar la atención. Luego se sentaron con las piernas cruzadas sobre los almohadones y comenzó la sesión de meditación. La voz de Kiran resultaba hipnótica y Carmen pensó que, de haber estado echada, se habría dormido. El hombre parecía saber qué pensaban y sentían.

—No te preocupes si tu mente se va de aquí y se pierde en sus pensamientos. Es normal… Cuando te des cuenta, vuelve a centrarte en la respiración.

Carmen iba y venía de la voz a sus asuntos. En un momento dado comenzó a picarle la pierna y se rascó subrepticiamente, sin saber si estaba permitido. En conjunto la experiencia le resultó agradable. Les hizo un ejercicio de visualización con imágenes de un bosque por donde paseaban en calma que le resultó muy placentero. Cuando terminaron se sentía relajada.

Después les ofrecieron un té con unas pastas con sésamo y les comunicaron el resto de actividades de la jornada. Por la mañana podían optar a un taller de teñido de ropa con tintes naturales o a una sesión de música tibetana. Luego tenían una comida y por la tarde una charla sobre budismo. Carmen esperaba poder hablar con Juan/Kiran por la mañana porque no quería perder todo el día allí. Charló un momento aparte con Lorena y acordaron que la joven iría al taller de tintes porque lo daba Indira, la otra persona con la que les interesaba hablar, y Carmen intentaría pegar la hebra con Juan y escaparse de la música tibetana, que le ponía los pelos de punta solo de imaginarla.

Mientras tomaban el té iban charlando en corros, pero eran tan pocos que acabaron agrupándose según la actividad que iban a hacer luego. Lorena se juntó con tres de las mujeres y el rastas junto a Indira. Esta era una mujer

también en la cincuentena, como Kiran, delgada y de piel curtida. Llevaba el cabello largo y canoso recogido en una trenza. No era exactamente guapa, pero tenía un aire elegante que la hacía atractiva. En el otro grupo, Carmen habló un momento con el hombre mayor con aspecto de montañero. Le contó que se había quedado viudo el año anterior y que estaba buscando cosas que le hicieran sentir mejor.

—Un amigo me habló de la meditación y he venido a probar aprovechando que estaba haciendo monte por aquí.

A Carmen le cayó bien y comprendía su esfuerzo en encontrar cosas para aliviar el dolor. Charló un poco más con él sin perder de vista a Kiran, que hablaba con otra de las mujeres. Temía que se fuera sin darle ocasión de hablar con él. Aprovechó que su compañero iba a buscar una pasta para acercarse al «maestro», como había oído que le llamaban algunos. En ese momento estaba diciendo:

—Ahora vendrá un compañero, Anand. Él os acompañará en la introducción a la música tibetana, que es una herramienta muy potente de ayuda a la meditación.

Carmen asintió con cara de interés.

—No sé si podré quedarme… Una lástima, me apetecía mucho lo de la música tibetana —mintió sin sonrojarse—. A propósito, quería hablar un momento con usted, si no está ocupado…

El hombre hizo un gesto de asentimiento mientras los otros seguían a Anand, que ya se había presentado.

—Me comentó mi hermano… —dudó un momento, había pensado decir Tomás, pero mejor un nombre más corriente— Javier, que estuvo aquí hace un montón de años. No sé si acordará. Javier Arregui, de San Sebastián. Debió de ser en el 92 o 93.

El hombre la miraba impasible. Carmen casi estaba enfadada de que no recordara a su hermano imaginario. Le costaba seguir frente a esa mirada que parecía leer sus pensamientos.

—No recuerdo a ningún Javier de esa época —respondió al fin—. Éramos pocos al principio y no había nadie con ese nombre.

Carmen puso cara de estar confusa.

—Yo juraría que fue aquí. Me comentó que fue un verano en el que se cometió un crimen por aquí cerca.

—Venga, Carmen. Se llama así, ¿verdad? Voy a enseñarle un poco el pueblo y hablamos.

La frase fue pronunciada en un tono amable, pero Carmen tuvo la misma sensación que cuando la llevaban al despacho del director en el instituto.

Salieron al exterior y Carmen notó el frío intenso, pero enseguida entraron en otro edificio donde estaban la cocina, unas salas dedicadas a talleres donde hacían las cosas que vendían en la tienda y una especie de salón de actos. En la cocina dos mujeres de mediana edad y dos chicos jóvenes cortaban y lavaban verduras. Unas cazuelas enormes borboteaban al fuego.

Kiran los saludó y la presentó. El resto de dependencias de aquel edificio estaban desiertas y bastante frías. Kiran iba explicando los usos que daban a cada sala con voz amable. De pronto se giró hacia Carmen y le dijo:

—¿Por qué está aquí? Usted no tiene ningún interés en la meditación ni en nada de lo que hacemos aquí. No sé si tiene algún hermano, pero desde luego no alguien que haya estado con nosotros. ¿Qué busca, Carmen? ¿Es periodista?

Carmen se sintió completamente pillada. Ni siquiera hizo el intento de disimular. Le recordó una vez, años atrás, en que visitó a un supuesto adivino que echaba las cartas por insistencia de su hermana. Ella estaba convencida de que había adivinado cosas increíbles y Carmen, que era totalmente escéptica, aceptó hacer la prueba. En cuanto entró y se sentó frente al hombre, este la miró y le dijo: «¿Por qué has venido si no tienes ningún problema?». La dejó pasmada y, a lo largo de la entrevista, comprobó que el hombre no tenía poderes, pero era muy muy listo y percibía cada gesto del lenguaje no verbal del que tenía enfrente. Kiran era igual y decidió sincerarse. No tenía nada que perder.

—De acuerdo, me ha pillado. Hemos venido a acompañar a un amigo que tiene que desmontar la casa familiar en Fuenrota. Es el sobrino del hombre que asesinaron en el 93. La familia no ha conseguido pasar página porque nunca se descubrió al culpable. Somos compañeros de trabajo de Iñaki, el sobrino. Somos *ertzainas* y se nos ha ocurrido la descabellada idea de intentar averiguar qué pasó. Pensaba que quizás aquí hubiera alguna pista.

Kiran asintió.

—Lo comprendo —dijo—. No hay nada peor que la incertidumbre.

Es mejor saber con certeza algo malo que imaginar lo terrible, fantasear con mil explicaciones a cuál peor. Hubiera preferido que viniera de frente.

—Ya, tiene razón, pero pensé que si se negaba a hablar conmigo no tenía otra forma de acercarme.

—No somos los malos, Carmen. Se lo aseguro. Vamos a mi despacho. Aquí hace frío para sentarse a hablar.

El despacho estaba en el edificio donde habían hecho la sesión de meditación, en el primer piso. Tenía uno de los balcones llenos de flores que habían admirado el día anterior. El mobiliario era sencillo. Un escritorio con una silla, una alfombra con el consabido cojín y, como único lujo, dos pequeños sillones enfrentados junto al balcón. Kiran le indicó uno de ellos y se sentó en el otro.

—¿Qué quiere que le cuente? —preguntó Kiran.

—Qué recuerda del crimen, de lo que se habló, de José, de la gente que estaba por aquí en aquella época… Lo que sea.

—Éramos doce aquel verano. Ocho que habíamos venido aquí para quedarnos y cuatro que estaban pasando una temporada, interesados en el proyecto, pero con dudas de si tirarse a la piscina. También teníamos algunos visitantes de fin de semana. Había mucho trabajo por hacer; el pueblo era una pura ruina. Por suerte, éramos jóvenes y hacía buen tiempo. Si llegamos a venir en enero, aquí no se hubiera quedado ni el apuntador.

Sonrió al decir eso y a Carmen le pareció más joven, menos solemne, más cercano.

—La situación no era fácil —continuó—. Teníamos la intención de instalarnos definitivamente, pero había problemas. El verano anterior, el del 92, pasamos dos meses aquí preparando cosas. Fue cuando construimos unas cabañas en los famosos campos de olivos que tantos disgustos nos dieron. Esos campos no estaban atendidos, nadie recogía las aceitunas ni se acercaba, pero imagino que temieron perder la propiedad si nos instalábamos nosotros. El caso es que vinieron varios tipos mal encarados a amenazarnos y decirnos que nos largáramos de aquí. De hecho, nosotros no teníamos ningún permiso para vivir aquí, pero las autoridades no nos habían hecho ningún caso para bien ni para mal. José, el tío de su amigo, fue el único que calmó los ánimos y consiguió que la conversación fuera más o menos civilizada. Nosotros nos comprometimos a tirar las cabañas y dejar los campos libres, y permanecer en

lo que era este pueblo. Pasó el verano y nos fuimos, pero, cuando volvimos al año siguiente, creo que les sentó como un tiro. Nos asociaban con todo lo malo: secta, drogas, orgías, qué sé yo. Por eso, cuando José apareció muerto, todos nos señalaron. La Guardia Civil prácticamente se instaló aquí. Tuvimos que dar cuenta de los movimientos de todos los que estábamos, habían estado o pensaban venir. Hablaron con nuestras familias y trabajos anteriores. Creo que realmente deseaban que el culpable estuviera aquí. Pero no fue así. Nadie tenía motivos para matar a José. Ya le digo que era el único interlocutor decente que tuvimos. Por fin nos dejaron en paz, pero en la zona nunca nos han mirado bien. Hemos intentado muchas cosas: vender nuestros productos en los mercados, organizar talleres de yoga para niños, contribuir con actividades a las fiestas de los pueblos más cercanos. No hay forma, nos temen o nos odian o las dos cosas.

—¿Por qué no deberían considerarlos una secta?

—Supongo que nadie se considera una secta a sí mismo, ni Charles Manson y sus secuaces. Pero no creo que se nos pueda definir así. Aquí la gente no pone dinero, es libre de irse cuando quiera. De hecho, hay un núcleo que permanece y otra gente que cambia, mantenemos el contacto con nuestras familias. Tenemos interés en el budismo y en la meditación, pero no creo que eso nos convierta en una secta. Y hemos elegido una forma de vida alternativa, menos centrada en el consumo, más autosuficiente. Y eso genera desconfianza.

—¿Ustedes pensaron en alguien? ¿Elaboraron alguna teoría sobre quién podía ser el autor del asesinato?

—Hablamos del tema, cómo no, ocupó gran parte de nuestro tiempo aquel verano. Aunque no nos querían, nosotros nos íbamos enterando de muchas cosas de la zona. El padre Ángel no nos tragaba, se encargó de que no nos permitieran hacer nada con niños. La Iglesia, si hubiera vigilado más a los suyos… Aunque no lo digo por él, me refiero en general. Aquí en la zona había mucha gente con negocios oscuros. Quizás José se cruzó en el camino de alguien. El mismo alcalde de Fuenrota y varios amigos suyos se enriquecieron mucho durante esos años. Recalificaron terrenos, convirtieron zonas rurales en zonas edificables. Se hicieron hoteles y apartamentos para turistas. En una escala pequeña si quiere; esto no es el Mediterráneo, pero unos cuantos se hicieron ricos. Y sin una queja, por supuesto, daban trabajo al

pueblo, atraían turismo… Yo miraría por ese lado, aunque no tengo ninguna prueba de nada.

Carmen le agradeció su colaboración y le preguntó:

—¿Le importa que vengamos otra vez si necesitamos o queremos consultarle algo?

—No, por supuesto, pueden venir cuando quieran. O pueden llamarme —sonrió—. Aunque seamos una secta, tenemos móviles.

Carmen sonrió también y se levantó para ir en busca de Lorena.

CAPÍTULO 6 (Iñaki)

Cuando Carmen y Lorena llegaron a la casa eran más de la una. Los hombres estaban sudorosos, pese a que la temperatura, mejorada gracias a Matías, tampoco era tropical. Habían trabajado muchísimo: los muebles estaban desmontados y apilados junto a las cajas preparadas en el zaguán. Todavía quedaba tarea por hacer, pero se empezaba a notar el avance. Decidieron ir al hotel para que pudieran darse una ducha porque tenían comida con Mario y Rosa, unos amigos del tío de Iñaki que habían pasado por la casa por la mañana. Matías se despidió alegando que tenía trabajo, pero quedaron en verse después de comer. Quería enseñarle a Carmen una ermita cercana.

Repitieron la gestión del vino con Antonio y eligieron un par de botellas para llevar a casa de Mario y Rosa. Antonio llevaba un bebé de unos seis meses en brazos y se lo pasó a Lorena para bajar a la bodega.

Lorena se puso a decirle monerías al niño en ese tono que solo se emplea con los bebés y los cachorros. Al poco, Marga bajó las escaleras con un montón de sábanas planchadas para guardar y se apuró al ver a Lorena con su hijo en brazos.

—¡Ay, Dios mío! ¿Antonio te ha colocado al niño?

Lorena se echó a reír.

—Ha sido un momento, ha bajado a la bodega a por vino. Además, me encantan los bebés.

—Pues parece que Marcos está a gusto… Se ha puesto enferma la chica que suele cuidarlos mientras trabajamos y es un lío.

Iñaki pensó que Lorena estaba más guapa todavía con un niño en brazos y sintió una punzada de envidia de Antonio y Marga. En sus fantasías a menudo se imaginaba casado con Lorena, con niños, incluso con un perro,

como las familias de los anuncios. Meneó la cabeza y volvió a centrarse en la realidad.

Iñaki tenía recuerdos difusos de Mario y Rosa. Recordaba a Mario como un chico moreno que se reía mucho y al que la abuela Nati quería especialmente. A Rosa la veía con una trenza larga de la mano de su tío. Pero eran imágenes inconexas, apenas destellos que ni siquiera sabía si eran reales. Le había costado reconocerlos en la pareja que había pasado por la casa para invitarlos a comer. Mario se había convertido en un hombre de pelo completamente gris, aunque mantenía cierto aspecto infantil en su cara de mejillas sonrosadas. Rosa era una mujer delgada que resultaba muy elegante, pese a ir vestida con mucha sencillez y apenas maquillada. Había estado muy cariñosa con él, sin empalagar, pero con gestos que mostraban que se alegraba de verlo y que le tenía aprecio.

Llegaron a una casa vieja restaurada, no tan espectacular como la de Matías, pero también era un edificio hermoso y bien cuidado. Los balcones estaban llenos de ciclámenes blancos, rosas y rojos.

Mario salió en cuanto oyó llegar el coche. Sonreía como si fueran sus mejores amigos los que llegaban a hacerle una visita.

Entraron en la casa, que era mucho más moderna de lo que habían imaginado. Un salón a doble altura con una cristalera que daba al bosque, muebles pocos y buenos. Unos sofás enormes, con aspecto de caros, formaban ángulo frente a la chimenea. Un jarrón con un ramo de hojas y bayas lucía sobre una cómoda.

Iñaki no entendía mucho de decoración, pero le pareció que en aquella casa todo era bonito y supuso que Rosa se habría encargado de todo. En ese momento, la mujer entró en la sala con unos aperitivos que dispuso en una mesita de centro junto a los sillones. Era de esas personas que saben hacer que te sientas bien en su casa sin aparente esfuerzo. Hablaba poco, con una voz suave, y sonreía a menudo. Cuando terminaron los aperitivos, dispuso una fuente de lasaña y una ensalada en la mesa.

—Es todo lo que hay —dijo—. Espero que no os quedéis con hambre.

La comida resultó agradable. Iñaki no quería comentarles nada de la investigación que estaban llevando a cabo sobre el asesinato de su tío. Sabía que tendría que hablar con ellos, pero no le apetecía en ese momento y esperaba que sus compañeros no sacaran el tema.

Después del café, Mario le pidió que le acompañara a su estudio. Tenía las escrituras de algunos terrenos que pertenecía a la familia de Iñaki.

—Tu madre me hizo un poder notarial y he podido ocuparme de todo. Sinceramente, no valen nada, pero quiero que tengáis toda la documentación por si algún día decidís vender.

Iñaki le agradeció sus gestiones y charlaron un rato sobre viejos conocidos y sobre cómo estaba la madre de Iñaki. El reloj del estudio marcaba las tres y media. Mario se empeñó en enseñarles toda la casa antes de que se fueran. Se notaba que estaba muy orgulloso. Les mostró hasta el garaje para dos coches y la leñera. Quería que tomaran otro café o una copa. Iñaki dijo que lo agradecía, pero debían irse. Se disculpó por las prisas, pero habían quedado con Matías.

—Claro, hombre, sin compromiso. Ya supongo que tienes mucha tarea y pocos días. Ya nos vemos otro rato. Y si necesitas algo, no tienes más que decirlo y os echo una mano en lo que haga falta.

Cuando llegaron al hotel, Matías los estaba esperando.

—¿Qué tal ha ido la comida en casa de Mario y Rosa?

Carmen contestó que muy bien y Matías les propuso acompañarle a dar un paseo por un paraje muy bonito cercano al pueblo.

—Yo no puedo —dijo Iñaki—. Tengo que aprovechar el rato que queda de luz para darle otro empujón a la casa.

—Pues quería aprovechar para hablar contigo de las notas de la carpeta… —respondió Matías.

—Ve, Iñaki —dijo Fuentes—. Yo voy a la casa y termino de desmontar las camas.

—Yo voy con Fuentes —dijo Lorena—. Id Carmen y tú al paseo. Te vendrá bien despejar un poco la cabeza. Quedamos luego en casa de Matías.

Al final el plan se hizo de esta forma. Cogieron el coche de Matías y recorrieron unos cuantos kilómetros. A Iñaki todo se le antojaba vagamente familiar. Anduvieron un trecho que no supo calcular en distancia porque era por una pista forestal y circulaban muy despacio. El hombre aparcó junto a una especie de alberca y bajaron del coche.

—Aquí criaban truchas unos monjes hace muchos años. Ya no queda nada del convento, pero la alberca se ha mantenido.

Las paredes estaban cubiertas de musgo y el agua reflejaba los árboles

de alrededor. Iñaki recordó ese lugar con claridad. A veces, de niños, iban con las bicicletas a merendar allí. Le vino a la cabeza el sabor del pan con chocolate y el chapuzón en la alberca. Era uno de sus rincones favoritos.

Matías siguió hablando.

—Vamos, este camino lleva a la ermita de San Bernardino, son diez minutos.

Le siguieron por un sendero lleno de hojas enmarcado entre un muro de piedra y una hilera de árboles. Caminando hacía menos frío del que temían y disfrutaron del paseo.

—La ermita está en ruinas. Cuando yo era pequeño se hacía una romería todos los años el 20 de mayo, que es el día del santo. Pero luego fue quedando poca gente en el pueblo, la ermita no le interesaba ni al cura y se ha ido deteriorando. Es una pena. Por aquí hay mucho patrimonio, pero poco dinero para mantenerlo.

Efectivamente, la ermita tenía parte del tejado derruido, las ventanas no tenían cristales y gran parte de los muros estaban desconchados. Con todo, era un edificio bonito, con pequeñas ventanas geminadas y paredes que se adivinaban de un tono rosado con frisos en un color más oscuro que parecía granate. Cuando Iñaki era pequeño ya no había romerías, la ermita solía estar cerrada, pero no recordaba que estuviera tan deteriorada.

—No sé, Marga y Antonio, los de su hotel, quieren que esto se restaure. Habían pensado en organizarlo con chicos de los que vienen de campamentos. Creo que han escrito a una asociación de arquitectos de Burgos para ver si lo ponen en marcha.

—Eso sería estupendo —comentó Carmen.

—Sí, es bueno que venga gente joven. Los viejos ya no tenemos empuje…

—Tú puedes por tres como yo, Matías.

El hombre esbozó una sonrisa poco convencida.

—Qué más quisiera… Contadme cómo ha ido la comida.

—Bien, han sido muy amables. Tienen una casa preciosa. Rosa me parece una mujer muy atractiva —dijo Carmen.

—Rosa vale un imperio. Mario tuvo suerte y lo sabe —respondió Matías.

—Nos ha contado cosas de su juventud —dijo Iñaki—. De que vivió

en Londres, que fue medio novia de mi tío José. Yo eso ya recordaba…

El hombre asintió.

—Sí, si no hubiera muerto José, no creo que Rosa hubiera hecho caso a Mario. Es trabajador y se ha hecho con un buen negocio, pero no vale ni la mitad que ella. ¿Te ha comentado algo de las escrituras, Iñaki?

—Sí, me ha dado todos los papeles. Ha sido muy amable de ocuparse de eso.

—Bien. Las cosas han de quedar en orden. Vamos para casa antes de que os quedéis helados. Si te gustan las iglesias, Carmen, tendrías que ir a San Juan de la Quebrada. Es una maravilla del románico. Creo que el padre Ángel sabe cuándo se puede visitar y también el alcalde; es un experto en románico nuestro alcalde —dijo con cierto retintín.

Veinte minutos más tarde estaban sentados en la sala de Matías con el chocolate prometido. Iñaki sacó la carpeta y le preguntó:

—¿Qué significa esto de las fiestas de San Sidonio y las Hijas de Ramos?

—¡Ah! Sí. La pista de los feriantes. Ese verano yo, como todos, quería que hubiera sido alguien lo más ajeno posible al pueblo. Se habló de unos feriantes, aunque nadie sabía quiénes eran y dónde podían estar. Me costó esfuerzo dar con alguno que hubiera estado por aquí. Por fin localicé, gracias a unas chavalas del pueblo que iban de fiesta en fiesta, a las Hijas de Ramos, que gestionaban unos autos de choque y habían estado en las Fiestas de San Sidonio. Me llevó días de buscar por los pueblos, pero di con ellas y con varios feriantes más que habían recorrido la zona. Informé a la Guardia Civil y estuvieron indagando, pero no salió nada de ahí. Nadie tenía antecedentes y todos estaban trabajando esa noche. La verdad es que como hipótesis nunca había tenido mucho sentido, pero teníamos tantas ganas de endilgarle la culpa a alguien… Es como los de la secta. Eran jóvenes, eran diferentes, habían tenido el lío de los terrenos, pero nadie tenía motivos para matar a José. Y la Guardia Civil removió hasta debajo de las piedras entre ellos.

—Pero motivos tampoco tenía nadie en el pueblo, ¿no? —dijo Carmen.

—No que nosotros sepamos, pero es más fácil tener problemas con gente que conoces que con desconocidos. Imaginad que Mario hubiera estado

enamorado de Rosa por aquel entonces y muerto de celos…

—¿Crees que eso es posible? —preguntó Iñaki.

—Sinceramente, no. Mario por entonces trabajaba todas las horas del día. Estaba empeñado en hacerse rico y no tenía tiempo para amoríos. Lo he dicho por poner un ejemplo.

—¿Y el alcalde? —dijo Iñaki.

Matías rio.

—Te he hecho de mi bando. Don Jesús no aguantaba a José. No podía soportar que un pelagatos, como él lo llamaba, le plantara cara y no le vendiera los terrenos. Si hubiera podido hacerlo desparecer apretando un botón, quizás lo hubiera hecho, pero mojarse en un asesinato… Tendría que haber algo más para una cosa así.

—Algo ¿cómo qué? —preguntó Carmen.

—Siempre he pensado que José se metió por casualidad en donde no debía. A lo mejor descubrió un chanchullo gordo del alcalde, algo que lo podía llevar a la cárcel y matarlo era la única forma de ocultar el asunto. De todas formas, ya os comenté que él tenía coartada, debería haber contratado a alguien.

Matías se levantó y volvió con otra carpeta.

—No creáis que no intenté buscar por ahí. Aquí tengo copias del registro de la propiedad. Son las operaciones que hizo Jesús Arana en esa época. Miré con lupa. Hay cosas que no están muy claras, pero nada que pudiera considerarse un delito. Quizás vosotros veáis más de lo que he visto. Lleva esta carpeta también.

—¿Quién más podía tener secretos que José descubriera? —dijo Iñaki.

Matías se encogió de hombros.

—Secretos, cualquiera. Todos tenemos alguno, pero tiene que ser algo que hiciera sentir en peligro al implicado en caso de saberlo José. Y eso es mucho más raro. José era un hombre discreto. Si hubiera sabido que alguien tenía un amante, habría callado. Muchos de los secretos son de ese tipo: infidelidades, hijos que no son del padre oficial, abortos clandestinos, pequeños hurtos, cazar o pescar en lugares prohibidos, hacer obras sin licencia… Mucha de la gente de por aquí, si se entera de cosas de esa índole, aunque sean delito, no las denuncia, pero chismorrea. José, no. Por lo tanto,

tendría que haber sido algo serio, grave, que le hubiera llevado a pensar que tenía que denunciar.

—Y no se te ocurre nada de ese tipo… —dijo Iñaki.

Matías se quedó un momento en silencio.

—No me gusta hablar de esto… —comenzó—. No es nada que nunca se haya probado, pero tampoco me siento cómodo con esa historia. Verás, hubo un caso extraño aquel año en Fuenrota. La mujer de Ramiro, un pastor bastante mal encarado, despareció de la noche a la mañana. En el pueblo se decía que él le pegaba. En aquellos tiempos no era como ahora, no quiero decir que ahora no peguen, es que antes se consideraba que eso era un asunto doméstico, que la ropa sucia se lavaba en casa. La gente no tenía simpatía por Ramiro y les daba pena su mujer, Adelaida, pero nadie metió nunca las narices. Cuando Adelaida despareció, hubo muchos rumores: que si se había ido con un viajante, que si él la había matado y enterrado en el monte, que si la habían visto en Burgos teñida de rubio. El caso es que se presentó aquí un hermano de la mujer acusando a Ramiro de haber matado a su hermana. El hombre decía que ella les habría comunicado su paradero de haberse ido voluntariamente. Se formó un revuelo terrible. Eso era a finales de febrero, lo recuerdo porque fue el mismo día que hubo un atentado en Nueva York del que nadie se acuerda ya. La Guardia Civil intervino, pero el caso se cerró por falta de pruebas. No sé qué hubiera podido descubrir José, pero en un caso así está claro que habría hecho algo.

—¿Qué fue de Ramiro? —quiso saber Carmen.

—Está en una residencia de ancianos en Espinosa de los Monteros. Tiene párkinson. No tenían hijos y, que yo sepa, no tiene familia.

—¿Se supo algo de su mujer? —dijo Iñaki.

—Aquí nadie supo nada. El hermano era de otro pueblo, de la zona de Odra y no volvió por aquí.

Mientras hablaba, Matías sacó un papel de la carpeta y se lo enseñó a Carmen.

—Estos son el nombre y apellidos del hermano, y el pueblo donde vive, pero no veo manera de averiguar qué pudo saber José, si es que había algo que saber.

Sonó el timbre. Eran Lorena y Fuentes, que volvían de casa de Iñaki.

Matías les ofreció chocolate, que aceptaron encantados; venían

helados del frío. Los pusieron en antecedentes de lo que habían averiguado.

—Carmen, usted y yo podríamos intentar que el alcalde nos enseñe la iglesia románica, así tenemos ocasión de hablar con él sin que esté Iñaki presente —dijo Lorena—. A lo mejor se siente más cómodo para hablar si estamos solo nosotras.

—Hay que aprovechar bien el tiempo. No nos queda mucho —dijo Fuentes—. Yo podría intentar localizar al hermano de la tal Adelaida para ver si supo algo más de su hermana. Si fuera así, podríamos cerrar una vía.

—Sí —añadió Carmen—. Yo había pensado ir esta misma tarde a hablar con Ramiro. No sé hasta qué hora aceptarán visitas en una residencia de ancianos…

—Bueno, son las cinco y media. Si para las seis está allí… —dijo Iñaki—. Yo puedo intentar mirar los papeles del alcalde y quizás hablar con Marga y Antonio. Probablemente saben cosas de las intervenciones inmobiliarias que se han hecho en la zona. Por suerte la casa avanza rápido. Si mañana me ayuda Matías, Fuentes se puede ir a ese pueblo. Es verdad que apenas queda tiempo.

Matías estuvo de acuerdo.

Carmen consultó el reloj y le preguntó a Lorena:

—¿Me acompañas a la residencia de ancianos? Lo más probable es que Ramiro nos mande a freír espárragos, pero igual la visita de una chica joven y guapa le interesa más.

Lorena aceptó y salieron después de quedar con sus compañeros para cenar en un asador de Espinosa de los Monteros.

CAPÍTULO 7 (Lorena)

Antes de emprender el camino, pararon un momento en la casa del cura para gestionar la visita a San Juan de la Quebrada.

El hombre les abrió la puerta y las invitó a pasar con grandes gestos de alegría. Ellas se disculparon pretextando un recado para Iñaki y le comentaron su interés por la iglesia.

—Claro, nos han dicho que el alcalde es un experto en románico, pero como no lo conocemos de nada… —dijo Lorena.

—Ningún problema, yo le comento. Vendrá hoy a la misa de siete. Seguro que está encantado de enseñársela. Yo iría, pero mañana es mal día porque tengo que decir varias misas.

Le dejaron sus números de móvil para que las informara de sus gestiones con el alcalde y se apresuraron al coche, con dudas de llegar a tiempo.

—No hemos comentado cómo te ha ido en el taller de teñido de telas —dijo Carmen.

—Desde el punto de vista del tinte, un pringue —respondió Lorena riendo—. Pero ha sido interesante. Esta mujer, Indira, es especial.

—¿En qué sentido?

—Da clases de francés en un instituto. Algunos tienen trabajos fuera para poder subsistir. Es la pareja del líder, pero no me ha parecido que esté deslumbrada por la personalidad del maestro. Según nos ha dicho, ella llegó al pueblo en el 93, con el primer grupo. He aprovechado para contarle lo de Iñaki y que habíamos venido a ayudarle a desmontar la casa, sin entrar en detalles. Le ha interesado. A partir de ahí hablaba con las otras para darles algunas instrucciones, pero casi todo el tiempo lo ha pasado conmigo.

Recordaba perfectamente la historia, claro. Por lo visto los interrogaron un montón de veces a todos, sobre todo a Kiran. Ha dicho, con un tono bastante amargo, que ni entonces ni ahora les tenían ningún aprecio. Me ha llamado la atención que ha comentado que Rosa solía ir mucho por la fundación aquel verano, pero después de la muerte de José desapareció. Sabía que seguía viviendo aquí, la ha visto por Espinosa de los Monteros. Ella da clase allí y conoce la academia de inglés de Rosa.

—A mí también me parece sorprendente. De alguna manera relaciona otra vez a José con la Fundación Ashraya. Nadie nos lo había dicho. ¿Lo sabrá Matías?

Lorena se encogió de hombros.

—No sé. Me ha parecido que Rosa no le era simpática, pero no sé por qué. En realidad, no ha dicho nada que me pudiera llevar a pensar eso, pero…

—No desprecies la intuición, Lorena. Algo has notado. Estaría bien preguntarle a Rosa.

A partir de ahí callaron para hacer caso del GPS y encontrar la residencia Virgen del Rosario. Llamaron al timbre y salió a abrir una joven con un pijama granate de uniforme.

—Buenas tardes —dijo Carmen con su mejor sonrisa—. Nos gustaría ver a uno de sus residentes, Ramiro León.

La chica consultó el reloj y Lorena se apresuró a añadir:

—Sabemos que es un poco tarde, pero es que estamos de paso y mañana nos vamos. Mi madre me había encargado que saludara a su tío, pero se me había pasado y se va a enfadar muchísimo si le digo que no lo he visto.

—De acuerdo —aceptó la joven—. Pero solo tienen media hora, luego comenzamos con las cenas. Síganme, por favor.

La obedecieron y atravesaron un pasillo con puertas a ambos lados. Hacía calor y el aire olía a una mezcla de desinfectante, ambientador y sopa.

Entraron en una sala grande con televisión en un extremo y varias mesas con sillas alrededor. Varios ancianos jugaban a cartas o a dominó. Otros dormitaban en sillones y algunos estaban de conversación con familiares en sofás y butacas repartidos por la estancia. Ellas se acomodaron en uno y esperaron a que Ramiro León se acercara a ellas.

—¿Qué le vamos a decir? —preguntó Lorena nerviosa.

—No sé… ¿Que somos periodistas? Podríamos decir que estamos

recopilando historias sobre la zona de las Merindades…

Lorena no estaba nada convencida del plan. Entendía que no había apenas tiempo y que la única solución era improvisar, pero no era su estilo. Ella era de hacer listas de pros y contras, tablas de Excel con todos los datos a su alcance, planes detallados y horarios precisos. La agobiaba esa forma caótica de trabajar.

El hombre era alto y se adivinaba que había sido corpulento, aunque la edad y la enfermedad lo habían dejado bastante mermado. Las miró con el ceño fruncido.

—¿Quiénes dicen que son?

Carmen sonrió y le dijo:

—Mire, hemos inventado una excusa para poder hablar con usted. No somos parientes suyas ni de lejos.

—Eso ya lo sé —contestó seco—. He venido porque me aburro. Mi único pariente vivo es un sobrino segundo que vive en Zamora.

—Somos periodistas. Trabajamos en *La voz de las Merindades*, una publicación mensual que publica historias de interés para la comarca. Ella es Lorena, la encargada de su entrevista. La he acompañado porque está empezando.

Ramiro se giró hacia una Lorena que ponía cara de pánico y su expresión se suavizó.

—No te voy a comer, muchacha. Vaya cara de susto traes.

—Verá —continuó Carmen—, es que el asunto que nos trae aquí es delicado y tiene miedo de que usted se moleste.

—Pues usted dirá. No se me ocurre qué cuernos puedo contar a su revista. ¿Cómo se cuidaban las ovejas cuando yo era joven?

—No. Nada de ovejas. Tenemos una sección que se llama *¿Verdadero o falso?* Son reportajes sobre cosas que se cuentan en los pueblos de la zona. Lorena, ¿tenemos el del mes pasado, el de la casa encantada de Villarcayo?

Lorena simuló mirar en su bolso y negó con la cabeza. Mientras, intentaba pensar a toda velocidad cómo hacer las preguntas. Menos mal que Carmen había urdido aquella historia para justificar sus nervios. De toda la historia era lo único cierto: estaba aterrada.

—¡Lástima! Era para que viera un poco el estilo, pero no importa. Estuvimos allí, preguntamos a los vecinos, hicimos fotos, hablamos con los

dueños y demostramos que todo es una leyenda. Pero no se crea que somos como Iker Jiménez, tratamos temas muy variados. Cosas que se dicen, que van corriendo de boca en boca, pero no sabemos si son ciertas o no. Por ejemplo, el robo de una talla en una iglesia resultó ser cierto.

Carmen hablaba y hablaba, pero Ramiro la miraba hosco, sin hacer ningún gesto de asentimiento y sin pronunciar una sola palabra.

—Y ahora llegamos a su caso. En Fuenrota y alrededores se dice que usted mató a su mujer…

Miró al hombre, que permanecía impasible.

—…Y creemos que sería bueno que usted diera su versión de los hechos. Sabemos que hubo una investigación y que no se hallaron pruebas de ningún delito, pero quizás usted pudiera contarnos cómo fue la historia.

—No me extraña que la chica estuviera nerviosa. Hay que tener cuajo para venir aquí a incordiar a un viejo con los cotilleos de un pueblo…

—Pero esta historia le habrá hecho sufrir mucho, ¿no, Ramiro? —se lanzó Lorena.

—No lo sabes bien. Esos hijos de puta me crucificaron sin tener nada en qué basarse. Como si no tuviera bastante con que Adelaida me hubiera abandonado.

—No queremos molestarle, pero a lo mejor está bien que deshaga esos rumores —añadió la joven.

Ramiro miraba fijamente a Lorena.

—Te pareces un poco a ella. Mira.

Sacó la cartera del bolsillo y le mostró una fotografía en blanco y negro. Se veía a un grupo delante de una ermita. En el centro, una chica de veintitantos años sonreía a la cámara. Se parecía a Lorena en que era morena y joven. Lorena la examinó con atención.

—Era muy guapa —dijo devolviéndosela.

El anciano asintió.

—Era más joven que yo. Igual eso fue parte del problema. Y que no tuvimos hijos. Yo pasaba muchas horas fuera con el ganado y ella se aburría. Yo era celoso y tuvimos nuestros más y nuestros menos.

—En el pueblo dicen que usted le pegaba… —añadió Lorena con precaución.

El hombre hizo un gesto despectivo con la mano.

—Algún guantazo le di, pero tampoco palizas. La gente habla mucho. Y ella lo exageraba todo para dar pena en el pueblo.

—¿Qué cree que pasó?

—Pues que se fue con alguno. Era guapa, pero no era trigo limpio. No lo fue nunca. Y estuvimos quince años casados.

—Pero el hermano de ella… —insistió Lorena.

—Ese era un desgraciado que siempre me tuvo atravesado. Y su hermana tampoco se llevaba bien con él, por eso no le dijo nada ni le escribió.

—Pero no me negará que es raro desaparecer así, no mandar ni una nota a nadie, que no haya habido noticias. ¿Usted no hizo nada por encontrarla?

El rostro del hombre se ensombreció.

—¿Si no hice nada? Casi me arruino buscando a esa mala pécora. Fui a un detective en Burgos, porque la Guardia Civil no hizo nada más que rastrear el campo con perros. Gasté más de un millón de pesetas buscándola, pero no me sirvió de nada. Vengan, les voy a enseñar una cosa.

Se levantó con dificultad. Lorena dudó si ayudarle, pero le pareció que igual lo ofendía. Lo siguieron por el pasillo por el que habían entrado y abrió una de las puertas. Era una habitación con dos camas, dos armarios, unas fotos de paisajes en la pared y una puerta que supusieron que daba a un cuarto de baño. El hombre abrió el armario y sacó una caja con dificultad. La dejó sobre la cama y se sentó. Comenzó a rebuscar entre papeles y sacó primero una tarjeta de visita. Con una tipografía anticuada y fea, en letras azules y negras se podía leer «Agencia de detectives Rodrigo. Discreción y solvencia. Divorcios. Empresas. Búsqueda de personas desaparecidas. Presupuesto sin compromiso» y una dirección y un teléfono.

—Estos me sacaron los dineros a base de bien. ¿Habría contratado yo a un detective si hubiera matado a mi mujer? Pero esperen, tengo otra cosa.

Siguió rebuscando en la caja y sacó una postal de Mallorca. Había una fecha escrita: 26 de febrero de 1994, y una frase: «Hoy es mi verdadero aniversario» y como firma una A.

—Esto me llegó al año siguiente. En el pueblo no creyeron que me la hubiera enviado ella.

—¿Podemos hacerle una foto? —preguntó Lorena.

Ramiro se encogió de hombros y Lorena fotografió la tarjeta de los

detectives y la postal por las dos caras. No parecía haber mucho más que decir. Salieron al pasillo y la auxiliar que las había acompañado a la entrada se acercó a ellos.

—Venga, Ramiro. Tendrá que irse despidiendo, vamos a cenar enseguida.

Carmen y Lorena le dieron la mano y le prometieron que le mantendrían informado.

Al salir se miraron con expresión culpable. Tanta mentira…

—Mire, Carmen, no sé si este hombre es culpable o no, pero le aseguro que va a recibir un número de *La voz de las Merindades* para que enseñe a todos los residentes de Virgen del Rosario. Así me tenga que montar una imprenta.

CAPÍTULO 8 (Carmen)

Aparcaron en el centro del pueblo y fueron a reservar mesa al restaurante que les habían recomendado Marga y Antonio. Todavía faltaba un rato para cenar y entraron a tomar una caña en un bar muy concurrido. Se sentaron al fondo de la barra y pasaron un rato en silencio.

—Me siento fatal —dijo al fin Carmen—. El fin no justifica los medios.

Lorena estaba pensativa.

—Ya… —dijo al fin—. La entiendo, pero ¿qué hemos hecho de malo?

Carmen la miró asombrada.

—Me parece que está claro, Lorena. Mentir como bellacas y convencer a un pobre anciano de que íbamos a limpiar su nombre.

—Sí, sí. Yo también me he sentido mal. A ratos pensaba: «Que se fastidie; es un maltratador, aunque sea viejo». Después me entraba pena de verlo tan desvalido y quizás tan injustamente acusado. Pero lo que quiero decir es que en realidad no vamos a causar ningún perjuicio a Ramiro León. Ese hombre lleva una existencia bastante miserable y se ha pasado toda la vida dando vueltas a esa historia. No sabemos si lo que nos ha contado es cierto o no. En el peor de los casos, si es inocente, se queda igual que estaba. A lo mejor, un poco liberado por haber hablado. Si es culpable, me da menos pena. En cualquier caso, podemos pensar que actuamos en nombre de Adelaida.

Carmen meneó la cabeza.

—No lo veo claro…

—Trabajamos sin medios —insistió Lorena —. No podemos

interrogar a nadie de forma oficial. Creo que, aunque utilicemos medios poco ortodoxos, si nadie sale perjudicado se puede considerar que lo que hacemos está bien. Por cierto, ¿*La Voz de las Merindades*? ¿Cómo se le ha ocurrido? No me haga estas cosas, que un día se me escapará la risa.

—Hija, no sé. Había pensado en qué tipo de gente puede hacer muchas preguntas. Se me pasó por la cabeza decir que éramos trabajadoras sociales y que podía reclamar una pensión de viudedad por su mujer desaparecida, pero luego me resultó poco creíble en un sábado por la tarde. Periodistas me pareció buena opción y el resto vino solo. Fue el primer nombre que se me ocurrió.

Siguieron charlando, ya más tranquilas, y cuando salían del bar Carmen recibió un mensaje del padre Ángel: «Mañana a las diez don Jesús las recoge en el hotel». Se lo mostró a Lorena y se encaminaron al restaurante.

Cenaron bien, aunque un poco contundente para el gusto de Carmen, que hubiera preferido algo más ligero. Ellas les contaron la conversación con Ramiro.

—¿Y creen que decía la verdad? —preguntó Iñaki.

Ellas se miraron.

—No estamos seguras —dijo Lorena—. En el momento, allí, me pareció que era sincero. ¿Para qué iba a guardar esas cosas? Ha pasado mucho tiempo, pero tampoco me parecen pruebas muy sólidas. ¿Cómo saber si esa era la letra de Adelaida? Y una tarjeta de una agencia de detectives no es gran cosa…

—¡Vaya mierda! —dijo Fuentes—. Esto de la investigación laica no es nada práctico. Si estuviéramos en comisaría podríamos cotejar la postal con una muestra de letra de la tal Adelaida y llamaríamos a los detectives esos, si aún existen, para ver si la historia del viejo era verdad.

—Bueno, eso ya lo sabíamos. Esto es lo que hay —dijo Carmen—. Si aún está animado, puede ir a ver al hermano, igual tiene alguna carta de Adelaida de antes y se puede comparar. Lo de la agencia está más difícil, aunque quisieran colaborar estamos en pleno puente.

—Sí, sí —contestó Fuentes —. Yo voy sin problema. No van a necesitar el coche, ¿no?

—No, por la mañana nos recoge el alcalde para ver la iglesia de San Juan de la Quebrada. Por cierto, ¿han encontrado algo revisando esos papeles?

Iñaki negó con la cabeza.

—Nada muy prometedor. Hay un montón de operaciones que parecen dudosas, pero como hubo miles en esos años. Y eso que Fuentes ha estado mirando los papeles con lupa.

—Sí —dijo el aludido —, pero aún los tengo que mirar más despacio. Y también habría que hablar con gente del pueblo, hay cosas que no están escritas en ningún registro…

Al salir caía aguanieve y Carmen miró en su móvil el pronóstico del tiempo.

—¡Dios mío! Dan nieve para mañana.

—Bah, eso no es nada. Esto ni cuaja, ya verá —dijo Fuentes muy seguro.

Al llegar al hotel, Iñaki y Fuentes fueron a hablar un rato con Antonio. Les había dicho que era la hora en que estaba más tranquilo y querían comentar con él los negocios del alcalde.

Carmen y Lorena se dirigieron a la sala de la chimenea con sendas infusiones para bajar el cordero.

Carmen agradecía infinito a Iñaki que hubiera organizado las cosas de forma que ella casi siempre hacía pareja con Lorena y él con Fuentes. Tenía unos ciertos remordimientos porque estaba segura de que el chico hubiera preferido investigar con Lorena, pero no tantos como para alterar la situación.

Estaban sentadas junto al fuego, ligeramente amodorradas, cuando Rosa asomó la cabeza en el salón.

—Hola —dijo sonriendo—. Iñaki se ha dejado esto en casa. —Agitó una bufanda roja—. He pensado que le haría falta. Dan malísimo para mañana…

Carmen y Lorena le agradecieron el detalle y se ofrecieron a ir a buscar al interesado.

—No, no hace falta. De verdad. Si me voy ahora mismo…

—Tómese algo con nosotras, mujer —dijo Carmen—. ¿Le apetece una infusión, un café?

La mujer aceptó la infusión y Carmen fue a buscarla y a llevarle la bufanda a Iñaki.

Charlaron un poco de temas intrascendentes, le contaron que iban a ver la iglesia al día siguiente, Carmen expresó su preocupación por la nieve y

por fin pensó que había que aprovechar el momento para ver si podían obtener más información.

—Estamos preocupadas por Iñaki. ¿Verdad, Lorena?

Lorena asintió, sin añadir nada hasta no ver por dónde llevaba Carmen la conversación.

—Es muy duro para él tener que desmontar la casa, enfrentarse a todos los recuerdos solo y seguir dando vueltas a qué fue lo que pasó. En su casa es un tema tabú. No lo hablan nunca, es una historia enterrada, pero nadie ha olvidado.

—Me lo puedo imaginar —dijo Rosa—. Yo también pienso muchas veces en José… Fue terrible lo que pasó y el hecho de no saber, no entender empeora mucho las cosas. A mí también me ha revuelto la visita de Ignacio, ha traído al presente cosas que estaban muy escondidas.

—¿Cómo era José? —preguntó Lorena.

La cara de Rosa se animó.

—Un encanto de hombre. Era muy inquieto y le gustaba trabajar la tierra, procuraba estar al día, estudiar sobre plagas, mejores modos de producción, qué sé yo… No había estudiado, pero no se imaginen un bruto destripaterrones. Le gustaba leer, estaba al tanto de toda la música que estaba de moda entonces. Le gustaba mucho Nirvana. Recuerdo que me regaló un disco de Gloria Estefan aquel año por mi cumpleaños: *Mi tierra*. Me encantaba ese disco. Bailamos la canción *Tus ojos* en todas las fiestas de pueblos a las que pudimos ir. No he podido volver a escuchar esa canción, pero aún tengo guardado el disco.

Se le pusieron los ojos brillantes al recordar esa historia.

—¿Han visto alguna fotografía de José?

Carmen y Lorena negaron. En casa de Iñaki no habían mirado las fotos, limitándose a meterlas en una caja.

La mujer rebuscó en su bolso. Sacó la cartera y extrajo una fotografía de carné. Un José de veintitantos años sonreía. Tenía el cabello oscuro y rizado, parecido al de Iñaki, aunque este lo llevaba mucho más corto. Resultaba atractivo, con una sonrisa preciosa.

—Le parecerá una locura —dijo Carmen—, pero estamos intentando averiguar qué pasó. Hablando con unos y con otros. Hasta hemos ido a ver a Ramiro, el pastor, por ver si José podía haber descubierto algo sobre su mujer.

—¿Me lo está diciendo en serio? Pero ¿qué quieren descubrir tantos años después? Si entonces no se pudo…

—¿Qué pensó usted entonces? ¿Sospechó de alguien? —intervino Lorena.

—En realidad no. Primero pensé que algún desconocido, alguien que intentó robarle y no pudo. Luego pasé un tiempo tan triste que no podía ni pensar. No hacía más que llorar. Por eso me fui a Madrid, por intentar salir de este ambiente, de todos hablando de eso en el pueblo constantemente. Y luego, claro que le he dado vueltas. También pensé que a lo mejor había visto a Ramiro matar o enterrar a Adelaida, pero ya se investigó y no llegaron a nada.

—¿Qué recuerda de aquel verano? —dijo Carmen.

—Para mí fue un verano maravilloso. No trabajaba, más allá de dar unas clases particulares a unos niños que habían suspendido en junio. El pueblo en esa época es una delicia, y más después de volver de un Londres gris y lluvioso. Con José llevábamos tiempo rondándonos y, a partir de la noche de San Juan, se puede decir que empezamos a salir. Él tenía mucho trabajo, ya saben, el campo en verano…, pero todo el tiempo que le quedaba libre lo pasaba conmigo. Los fines de semana íbamos a todas las fiestas que hubiera, es otra ventaja del verano. Y de pronto, ese mazazo. Desde entonces me da miedo estar muy contenta. Cuando pasa algo muy bueno, celebramos algún éxito de mis hijas o a Mario le sale bien algún negocio, temo tener que pagar por ello. Procuro contener la alegría como un antídoto. Y de tanto contenerla, me he vuelto triste. No tengo motivos de preocupación: la academia de inglés que monté en Espinosa de los Monteros va muy bien, mis hijas no dan problemas, Mario es un hombre muy fácil, pero saber que todo se puede venir abajo en un segundo me impide disfrutar a fondo de las cosas.

—¿Conocía a los de la Fundación Ashraya? —dijo Lorena.

Carmen reparó en que al oír la pregunta la mujer se había tensado ligeramente.

—Fui alguna vez. Ya sabe, aún nos quedaba un ramalazo *hippie*, aunque éramos más herederos de la movida. Hice un curso de batik, creo. O de tintes vegetales, no recuerdo bien, pero fue un trato muy superficial. Tampoco pensé que ellos tuvieran nada que ver con el crimen.

—¿De quién se hizo más amiga? —insistió Lorena.

—No; amiga, de nadie. Debí ir dos o tres veces, no sé.

Se notaba que Rosa no estaba cómoda hablando de eso y dejaron el tema, pero Carmen pensaba indagar más ese aspecto.

Poco después, Rosa dijo que se estaba haciendo tarde y que debía volver a casa. Pasó a despedirse de Iñaki y dio a Carmen su número de teléfono por si quería comentarle algo más.

Iñaki y Fuentes ya habían acabado de hablar con Antonio y las acompañaron a la sala. Carmen dijo de inmediato que estaba cansada y subía a acostarse. Iñaki estaba atizando el fuego y Fuentes dijo:

—Pues yo ya me tomaría una copa si los jóvenes se animan…

Carmen le dirigió una mirada que pretendía expresar muchas cosas.

—De eso nada, Fuentes. Usted se sube ahora mismo a dormir. Mañana tiene que conducir hasta ese pueblo y no sabemos si nevará. Quiero que esté fresco como una rosa.

El hombre fue a protestar, pero algo en la mirada de su jefa le hizo pensárselo mejor.

—Hala, qué descansado debe estar su marido este puente. Es usted una máquina de reñir y mandar.

Pero la siguió al piso de arriba.

CAPÍTULO 9 (Fuentes)

El domingo Fuentes se despertó a las siete, según su costumbre. Se asomó a la ventana y vio que una espesa capa de nieve cubría los campos. No le preocupó en absoluto, casi le alegró. Le esperaba un día muy de su gusto: coger el coche y probar sus neumáticos de invierno con una buena capa de nieve, hacer trabajo policial (aunque fuera laico) y, sobre todo, estar solo un día entero. Él era un hombre sociable; le gustaba ir a tomar unas cañas con los colegas o al fútbol con unos amigos, pero estaba acostumbrado a vivir solo y no tener ni un minuto de soledad al día le agobiaba un poco. No había compartido dormitorio desde la academia y aquello era como estar interno. Estaba a gusto, pero unas horitas a su aire le parecían una maravilla.

Se duchó y bajó al coche a comprobar la ruta en un mapa. Tenía GPS, pero no le acababa de gustar, a veces se peleaba con la señorita que decía «En la rotonda coja la tercera salida». No le gustaba que le dieran órdenes y al volante, mucho menos.

Marga le sirvió el desayuno, a pesar de que aún no habían dado las ocho. Fuentes le explicó su plan para la jornada.

—Pues no tiene muy buen día para andar en carretera… —dijo la chica.

—Tengo buen coche, con neumáticos de invierno, no creo que haya problema.

La mujer puso cara de duda y preguntó a su marido, que pasaba en ese momento.

—Antonio, ¿tú crees que puede ir hoy en coche a Odra?

—Pienso que sí. Tiene un todoterreno. Lo peor es salir de aquí y los primeros tres kilómetros. En cuanto coja la nacional estará bien, pasan

quitanieves todo el tiempo. Luego, según al pueblo al que vaya, si hay mucho tramo de carretera pequeña tardará más, pero vamos, con ese coche llega fijo.

Estaba terminando su desayuno cuando bajaron los otros.

—Buenos días —dijo Carmen—. Cambio de planes, con esta nevada no va a poder ir a ver al hermano de Adelaida.

—No se preocupe, jefa. Con mi coche puedo ir a cualquier sitio.

—No me parece prudente…

—No se moleste, pero en materia coches y carreteras usted no aporta mucho.

Carmen se encogió de hombros.

—No se agobie, de verdad. He estado hablando con Antonio. Dice que por la nacional pasan las quitanieves continuamente. Ya verá como no tengo problemas.

Terminaron de desayunar en paz, comentando los planes para la jornada. Matías iba a ayudar a Iñaki, y Carmen y Lorena iban a aprovechar la visita a la iglesia para intentar sonsacar al alcalde.

Tal como había predicho Antonio, los primeros kilómetros fueron los peores. De todas formas, la carretera estaba desierta y Fuentes condujo con cuidado hasta llegar a la nacional. Allí la carretera estaba limpia y también con muy poco tráfico. Puso la radio y comenzó a disfrutar de su aventura. Tenía la ruta en la cabeza, no era muy complicada. Hasta Medina de Pomar, luego hasta Poza de la Sal, Villadiego… Se preguntó si «tomar las de Villadiego» vendría de ahí. Las noticias alertaban del temporal de nieve que había dejado incomunicados numerosos pueblos en el tercio norte de la península. Había calculado que, en condiciones normales, le llevaría cerca de dos horas llegar a Padilla de Arriba, con la nieve podía ser hasta el doble, pero no le preocupaba; le gustaba conducir. Se cruzó con pocos coches y el viaje fue mejor de lo que esperaba. Tardó dos horas y media en llegar al pueblo. No había un alma en la calle, lo que no era de extrañar. Conectó el GPS para encontrar la casa de Tomás, el hermano de Adelaida, ya que no parecía fácil dar con alguien a quien preguntar. El pueblo era muy pequeño. Vio que también tenía una iglesia románica. Debería contárselo a Carmen. La señorita del GPS le indicaba que siguiera adelante, como para salir del pueblo. Una capa muy espesa de nieve lo cubría todo. No se veía carretera, solo una superficie blanca sin pisar. Fuentes iba en tensión, conduciendo muy despacio.

Cuando empezaba a pensar que la señorita se la había vuelto a jugar, la voz dijo: «Su destino está a la derecha».

Era una casa grande, con aspecto bastante deteriorado. Parecía que la hubieran construido a trozos: tenía ventanas de diferentes formas y tamaños y parte de la fachada era de piedra, pero un ala lateral era de ladrillo. Unos perros salieron ladrando y Fuentes decidió anunciar su presencia con la bocina. No se fiaba mucho de los perros guardianes. Un hombre de unos setenta años salió a la puerta y llamó a los animales. Fuentes se acercó.

—¿Es usted Tomás Merino?

El hombre asintió con cara de desconfianza.

—Sí, soy yo. ¿Qué se le ofrece?

Hasta ese momento todo el plan le había parecido fenomenal, pero se dio cuenta, un poco tarde, de que no llevaba muy bien hilvanada la explicación que debía darle al hermano de Adelaida. El hombre, por otra parte, no parecía dispuesto a facilitarle las cosas. No hizo el más mínimo gesto de moverse de la puerta o invitarle a pasar. Decidió decorar un poco la verdad. La versión real era insostenible.

—Soy el suboficial Fuentes, de la Ertzaintza. Un caso en el que estamos trabajando ha resultado tener relación con la desaparición de su hermana Adelaida.

El hombre seguía mirándole con cara de póker. Fuentes sacó la placa por darle un aire más oficial a lo que estaba contando. Ojalá supiera mentir tan bien como la jefa, pero a él no se le ocurrían las cosas.

—¿Ha tenido noticias de su hermana durante estos años?

—Mi hermana despareció hace más de veinte años —dijo por fin el hombre—. ¿Me quiere explicar qué pinta la Ertzaintza en Burgos investigando un asunto en el que, si hay delito, ha prescrito?

Fuentes se sintió totalmente ridículo.

—Mire, se lo puedo explicar, pero es bastante largo y aquí hace un frío que pela. ¿Le importa que pasemos dentro?

Tomás Merino pareció considerar que no había peligro en dejar entrar a aquel tipo y le hizo señas de que le siguiera.

La casa también estaba bastante destartalada por dentro, pero al menos en la cocina donde le condujo había un buen fuego y resultaba acogedora. Fuentes se quitó abrigo, bufanda y guantes y, tras tomar asiento en

una silla de enea que le indicó el hombre, comenzó su relato.

—… Así que en esas estamos —concluyó—. Nuestro amigo, como le pasará a usted con su hermana, cree que no se hizo justicia con su tío. Pero claro, a estas alturas poco se puede hacer. Por eso se nos ocurrió que igual fue testigo de algún asunto que se quería tapar y lo quitaron de en medio.

Tomás era hombre de pocas palabras, pero a Fuentes le pareció que ya no le miraba tan mal.

—¿Y dice que han hablado con el hijo puta de Ramiro?

Fuentes asintió y le contó la conversación que mantuvieron Carmen y Lorena con Ramiro.

—Nos gustaría saber si dice la verdad o no. Por eso quería hablar con usted. Si hubiera tenido noticias de su hermana, caso cerrado. Como no es así, quería saber si tiene alguna carta, tarjeta o lo que sea de Adelaida. Necesito una muestra de su escritura.

Sin decir una palabra, el hombre se levantó y salió de la habitación. Tardó unos diez minutos en volver. Traía en la mano una lata de galletas Fontibre. Dentro había un puñado de cartas, algunas postales y felicitaciones navideñas. Estuvo rebuscando hasta que encontró dos que le pasó a Fuentes. Este se acercó a la ventana e hizo fotografías de los dos *christmas* y luego los devolvió a Tomás.

—Le he dado muchas vueltas en todos estos años —dijo Tomás—. Nunca me arreglé bien con mi hermana. Había bastante diferencia de edad entre nosotros. Somos de Arenillas de Riopisuerga y vinimos aquí cuando mi hermana tenía ya trece o catorce años. No le gustaba el pueblo; ni este ni el otro. Ella quería un sitio más grande y se fue a trabajar a Espinosa de los Monteros con dieciséis años. Tenía idea de irse a Burgos, pero conoció a Ramiro en unas fiestas de no sé qué pueblo y se casaron muy rápido. Ya ve, irse de la sartén para caer en las brasas. Casada con un pastor —que son todos más raros que un perro verde— y viviendo en Fuenrota, que tampoco es Nueva York. Al principio aún venía algún fin de semana, pero con el tiempo dejó de visitarnos. Yo me quejaba, mis padres se hicieron mayores y requerían cuidados, pero ella no quiso saber nada. Tuvimos alguna bronca por ese motivo. Después murieron mis padres y ya dejó de venir. Llamaba de vez en cuando, en navidades o para mi cumpleaños, pero eran conversaciones de compromiso. Solo una vez llamó por otro motivo. Eran más de las once de la

noche, me acuerdo como si hubiera sido ayer. Cogí el teléfono preocupado, recibo pocas llamadas y nunca a esas horas. Adelaida estaba llorando, casi no podía hablar. Me dijo que Ramiro le había pegado, que tenía miedo, que no era la primera vez.

El hombre hizo una pausa larga. Fuentes se revolvió incómodo en la silla.

—Yo ahí actué como un imbécil. Estaba cabreado con ella, no me había ayudado cuando lo necesitaba y ahora venía a contarme sus penas. Le dije que a Ramiro lo había elegido ella, no yo. Que apechugara con ello. Y le colgué. Dormí muy mal esa noche. En el fondo sabía que había hecho mal. Al día siguiente la llamé, pero entonces fue ella la que no quiso hablar conmigo. Dijo que yo tenía razón, que ella debía resolver sus propios problemas, que era una suerte tener un hermano mayor para que te enseñara las verdades de la vida. Y me colgó. Fue la última vez que hablé con ella. Por eso, cuando Ramiro me llamó preguntando si estaba aquí, me preocupé. Primero pensé que lo habría dejado plantado, pero al pasar el tiempo y no aparecer ni recibir una llamada o una carta, estuve seguro de que Ramiro la había matado. No sé si la Guardia Civil hizo bien su trabajo, pienso que no. La gente no desparece sin más ni más. Si estaba viva, tendrían que haber dado con ella; si estaba muerta, tendrían que haber hallado el cuerpo.

—A veces —dijo Fuentes—, si la gente no quiere que la encuentren, no es tan fácil…

Tomás se encogió de hombros.

—Ahora ya no estoy seguro de nada. Pero si no está muerta, me guarda mucho más rencor del que nunca hubiera imaginado.

Fuentes no supo qué decir. De nuevo añoró a Carmen y a Lorena. Esas conversaciones eran para las mujeres, él no sabía qué decir.

—¿Quiere un café?

Por lo visto Tomás tampoco estaba muy cómodo después de contar la historia.

Fuentes aceptó encantado, aunque lo que tenía era más bien hambre.

El hombre sirvió el café y también sacó un paquete de galletas Campurrianas. Fuentes hizo aprecio y mojó unas cuantas en el café con leche; no sabía si iba a tener oportunidad de comer nada hasta la noche.

Hablaron un poco de otras cosas: de la nevada, del estado de las

carreteas, de lo despoblados que estaban muchos pueblos de la zona… Al cabo de un rato, Fuentes dijo que tenía que ponerse en camino para que no se le hiciera muy tarde.

Tomás le acompañó a la puerta y antes de que saliera le dijo:

—Oiga, sea lo que sea, cuénteme lo que averigüen, aunque sea sin pruebas ni nada oficial. Es por saber. Es malo ese runrún en la cabeza todo el tiempo.

Fuentes le prometió que así lo haría.

Se montó en el coche y puso enseguida la radio. Necesitaba oír música, noticias, fútbol. Cualquier cosa que le sacase esa historia tan triste de la cabeza.

CAPÍTULO 10 (Lorena)

Después del desayuno, cuando Fuentes ya se había ido, Carmen se desahogó con Lorena.

—Este hombre es un cabezón. A ver si le va a pasar algo… Y mañana no sé cómo estarán las cosas para volver a San Sebastián…

Lorena adoptó la misma estrategia que seguía con su madre cuando esta se angustiaba por algo: hacer algún gesto de asentimiento y cambiar de tema.

—¿Usted cree que el alcalde mantendrá el plan de ir a ver la iglesia? Aparte de hablar con él, me hacía ilusión ver San Juan de la Quebrada…

—Supongo que sí, no nos ha mandado ningún mensaje de que no fuera a venir. Por cierto, hemos de darnos prisa. Estará aquí en diez minutos.

Efectivamente, a las diez en punto, un todoterreno granate impoluto las esperaba a la puerta del hotel. Don Jesús parecía más joven de los setenta y cinco que le calculaba Lorena. Llevaba el pelo canoso repeinado y un abrigo acolchado verde que la joven asoció a los cazadores. El aspecto le desagradó de entrada, probablemente influida por Matías. Se sentó delante por indicación de Carmen, que probablemente prefería observar desde atrás. La iglesia no estaba lejos, aunque el estado de la carretera los obligó a ir despacio. Se notaba que el hombre tenía costumbre de conducir con hielo y nieve, no parecía nada apurado.

La imagen que se ofreció a sus ojos cuando aparcaron dejó a Lorena sin respiración. En un pequeño montículo completamente blanco, se alzaba una verdadera joya del románico flanqueada por un grupo de cipreses.

El alcalde la señaló orgulloso.

—¿A que impresiona? No se me ocurre día más bonito para verla por

primera vez. La nieve la hace destacar, ¿no es cierto?

Se acercaron a la portada, sorprendentemente bien conservada, donde el alcalde les mostró los detalles más relevantes. El hombre verdaderamente sabía de lo que hablaba, a veces era difícil reconocer los términos. A Lorena le sonaba haber estudiado en el instituto el tetramorfos, pero no tenía ni idea de en qué consistía. El alcalde la sacó de dudas al comentar que eran los símbolos de los evangelistas. Después de rodear el edificio para que apreciaran varios detalles, don Jesús abrió la puerta con una enorme llave de hierro

La iglesia daba una sensación de ligereza y elegancia que no suele asociarse al románico.

—¿De qué siglo es San Juan? —preguntó Carmen.

—Se cree que hubo una primera edificación del siglo IX, pero la iglesia, tal como la vemos ahora, es del siglo XII. La época más bella de este estilo: el románico pleno.

Por la cara de interés que ponía Carmen, Lorena supuso que estaba disfrutando tanto como ella de la visita, pero no veía forma de introducir otro tema alejado de la arquitectura en la conversación; resultaría muy forzado. Decidió disfrutar de la oportunidad de aquella visita de lujo; ya pensaría después Carmen la forma de mantener una charla con el alcalde.

Emplearon más de una hora en la visita, a pesar de que la iglesia no era muy grande, pero su guía era capaz de contar tantas cosas y de forma tan amena que se les pasó sin sentir.

Cuando salieron, Carmen le dijo:

—Muchísimas gracias. Ha sido un verdadero privilegio poder tener esta visita con usted. La iglesia es una maravilla, pero usted no tiene precio como guía. Nos tiene que permitir que le invitemos a algo.

—Sí, por favor —añadió Lorena—. Nos íbamos a sentir muy mal si no.

El hombre sonrió, feliz de que una jovencita insistiera en invitarle.

—De acuerdo, vamos a tomar algo. Cerca de aquí hay un hotelito en una torre medieval restaurada que resulta muy agradable.

Seguía nevando y Lorena supuso que Carmen estaría muy preocupada por su regreso a San Sebastián. Habían decidido salir el lunes por la tarde, pero pensó que debían conseguir información del pronóstico del tiempo y el

estado de las carreteras. En cualquier caso, estaban lejos de conseguir algo que los llevara a descubrir quién mató al tío de Iñaki.

El hotel propuesto por el alcalde se llamaba La Torre de Doña Jimena y era de un tamaño parecido al hotel Santa Clara, pero mucho más lujoso. Lorena y Carmen se miraron y se comprendieron sin palabras. Aquello estaba lleno de cazadores rancios, cazaran o no cazaran. Había varias familias con pequeños Álvaros, Covadongas, Borjas y Cayetanas. Por suerte, decidieron salir a hacer un muñeco de nieve al jardín y dejaron la cafetería en silencio. Don Jesús se sentía muy orgulloso del local.

—Esta zona ha cambiado mucho. Si la hubieran visto cuando me presenté por primera vez a alcalde… No venía ni un turista, no había alojamientos dignos, nadie quería invertir ni un duro. Y las Merindades siempre ha sido precioso, ustedes lo han visto: naturaleza, románico… Solo había que cambiar la forma de enfocarlo.

—Habrá trabajado mucho —dijo Lorena en tono admirativo.

—Pues sí, aunque esté feo que yo lo diga. He dado la vida por mi pueblo y por la comarca.

—No conocíamos esta zona, ¿verdad, Carmen? La pena es que nuestro compañero no tiene buenos recuerdos y no creo que quiera volver…

Carmen asintió con gesto triste.

—Claro, claro —el hombre no parecía cómodo con el tema.

—¿Usted ya era alcalde entonces? —preguntó Lorena con voz inocente—. Sería muy joven…

—Sí, sí, ya lo era. No se crea, tengo mis años, aunque procuro mantenerme en forma.

Lorena se sentía bastante satisfecha de su actuación. Estaba aprendiendo de Carmen. El alcalde parecía un pavo real, encantado de lucir las plumas. La adulación era siempre un camino seguro.

—Usted, ¿qué cree que pasó? ¿Serían los budistas? —continuó Lorena.

—No sé, la verdad. Los budistas, no creo. La Guardia Civil los interrogó a fondo. Hay muchas veces que estas cosas no se saben. Ese año fue el mismo de las niñas de Alcàsser. ¿Recuerdan el caso? Bueno, usted no habría ni nacido.

Lorena hizo una risita tonta.

—Yo tampoco soy tan joven… Pero sí, claro que he oído hablar de ese caso. Fue terrible. Pero ahí se supo quiénes eran los criminales, lo que pasa es que uno escapó.

—Para las familias, parecido.

—No sé —intervino Carmen—. No creo que sea igual. Si sabes quién es, puedes fantasear con que algún día volverá y le atraparán. O, si ha prescrito, que le romperás la cabeza con un palo. Vamos, yo como madre, tendría pensamientos así de piadosos.

—Claro —respondió don Jesús—. Estoy de acuerdo en que no tenían que haber quitado la pena de muerte. Los socialistas hicieron mucho daño al país.

Lorena y Carmen volvieron a mirarse. Cada vez estaban más de acuerdo con Matías.

—¿Cree que alguien del pueblo podía querer mal a José? Si se parecía a Iñaki, me extraña —dijo Lorena.

—No crea. No digo que fuera mala persona. De ninguna manera. Además, no hay que hablar mal de los muertos. Pero era un poco orgulloso y cabezón y a veces se metía en camisa de once varas.

Lorena volvió a reír.

—Bueno, cabezón también es nuestro Iñaki. ¿A que sí, Carmen?

Carmen puso cara de circunstancias. Estaban mintiendo más en aquel fin de semana que toda su vida.

—Eso son pecados de juventud —dijo el hombre con tono benevolente—. Los jóvenes se creen que lo saben todo, que los mayores están caducos y equivocados. José no tenía visión comercial. Era muy trabajador, pero, por ejemplo, no quiso venderme unas tierras que tenía cerca del río. Allí se podía haber hecho un albergue de vacaciones para niños estupendo. O un hotelito como este. ¿No es esto una maravilla? Le ha dado vida al pueblo. Pero él estaba convencido de que sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal. Y, en su opinión, todo lo que yo hacía estaba mal. Claro, esto no se lo puedo decir a su familia, pero no era una persona fácil.

—¿Y usted cree que ese carácter podría tener que ver con su muerte? —dijo Lorena con voz de asombro.

—¡Mujer! No diría yo tanto… Con quien más se peleó fue conmigo. Y está claro que yo no lo maté —rio como si hubiera dicho algo graciosísimo.

Lorena y Carmen también rieron educadamente.

—No, supongo que le mató algún chiflado que pasó por Fuenrota y se cruzó en su camino. En el pueblo son todos buenas personas, pero si alguien se buscaba problemas en el pueblo, ese era José.

Terminaron los cafés y emprendieron el regreso al pueblo. El alcalde las dejó en el hotel y se ofreció a enseñarle unas cuevas muy bonitas a Lorena, no hizo ni el gesto de incluirlas a las dos en la invitación. Lorena exhibió su mejor sonrisa y se disculpó pretextando falta de tiempo, ya que se iban al día siguiente y aún quedaba mucho por hacer en casa de Iñaki.

Se quedaron las dos mirando el coche que desparecía y luego se explayaron.

—Lo único bueno que se puede decir de este hombre es que sabe de románico. ¡Menudo mameluco! —dijo Carmen.

—¿Mameluco? —se sorprendió Lorena—. Ese insulto parece del capitán Haddock. Yo hubiera dicho que es un imbécil.

—Viene siendo lo mismo. Hay que volver a mirar las cuentas de este hombre. Lo malo es que esas tareas se me dan fatal. Necesitamos a Fuentes de vuelta.

Decidieron ir a casa de Iñaki porque aún tenían tiempo de ayudar antes de la hora de comer. Estaban llegando a la plaza de la iglesia cuando se abrió la puerta de una casa y salió una anciana que parecía una figurita del nacimiento.

—¿Vosotras sois las que habéis venido con el hijo de Sol? —les preguntó.

Lorena y Carmen la miraron momentáneamente desconcertadas.

—El del molino viejo —insistió la mujer impaciente.

Lorena recordó entonces que, efectivamente, la madre de Iñaki se llamaba Sol.

—Sí, somos nosotras —contestó.

—Pues pasad un momento —dijo la mujer abriendo del todo la puerta.

Entraron a una casa de distribución extraña. La puerta daba a un pasillo bastante ancho con azulejos amarillos y verdes hasta la mitad de la pared. Unos metros adelante se ensanchaba hacia uno de los lados y ahí había una mesa con cuatro sillas. La mujer siguió avanzando hacia una puerta

abierta. Les hizo señas para que la siguieran. Era una cocina grande y estaba caldeada gracias al fuego. En un lado había una mesa con un hule de cerezas. Les indicó que se sentaran y, sin preguntar nada, sacó unas tazas, leche, azúcar y un cazo con café de puchero.

—Yo la quería mucho a la Nati, la abuela del muchacho. Era como una hermana pequeña para mí. Fuimos juntas a costura. A la Nati la mató el disgusto, a mí eso no me lo quita nadie de la cabeza.

Ellas asintieron preguntándose qué querría la mujer, quizás solo cotillear un poco.

—He visto que han ido con el alcalde…

—Sí —respondió Carmen—. Nos ha enseñado San Juan de la Quebrada.

—No se fíen de ese hombre. Es una mala persona y no quería al chico. A José, quiero decir.

—¿Cree que pudo tener algo que ver con la muerte de José? —preguntó Lorena.

—Eso no puedo decir. Pero José sabía muchas de las trapacerías que hizo este hombre.

—¿Cómo cuáles?

La mujer bajó la voz como si temiera que la oyeran.

—Cuando José no quiso venderle las tierras, el alcalde se puso como loco. Él ya se veía haciendo el negocio. Había hablado con una gente de dinero de Burgos que iban a construir algo aquí y se enfadaron con él cuando no salió. Entonces buscó por todos lados, compró en otros pueblos y a un hombre de aquí, Eugenio, lo engañó como a un chino. El hombre no tenía muchas luces. Era dueño de unas tierras que no trabajaba porque él solo no podía con todo, además, estaban lejos de aquí, las heredó de una tía. En las tierras había una ruina, una de tantas que hay aquí, que si era un cacho de un castillo o no sé qué. El caso es que el alcalde le dijo que aquello no valía nada, pero que si quería le daba cuatro perras, por quitarle problemas de encima. Lo invitó un día a cenar en un buen restaurante, le dio muchas palmaditas en el hombro y consiguió que le vendiera las tierras por una miseria. Allí hay ahora un hotel: La Torre de Doña Jimena lo llaman. El alcalde se embolsó unos millones y el Eugenio sigue más pobre que una rata. Y esto es lo que yo sé, pero habrá más.

—¿José sabía estas cosas? —dijo Lorena.

—Claro, por eso, entre otras cosas, no quiso venderle las tierras. Un día se le encaró y le dijo que no tenía vergüenza. Se lo dijo en el bar, delante de mucha gente. Y don Jesús no se lo perdonó jamás. Quería que lo supieran. Es muy capaz de contarles mentiras sobre José. Aquí no encontrará a nadie que diga una mala palabra del chico, y no porque esté muerto. Era un hombre de bien.

—¿Quién piensa que lo mató? —preguntó Carmen.

—No lo sé, pero yo creo que igual el chico se enfrentó a gente que era más poderosa de lo que pensaba y él era una piedra en el zapato de gente importante. No solo don Jesús, sus socios o gente así.

—¿Y Ramiro? —preguntó de pronto Lorena—. ¿Cree que José pudo descubrir algo que demostrara que el hombre mató a su mujer?

La mujer la miró sorprendida.

—No han perdido el tiempo, ¿eh? Se saben casi más chismes que yo. No lo creo. Ramiro era un cabrón, pero creo que Adelaida se fue con uno que venía con una furgoneta vendiendo sartenes y chismes. Venía cada mes o cada dos meses, no me acuerdo. Y dejó de venir cuando ella desapareció. A lo mejor es casualidad. Tampoco pondría la mano en el fuego por Ramiro, pero me da que no la mató.

Después de agradecerle la información y el café, se despidieron de Micaela, que así se llamaba la mujer, y salieron a la calle.

CAPÍTULO 11 (Iñaki)

Iñaki estaba sacando un cabecero cuando vio llegar a Carmen y a Lorena.

—¿Cómo va la tarea? —preguntó Carmen señalando a la casa.

—Casi acabada. Quedan, como mucho, un par de horas de trabajo. Mañana vienen a recogerlo todo.

En ese momento salió Matías, sudoroso y con cara de cansado, llevando una caja enorme y con aspecto de pesada. Iñaki se acercó a ayudarle para dejarla en el suelo. Cuando los últimos bultos estuvieron protegidos, Matías insistió en que fueran a su casa.

—Algo habrá que podamos comer —dijo—. Y así estamos más tranquilos para hablar.

Subieron al coche de Matías y le acompañaron reconfortados por la idea de ir a un lugar cálido y agradable. Por el camino, Carmen llamó a Fuentes. Llevaba toda la mañana preocupada por él. El hombre llevaba manos libres en el coche y contestó enseguida. Dijo que estaba de camino, que no le esperaran para comer y que iría directamente a casa de Matías.

Prepararon una ensalada y unas tortillas entre todos. Matías encendió el fuego y bajó a la bodega a por una botella de vino bueno. Mientras comían no hablaron de nada relacionado con la investigación. Iñaki lo agradeció; estaba comenzando a obsesionarse con el tema y necesitaba algún rato de descanso.

Estaban ya con el café cuando entró Fuentes. Llegaba ojeroso y no lucía su clásica expresión satisfecha. Iñaki supuso que también tenía hambre y frío. Fue a la cocina a buscar lo que le habían guardado.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Lorena.

—Bien, bien —dijo Fuentes aceptando la copa de vino que le ofrecían

—. Ese pueblo está a hacer puñetas. Por suerte, la nacional estaba limpia y no ha ido mal el viaje. Y, por suerte también, el hombre estaba en casa.

Se sentaron a la mesa y, mientras comía, Fuentes contó su experiencia.

—Esa Adelaida, si está viva, es una bruja: a Ramiro le tienen por criminal, el hermano está hecho polvo…

—Bueno, ella tampoco lo ha tenido fácil —dijo Lorena.

—Pero ni una postal para decir «estoy viva, ahí te pudras». El caso es que he hecho varias fotos a las muestras de letra que me ha dado Tomás y a las que les dio Ramiro y se las he mandado a Aretxalde, el perito calígrafo, que es amigo mío. Le he explicado un poco el caso por encima y le he pedido ayuda. Me ha dicho que, aunque esto era una chapuza, las iba a imprimir y mirar con detalle para darme una opinión, sin asegurarme nada.

—Buen trabajo, Fuentes —dijo Carmen—. Ahora os contamos nuestra mañana. No sé si empezar por el final…

Entre las dos fueron relatando la conversación con Micaela, la visita a San Juan de la Quebrada y la posterior charla con el alcalde en La Torre de Doña Jimena.

Iñaki estaba muy serio y callado. Carmen se dio cuenta.

—¿Qué pasa, Iñaki? —le preguntó.

—Nada. Que mañana ya tenemos que volver y al final también se me había metido a mí en la cabeza que podíamos averiguar algo y nos va a faltar tiempo.

Todos pensaban lo mismo, por eso a nadie le salía darle unos ánimos que no sentían. Al final habló Matías.

—Igual tienes razón, Ignacio. A lo mejor lo que hice yo en su día y lo que habéis estado haciendo vosotros estos días es absurdo, pero creo que sería más absurdo no hacer nada. Quizás es una posibilidad entre mil, pero al menos es una. Si tenemos veinticuatro horas, vamos a aprovecharlas.

Se levantó y salió de la habitación. Volvió al momento con una cartulina grande que colocó con chinchetas en la pared. Le entregó un rotulador a Iñaki y le dijo:

—Venga, apunta ahí qué pistas tenemos, por dónde podemos tirar en lo que nos queda.

Iñaki sonrió y se levantó de la mesa.

—Venga, jefa, como si estuviéramos en comisaría.

—Vale —respondió Carmen—. Tenemos lo de Ramiro y Adelaida. Con la respuesta de Aretxalde a lo mejor podemos cerrar el tema.

Iñaki apuntó en la cartulina:

1-Ramiro y Adelaida. ¿José, testigo crimen?

Lorena tomó la palabra.

—Nuestro principal sospechoso es el alcalde. Si había alguien en el pueblo que pudiera estar metido en algo oscuro, es el que mejor da el perfil. Lo que nos ha contado Micaela también apunta en esa dirección.

—Yo voy a hacer de abogado del diablo —dijo Matías—. Ya sabéis que soy el que más ganas tiene de ver al alcalde involucrado, pero hay que encontrar algo concreto. El hombre ha hecho muchas chapuzas, ilegalidades y lo queráis, pero la mayoría son conocidas y dudo que le preocupe que se sepan. O hay algo que no hemos visto o está encubriendo a alguien de quien nadie sospecharía.

Iñaki apuntó:

2-Jesús Arana

3-X

—Si esto fuera una película sería el cura, que es el menos sospechoso —dijo Fuentes.

—Nos faltaría considerar algo más personal —dijo Carmen—. Todo lo que hemos dicho hasta ahora es con la premisa de que José viera algo o se enterara de algo que le convirtiera en un peligro para el asesino. Otra posibilidad es que alguien quisiera matarlo a él personalmente. Igual deberíamos indagar un poco más en las relaciones amorosas. Rosa era su novia en ese momento. ¿Hay alguna posibilidad de que alguien estuviera celoso? El que salió beneficiado fue Mario, pero, según Matías, en ese momento él no estaba interesado en Rosa. También está el asunto de que Rosa frecuentara la fundación Ashraya. ¿Podría haber tenido Kiran o algún otro interés en Rosa?

Iñaki añadió los nombres a la lista.

4-Mario

5-Kiran o Y de Ashraya

Después de eso, Iñaki se levantó y fue a la entrada a buscar una bolsa de deporte que había traído de la casa familiar.

—Sé que dije que había que tirar todo sin mirar nada, pero he encontrado todos los papeles de mi tío: agendas, cuadernos, notas sueltas. No sé si servirá de algo, pero podemos revisarlo entre todos.

Y procedió a poner sobre la mesa un montón de papeles y cuadernos.

Fuentes miró su móvil.

—Iñaki, borra a Ramiro. Me acaba de escribir Aretxalde que las letras coinciden.

Iñaki cogió el rotulador negro y tachó el primer nombre de la lista con gesto teatral.

Matías trajo café y se repartieron los papeles.

Fuentes cogió un archivador que contenía toda la correspondencia del banco: era su terreno; Iñaki cogió un montón de cartas, que era lo más personal; Matías, todas las notas sueltas y una carpeta de facturas; y Carmen y Lorena, dos cuadernos cada una.

Pasaron un par de horas en silencio. De vez en cuando, alguien hacía una pregunta o mostraba un texto que no entendía a alguno de los otros. Iñaki intentaba coger distancia, pero las cartas le estaban removiendo. Eran sencillas, triviales en la mayoría de los casos, pero se ocupaban de esas pequeñas cosas que parecen importantes cuando no sabes qué poca vida te queda. Pensó que era bonita la costumbre de escribir cartas, que era una lástima que hubiera desparecido. Ahora había montones de formas rápidas de comunicación; podías verte, hablarte o mandarte fotos, pero esperar una carta, mirar el buzón, abrirla y leerla debía de ser emocionante. Se imaginó a sí mismo escribiendo cartas a Lorena. ¿Sería más fácil poner por escrito lo que no se atrevía a decir? La voz de Fuentes lo sacó de sus pensamientos.

—Tu tío era un hombre ordenado, Iñaki. Tenía las cuentas claras. Hay momentos de mayores ingresos, que deben corresponder a la época de la cosecha, tenía domiciliados los gastos principales y no hay entradas inesperadas ni gastos extraños. He revisado desde el año 91, puedo ir más atrás…

—Yo creo que, de entrada, será suficiente —dijo Carmen—. Mejor vuelva a echar un vistazo a los papeles del alcalde.

—No he terminado con las cartas —dijo Iñaki—. También he empezado por las más recientes. Tenía un amigo en Suiza y uno en Madrid a los que escribía regularmente; hay algunas cartas de Rosa desde Inglaterra, pero poco personales; de mi madre también hay algunas y una de la Diputación en respuesta a una consulta sobre los de la Fundación Ashraya.

—¿Qué dice? —preguntó Lorena.

—No gran cosa. Le sugieren que pida una cita para exponer el problema, pero no sé cuál fue la consulta original.

—Yo creo que fue cuando lo de las tierras —intervino Matías—. ¿Tiene fecha?

—Sí. Julio del 92.

—Pues entonces seguro que fue por lo de las tierras que habían ocupado. José pensó que lo primero era preguntar si tenían derecho a ocupar un pueblo abandonado, por si convenía usar esa baza. Pero no sé si llegó a ir a Burgos a hablar con alguien, como al final se resolvió el asunto…

—Mis cuadernos son un revoltillo de cosas —dijo Carmen—. Hay listas de cosas que tenía pendientes, citas con el dentista, un montón de información (con algún prospecto) de productos químicos, abonos o cosas del campo y precios de billetes a Londres. Hay folletos de una agencia de viajes. A lo mejor lo de Rosa comenzó antes de lo que pensamos.

—Yo tenía una agenda con teléfonos —dijo Lorena—; dos dietarios, del 92 y 93, con pocas anotaciones, y una libretita como las de Carmen de popurrí de cosas inconexas.

Matías también habló:

—Yo también tengo una mezcla de cosas. La mayoría no sé ni por qué las guardó: recibos, listas de la compra, un papel con el teléfono de un tal Poveda, una etiqueta como de medicina pegada y una lista de síntomas. No me suena que estuviera enfermo.

De pronto Iñaki se levantó.

—Lorena —dijo—, ¿me acompañas a la fundación Ashraya a ver qué nos dice el gurú de su relación con Rosa y de lo de la Diputación?

Carmen pareció a punto de decir algo. A lo mejor iba a proponer ir ella, pero Iñaki no le dio opción. Quería estar un rato a solas con Lorena.

—¿Quieres el teléfono? —dijo por fin Carmen.

—No, prefiero no darle la oportunidad de decir que le viene mal recibirme. Si estamos allí se verá más obligado.

Fuentes le entregó las llaves del coche sin hacer comentarios y los dos jóvenes abandonaron la casa.

CAPÍTULO 12 (Carmen)

Se quedaron un rato en silencio, revisando de nuevo los papeles.

Carmen no estaba centrada. Daba vueltas a las notas y agendas, pero sin fijarse en lo que hacía. Por fin dijo:

—Me gustaría hablar con Mario. ¿Usted tiene el teléfono, Matías?

Matías asintió.

—¿Qué le va a decir? —preguntó.

—La verdad. Además, como ya hablé con su mujer, a estas alturas ya sabrá que estamos intentando descubrir qué pasó aquel verano.

—No necesariamente —dijo Matías—. Rosa es muy reservada.

Carmen se encogió de hombros.

—En cualquier caso, ya no es un secreto. El problema es que me gustaría hablar con él a solas, y no veo la manera de hacerlo sin resultar desagradable.

—Puede que ella lo perciba —contestó Matías—. Llame y, si le va bien, la acerco a su casa.

Carmen hizo la gestión y Mario se mostró encantado de hablar con ella, incluso se ofreció a ir a buscarla, pero Carmen rechazó el ofrecimiento. Se sentía más cómoda aceptando un favor de Matías.

Quince minutos después estaba sentada en uno de los grandes sillones de la sala de estar de Mario y Rosa. Fuentes y Matías iban a seguir revisando los papeles de José.

—Es una pena que no esté Rosa. Precisamente está en vuestro hotel. Los dueños son el perejil de todas las salsas; ahora están organizando una función de Navidad con los niños y jóvenes de este pueblo y de un par de los alrededores. Han quedado para ensayar. Rosa los ayuda con los decorados y el

vestuario. Es muy mañosa.

Carmen agradeció ese golpe de suerte y, después de rechazar el café que el hombre le ofrecía, comenzó a preguntar.

—Ya sabe que intentamos encontrar respuestas para la muerte de José, por lo menos una teoría que pueda tranquilizar a la familia. Por eso hablamos con todos los que lo conocieron. ¿Qué recuerda de aquel verano?

—Ufff, fue un verano malo. Para empezar, el Burgos bajó a segunda. —Rio buscando complicidad—. Ya sé que no es lo mismo, parezco el de «a ti se te muere el padre y yo pierdo el bolígrafo», pero vamos, que no era un buen año.

Carmen lo miró asombrada. ¿Cómo se podía ser tan torpe? Contempló su bigotito, el color intensamente rosado de su piel y los mofletes colganderos. Nunca le habían gustado los hombres rosas, le parecían fofos de físico y de carácter. Hizo un esfuerzo por mantener una expresión amable y lo animó a continuar.

—Yo trabajaba muchísimo entonces. Estaba intentando montar mi propio negocio con dos socios: un veterinario y un perito agrónomo. No teníamos dinero y todos trabajábamos por cuenta ajena para sacar algo para vivir y para invertir en el negocio. También buscábamos financiación. De manera que yo poco me divertí aquel verano. Rosa lo recuerda como de muy buen tiempo y muchas fiestas, pero yo esa parte no la viví.

—¿De qué es su negocio?

—Se llama Ganconfort. Cubre todos los campos relacionados con la ganadería: piensos, cuidado veterinario, seguros, incluso construcción de naves para animales. Ahora tenemos sucursales en varias provincias, pero no ha sido fácil llegar hasta aquí. Hay muchas horas metidas en este proyecto. Mire, venga conmigo.

Carmen lo siguió por las escaleras y entraron en un despacho amplio y con estanterías de madera del suelo al techo.

—Aquí tengo todo clasificado y guardado por años. Puedo reconstruir toda la historia de la empresa, año a año. Allí arriba —señaló las estanterías más altas— tengo esos primeros años. Parecía un pasatiempo de chavales, pero yo sabía que llegaríamos lejos.

—¿Y eso? —preguntó Carmen señalando al otro lado de la habitación, donde en una vitrina estaban colocados una especie de álbumes de

piel idénticos.

—¡Ah! Son mis herbarios.

Y sacó uno. Carmen observó asombrada helechos, violetas, hojas de encina y de roble perfectamente secadas y dispuestas en las páginas con una elegancia impropia de aquel hombre. Pero no quería apartarse del tema.

—¿Tenía mucho trato con José en aquella época?

—José era mi mejor amigo. Desde la escuela. Ya le digo que, justo en ese tiempo, yo andaba muy liado, pero en el pueblo, aunque no te busques, te encuentras. Nos veíamos en el vermú del domingo, o tomando una cerveza a última hora algún día… Cosas así. No como de chavales, que nos pasábamos el verano de fiesta.

—¿Qué opina de los problemas que tuvo con el alcalde?

—Bueno… José era así. Siempre impartiendo justicia. Yo le decía: «¿Qué más te da a ti? Vive y deja vivir». Pero él parecía el Quijote. El alcalde, ya sabe, hizo lo que hubiera hecho cualquiera con posibles. No sé cómo hubiera acabado José de no haber muerto, igual ya no sería tan rígido. En aquellos años, quien más quien menos hizo alguna chapucilla. Aquí estábamos muy dejados de la mano de Dios, si no mirábamos nosotros por nuestros intereses… Yo porque no conocía a nadie que me echara una mano, que si no…

—Rosa entonces era novia de José, ¿se enfadaron por eso?

El hombre se echó a reír.

—¡Qué va! Por entonces yo no tenía tiempo para novias ni para nada. Ya le digo que todo era trabajo, trabajo y más trabajo. Me levantaba a las seis. Trabajaba hasta las tres en una fábrica de piensos a veinte kilómetros de aquí, comía cualquier cosa y quedaba con mis socios. O bien íbamos a buscar gente interesada en invertir, o bien arreglábamos una nave que alquilamos para empezar a trabajar. Ya íbamos haciendo cosas, teníamos algunos clientes, pero todo muy precario.

Se dio unos golpecitos en la tripa y sonrió satisfecho.

—Entonces sí que estaba flaco. No me daba tiempo ni de engordar.

A Carmen le sorprendía que el hombre no diera muestras de emoción al recordar el verano en que murió su mejor amigo. A lo mejor simplemente era idiota. No parecía ser capaz de ver más allá de sus narices. ¿Por qué se habría casado Rosa con él? Pese a todo, persistió en sus preguntas por si

encontraba algo más que la historia del hombre que se hizo a sí mismo.

—¿Y quién pensó que podría haberlo matado?

—La verdad es que fue raro. —Parecía la primera vez que pensaba en ello—. Supongo que los feriantes, o algún drogadicto. Por aquellos años aún había bastantes, incluso por aquí. Aunque el sida ya había hecho bastante limpieza. Ya sabe, esos eran capaces de matar a su abuela por mil pesetas.

—Pero a José no le robaron —contestó Carmen conteniendo las ganas de arrojarle algún objeto contundente a la cabeza.

—No les daría tiempo… ¿No quiere una copita? Tengo un aguardiente de cereza buenísimo, hecho en casa.

Carmen rechazó la invitación y el hombre se ofreció a llevarla a casa de Matías. Cuando se dirigían a la puerta, llegó Rosa.

—Deja, Mario —dijo la mujer—. Ya la acerco yo, que no me he quitado el abrigo y me da menos pereza.

Mario se mostró de acuerdo y las dos mujeres salieron a la calle. Seguía nevando con fuerza y Carmen dudó seriamente de que al día siguiente pudieran volver a casa.

—¿Cómo ha ido el ensayo? —preguntó intentando ser amable.

—Bueno, estamos en ese punto en que parece que no va a salir nada, lo que significa que vamos bien —contestó con una sonrisa—. ¿Qué tal con Mario? ¿La ha ayudado en sus investigaciones?

—No mucho, la verdad. Parece que ese verano él andaba muy ocupado y no recuerda nada de interés.

—Mario no es un hombre que se fije mucho en las emociones o los sentimientos de los demás. Es como un niño. Muy trabajador, decidido, tenaz, pero no es nada intuitivo.

—Son ustedes muy distintos, ¿no? —dijo Carmen por no decir «¿qué le has visto?».

—¿Está usted casada?

Carmen asintió.

—¿Y diría que se parecen usted y su marido?

Carmen tuvo que reconocer que no.

—Yo creo que es importante tener una buena convivencia —continuó Rosa—. Lo demás son sueños de juventud. Y Mario es una persona fácil. Casi todo el tiempo lo pasa trabajando o con sus herbarios. Tiene una colección

impresionante. ¿No se la ha enseñado?

Carmen afirmó.

—No me extraña. No hay cosa que le guste más. Y mis hijas y yo le hacemos poco caso, pero la verdad es que son bonitos. Tiene una paciencia extraordinaria.

Llegaron a casa de Matías y Carmen la invitó a subir, pero Rosa se disculpó con la excusa de que debía preparar clases para la semana siguiente.

Entró en casa de Matías, que ya sentía como algo familiar, y los encontró a los dos enfrascados en los papeles.

—¿Qué tal va eso? —preguntó.

—Estamos con una tarea muy engorrosa —contestó Fuentes—. Estoy pasando los teléfonos de la última agenda al ordenador. Después, como tenemos las últimas facturas de teléfono, podemos ver con quién habló en los últimos días.

—¡Muy buena idea! —exclamó Carmen—. Oiga, Fuentes, está nevando una barbaridad. ¿No deberíamos consultar la página de Tráfico a ver cómo va a estar mañana?

El hombre se asomó a la ventana y se volvió con gesto preocupado.

—Igual sí. Mi coche no tiene problema, pero si se te cruza un camión en la carretera… Aunque igual es mejor que lo miremos mañana, por tener información más actualizada.

—¿Cómo le ha ido con Mario? —preguntó Matías.

Carmen les contó la visita.

—Vamos, que no he sacado nada de provecho —concluyó.

Matías puso otro tronco en la chimenea.

—Nunca he conocido bien a Mario. No sé si es tan simple como dice Rosa, aunque ella lo conocerá mejor. Está claro que ha sido siempre muy ambicioso y todo lo que tiene se lo ha ganado él, con mucho esfuerzo, pero es verdad que no pareció muy afectado por la muerte de José. O quizás es que se refugió en el trabajo. Ya se sabe que los hombres no somos muy buenos en expresar emociones.

—A mí me ha parecido un hombre muy simple, la verdad —respondió Carmen—. No entiendo que Rosa se casara con él, no sé qué le vio.

—No lo sé —respondió Matías—. Yo también me lo he preguntado muchas veces. Estoy seguro de que no fue un enamoramiento que le nublara

la razón. Mario la rondó mucho tiempo, insistió y no se dio por vencido y, al final, ella aceptó. Yo creo que él le daba seguridad. No me refiero al dinero, ella siempre ha mantenido su trabajo, pero le pareció alguien en quien confiar, sólido. En cualquier caso, creo que les ha ido bastante bien, más que a muchos que se casan muy enamorados.

—Pero ella parece una mujer triste —contestó Carmen.

—Sí, pero no sé si tiene que ver con su matrimonio o con algo que forma parte de su carácter. Siempre tuvo un punto de insatisfacción. De joven, cuando se fue a Londres y después, cuando volvió. Con la edad es como si hubiera aceptado que la vida no es lo que ella pensaba, pero eso la ha dejado un poco triste. En fin, no me haga caso. Lo más probable es que me lo esté inventando todo. En este pueblo somos pocos y nos miramos mucho los unos a los otros, pero eso no quiere decir que acertemos con nuestras suposiciones.

Carmen pensó que Matías debía de acertar en muchas de sus suposiciones. Era un hombre reflexivo al que no le cegaban los prejuicios. Ni siquiera con el alcalde. Ella era mucho más aficionada a etiquetar a las personas a primera vista. Era cierto que acertaba en muchos casos, pero había cometido errores garrafales.

—¿Han mirado algo más del alcalde?

Fuentes negó con la cabeza.

—Qué va, tenemos mucho que revisar en los papeles de José. Además, lo que tenemos del alcalde no aporta mucha información. No tenemos acceso a sus cuentas ni sabemos quiénes eran sus socios. Lo que estaba oculto sigue oculto y no va a ser fácil de descubrir.

—Yo abandoné mis investigaciones hace años, no pensé que fueran a llevar a ninguna parte. Puedo intentar averiguar cosas sobre sus socios hablando con la gente, pero eso llevará tiempo.

—Y eso es lo que no tenemos —terminó Carmen.

—De todas formas… —dijo Fuentes—. Estaba pensando que no sé por qué se nos ha metido en la cabeza que teníamos que descubrir todo en este fin de semana. —Hizo un gesto con la mano para parar a Carmen, que parecía que iba a decir algo—. Sí, ya sé que nos tenemos que volver, pero todo lo que se puede mirar y consultar en papeles lo podemos hacer allí igual que aquí. Para lo que requiera hacer algo aquí, tenemos a Matías. No veo por qué vamos a tirar la toalla tan pronto.

Carmen se quedó un momento callada.

—Quizás tenga razón, Fuentes —dijo por fin—. No estoy muy segura de que podamos hacer gran cosa, pero igual podemos rematar algo. Lo de hablar con la gente es más difícil, el teléfono no es igual, pero creo que sería menos frustrante acabar la investigación porque estemos en vía muerta que porque nos falten dos días. A ver qué dice Iñaki.

A Matías se le alegró la cara.

—Yo casi estoy jubilado, sobre todo en invierno tengo poco que hacer, si hiciera falta podría ir a San Sebastián si necesitan algo de aquí.

En ese momento oyeron el sonido de un coche. Iñaki y Lorena estaban de regreso.

CAPÍTULO 13 (Lorena)

—¿Nos tomamos un café antes de volver a casa de Matías? —dijo Iñaki.

—Vale —contestó Lorena—. Lo que no sé es dónde.

—He visto un hotel cerca de la carretera. Seguro que tienen cafetería.

Seguía nevando sin cesar. El camino desde la Fundación Ashraya era todo por carreteras secundarias, por tanto, inexistentes en aquel día. Iñaki conducía despacio, pero tranquilo. Enseguida vieron las luces del hotel que había comentado y se dirigieron allí.

A Lorena le pareció todo un avance que su compañero se hubiera atrevido a proponerle un café a solas y pensaba disfrutarlo y alargarlo todo lo posible. Cada día se sentía más confusa respecto a él. La cabeza le decía «ten cuidado», pero sentía ganas de buscar pretextos para estar a solas y deseaba que el rumor de que estaba colado por ella resultara cierto. Sacudió la cabeza para quitarse de encima esas ideas y decidió centrarse en el papel de amiga preocupada.

Afortunadamente, el hotel Guareña estaba abierto y tenía cafetería. También era un hotelito pequeño del estilo del suyo, aunque puesto con menos gracia. Pidieron un par de cañas y se sentaron en unos sillones junto a una mesa baja.

—¿Qué opinas de Kiran? —preguntó Iñaki.

Gracias a la conversación que habían mantenido con él habían obtenido una información totalmente inesperada y que quizás fuera importante.

—Creo que es un hombre inteligente y que las pilla al vuelo. Carmen no lo engañó ni medio minuto, y sabes que es buena. Ha sido siempre muy amable con nosotros, pero tampoco me inspira mucha confianza. Creo que si

quiere mentirnos, no le costará mucho.

—Ya… No sé, viéndole de cerca me parece imposible que hubiera tenido nada que ver con la muerte de mi tío. Me parece buena persona, pero no es por eso. Es que no creo que ni mi tío ni Rosa ni nada de lo que pasaba en Fuenrota le importaran un comino. No lo veo cometiendo un crimen pasional, creo que es muy poco pasional.

—O muy contenido. Tanto yoga servirá de algo… Pero entiendo lo que quieres decir. No ha tenido ningún inconveniente en contarnos que estuvo liado con Rosa ese verano, pero sin darle ninguna importancia. Ha dicho que fue la típica historia de verano, que no sabía si Rosa se enfadó por algo o si José se enteró, pero que ella dejó de venir sin dar ninguna explicación. Eso me parece raro.

—¿Que cortaran?

—No, que no diera ninguna explicación, que no se enfadara, llorara o algo. Por superficial que sea un amor de verano no te vas sin más. Y para él fue algo sin importancia, parece que ligaba mucho, pero para Rosa… No me parece Kiran un hombre que pase sin más. Y me hubiera gustado hablar con Indira del tema…

—Creo que a Kiran, no. Mira qué pronto ha dicho que estaba de retiro y ayuno y no sé qué.

Lorena se quedó pensando un momento y luego habló.

—No sé por qué no quiere que hablemos con Indira. Puede que sea para protegerse él o a lo mejor cree que, si Rosa quiere, ya hablará ella con nosotros. En cualquier caso —añadió con voz desanimada—, no veo que vayamos a sacar gran cosa de ahí…

—Ya. Si algo investigó la Guardia Civil entonces, fue a los de la secta. Kiran no puede estar involucrado directamente en la muerte de mi tío. Estoy cansado, Lorena. No vamos a sacar nada de aquí…

Lorena puso la mano sobre la de Iñaki y la apretó.

—No te rindas, quién sabe. Además, aunque no consigamos averiguar nada sobre el asesinato, esto no es inútil. Estás conociendo mucho más a tu tío, lo estás viendo con ojos de adulto. Quiénes eran sus amigos, sus amores, lo que le enfadaba, qué pensaba la gente de él. Has recuperado mucho, eso también puede ayudar a cerrar la historia.

—Gracias, Lorena. Suerte que estás tú aquí…

Y con un gesto torpe le acarició la mejilla. Después, de forma un poco brusca dijo:

—Deberíamos irnos. Los otros nos estarán esperando.

Lorena sintió una descarga eléctrica cuando él rozó la mejilla. Era la primera vez que tenía un gesto así. Se puso nerviosa y por poco tira el vaso al levantarse precipitadamente.

*

Entraron en casa de Matías y todos los miraron expectantes.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Carmen.

—No sé qué decir —contestó Lorena—. Kiran nos ha recibido y ha sido muy amable. Ha dicho que ese verano tuvo una historia con Rosa, pero que fue un amorío de verano sin trascendencia. Que ella lo cortó sin decir nada y que desapareció. Nos hubiera gustado hablar con Indira, pero no ha podido ser…

—Del contacto de mi tío con la Diputación ha dicho que no sabía nada —dijo Iñaki—. Habría que ver si en las agendas consta alguna cita de José en Burgos para hablar del tema, pero considerando que todo acabó bien, no creo que tenga relación con el crimen. Además, ya le he dicho a Lorena: a Kiran lo miraron del derecho y del revés; si tuvo implicación en el asesinato, no fue directa.

Había un cierto aire de desánimo. Lorena miró a Iñaki de reojo. Le preocupaba que se derrumbara. Carmen rompió el silencio.

—Fuentes ha tenido una buena idea. Cuénteles.

—Que digo yo que podemos seguir investigando desde San Sebastián, que no se acaba el mundo si este fin de semana no resolvemos todo —dijo con aire satisfecho.

Luego pasó a detallarles cómo se podían organizar, el papel que jugaría Matías y lo que necesitaban llevarse de Fuenrota: copia de los papeles de Matías, los que había traído Iñaki de la casa…

Iñaki no decía nada. A Lorena le pareció una excelente idea, les quitaba la presión de resolver algo que era imposible en las horas que les quedaban. Habían avanzado, habían descartado algunas hipótesis, pero aún quedaba un trecho, si es que era posible averiguar la verdad. Pensó que luego intentaría hablar con él a solas.

Quedaron en volver por la mañana a casa de Matías para recoger los papeles y

se dispusieron a regresar al hotel.

Pidieron a Marga y Antonio que les prepararan algo de picar y se sentaron en la sala de la chimenea. Era su última noche en Fuenrota y, excepto Fuentes, todos hablaron poco durante la cena. Se notaba que hacían un esfuerzo por hablar del tiempo o las carreteras, preguntar algo a Iñaki sobre la casa o comentar la pereza que daría volver a comisaría.

Al rato entró Marga en la sala.

—Lorena, te llaman al teléfono del hotel.

La joven se levantó sorprendida. Primero pensó si pasaría algo grave en su familia, pero enseguida desechó esa idea, todos tenían su móvil. Cogió el auricular que le tendía Marga y contestó.

Diez minutos después volvió a la sala, donde todos la miraron expectantes. Miro al grupo y dijo:

—Era Indira. Me ha dicho que Rosa se quedó embarazada aquel verano.

Todos rompieron a hablar a la vez.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién era el padre? —preguntó Iñaki.

—Deberíamos hablar con ella, pero no veo cómo abordarla sin que nos mande al cuerno —dijo Carmen.

—¡Menuda pájara! —dijo Fuentes.

A esto siguieron protestas airadas de Carmen contra Fuentes, y Lorena comenzó a pensar que quizás debería haber guardado esa información para ella. Le entraban muchas dudas de que tuvieran derecho a remover todo el pasado sin ninguna autoridad. ¿Podía ese embarazo tener alguna relación con la muerte de José? ¿Un caso de celos? Lo veía más que dudoso, pero de lo que estaba segura es que preguntar por ese embarazo a Rosa iba a resultar intrusivo y doloroso. Con toda probabilidad, habría abortado. Y a nadie le gusta que le recuerden un aborto. Se decidió a hablar.

—Creo que es una información muy delicada y debemos tratarla con mucho respeto. Indira supo del embarazo de Rosa por Kiran. Este debió de decirle que él no podía ser el padre porque tenía control tántrico de la eyaculación o alguna tontería por el estilo. Rosa se ofendió muchísimo y despareció. Indira intentó acercarse alguna vez cuando volvió a verla en Espinosa de los Monteros, pero Rosa la evitó siempre.

—Me sorprende que Indira te lo haya contado… —dijo Carmen.

—Ya… —respondió Lorena—. No sé si hay muy buena relación entre ellos en este momento. Por lo visto no le ha dicho que queríamos hablar con ella. Es más, ha hecho lo posible porque no nos viera, pero la chica que nos ha abierto se lo ha contado y se ha debido enfadar mucho con él. Dice que no soporta que intente controlarlo todo.

—¿Y qué hacemos? —dijo Iñaki—. ¿Hablamos con ella? Me da apuro…

—No sé —dijo Carmen—. No veo claro que vaya a tener relación con la muerte de José. Si Kiran tenía coartada para la hora de la muerte de José, ¿quién puede haber tenido motivos relacionados con ese embarazo para matar a José?

—Alguien que supiera del embarazo y creyera que José era el padre —propuso Fuentes.

—¿Quién? ¿La familia de Rosa? —dijo Carmen—. Lo veo exagerado incluso hace veinte años. Hubieran insistido en que se casaran, no se hubieran puesto en plan Capuletos y Montescos.

—¿Mario? —dijo Fuentes.

—Ufff. Si creemos a Matías, no había nada entre Rosa y Mario en aquella época, pero…

Lorena miró a Iñaki, que parecía aturdido, incapaz de tomar una decisión. Decidió tomar las riendas. A fin de cuentas, Indira la había llamado a ella.

—Carmen, creo que debería hablar con ella. Usted sabe manejar estas cosas con delicadeza. Si se ofende o se enfada y no quiere hablar del tema, nos quedamos como estamos. Si estuviéramos trabajando, hablaríamos con ella.

Carmen aceptó la propuesta con cara de poca ilusión y propuso que subieran a acostarse.

Todos se levantaron mientras Lorena se devanaba los sesos pensando cómo conseguir, con disimulo, quedarse un rato más con Iñaki en la sala.

CAPÍTULO 14 (Carmen)

A las seis de la mañana Carmen estaba despierta y segura de que no iba a volver a dormir. Comenzó a mirar en el móvil las previsiones del tiempo y observó que la zona estaba en alerta roja y que desaconsejaban coger el coche si no era imprescindible. Pero es que para ella era imprescindible. ¿Qué le iban a decir a Landa? Por otra parte, tampoco quería empeñarse en un regreso suicida. Decidió que lo comentaría con el equipo en el desayuno; ella tendía a alarmarse en exceso con esos temas.

Estuvo leyendo un rato y a las siete decidió que podía aventurarse a ver si Marga le ofrecía un café. Tuvo suerte, la joven ya estaba trajinando y le ofreció un café y un rato de conversación.

—¿Ya van a poder viajar tal como está el tiempo? —preguntó Marga.

—Eso quisiera yo saber… —respondió Carmen. He estado mirando en el móvil y he visto un panorama muy negro. ¿A ti qué te parece?

—No sé. Yo llamaría en un rato al teléfono ese de información de Tráfico. A ver qué dicen.

—Hija, no sé cómo podéis vivir aquí, yo me agobiaría.

—No crea, nosotros llevamos aquí seis años y es la primera vez que pasa algo así. Caer cuatro copos, sí, incluso cuajar durante unas pocas horas, pero nunca como estos días.

Charlaron un rato sobre las ventajas de vivir en un pueblo (que a Carmen le parecían inexistentes) y después cogió la prensa y se sentó para dejar trabajar a Marga. Antes de las ocho ya estaban todos en la mesa esperando el desayuno. Nadie había dormido muy bien aquella noche.

—Yo tengo que ir a la casa. Van a venir a recoger los trastos. Luego le llevaré la llave a Matías y recogeré las cosas que nos hemos de llevar a

Donostia. También quiero despedirme de Mario y Rosa, y del padre Ángel.

—Yo te acompaño —dijo Lorena enseguida.

Iñaki hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Usted qué va a hacer, Fuentes?

—Intentar hablar con el teléfono ese de Tráfico. Luego iré a casa de Matías también. Quedé en que terminaríamos unas cosas de los papeles de José.

—De acuerdo —dijo Carmen—. Yo intentaré hablar con Rosa, a ver cómo se lo toma. Iñaki, si se enfada, le diré que tú no sabes nada de eso, que ha sido cosa mía. No quiero ponerte en una situación difícil con ella.

Iñaki asintió y terminaron de desayunar en silencio.

Carmen subió a preparar el equipaje. Quería hacer un poco de tiempo antes de llamar. También aprovechó para telefonear a Mikel y saber qué tal tenían ellos la carretera para volver. Su marido estaba encantado; lo había pasado muy bien. Los alumnos se habían portado de una forma aceptable y no parecía haber problemas en la carretera. Casi toda la nieve se acumulaba en Burgos, Palencia y Cantabria.

A las nueve le pareció que ya era una hora razonable y llamó a Rosa. La mujer aceptó ir a verla al hotel sin hacer más preguntas y Carmen dedicó un buen rato a dar vueltas a cómo abordar el tema sin que la mujer se indignara. Se consoló pensando que lo peor que podía pasar era que Rosa la odiara de por vida y como no se verían nunca más… Era un consuelo bastante pobre, pero no se le ocurría otro.

Rosa no tardó en llegar y Carmen sacó unas infusiones para las dos. Por suerte, los demás huéspedes se habían ido la víspera. Ese lunes no era festivo en todas las comunidades.

Cuando Rosa preguntó por qué quería verla, Carmen no tuvo más remedio que abordar el asunto.

—Verá, Rosa. Es una cuestión muy delicada y por nada del mundo quisiera ofenderla o disgustarla. Iñaki no sabe nada de esto y creo que se enfadaría mucho conmigo si se enterara. Ayer estuvieron él y Lorena en la fundación Ashraya. Querían saber si Kiran era consciente de que José estuvo en tratos con la Diputación para ver si tenían derecho a vivir en el pueblo y también, perdone, por la relación que tuvo con usted.

Rosa se tensó en cuanto oyó estas palabras, pero Carmen le hizo un

gesto con la mano pidiendo calma.

—Kiran no sabía nada de lo de la Diputación —prosiguió—, pero nos comentó que tuvieron un amorío de verano al que no dio mayor importancia. Nos dijo que usted «desapareció», no sabía si molesta con él o por qué. Intentaron hablar con Indira, pero les dijo que no era posible. Hasta ahí es la información que tiene Iñaki, pero por la noche Indira llamó a Lorena y le dijo que usted estaba embarazada cuando dejó de ir allí.

La mujer palideció y Carmen temió que se mareara.

—No quiero hacerle recordar cosas dolorosas, pero me gustaría saber si alguien estaba enterado de su embarazo, si cree que lo pudieron atribuir a José y provocar alguna pelea que acabara con su muerte.

Se produjo un silencio y Carmen pensó que Rosa estaba a punto de levantarse e irse, pero no. Transcurridos unos instantes, comenzó a hablar.

—Aquel verano fue una locura. Me parecía que había redescubierto la vida, los veranos, la alegría. Estaba como borracha de felicidad. Comencé a salir con José, pero era todo muy incipiente, no llegamos a acostarnos nunca. Kiran me fascinó. No estaba enamorada de él, pero tenía un atractivo magnético. Además, el mundo alternativo en que vivían también me gustaba. No sé, lo quería todo: a José, el pueblo, la aventura. Total, que me quedé embarazada como una idiota por fiarme del control tántrico de ese mal bicho. Se lo dije esperando que me ayudara, me angustió mucho saberlo. No sé si sabrá que dijo que no podía ser suyo.

Carmen afirmó con la cabeza.

—No se lo conté a José ni a nadie. Solo lo sabe mi prima la de Madrid, con la que fui después a pasar una temporada. Me ayudó, me acompañó a abortar y nadie supo nada. Ni siquiera se lo he contado nunca a Mario.

Carmen puso la mano sobre la de Rosa.

—Perdóneme, por favor, por haber sacado este tema. Si no fuera tan importante para Iñaki saber qué pasó, nunca me hubiera atrevido, pero es imposible investigar algo sin hacer daño.

Rosa parecía más recuperada.

—No se preocupe. Preferiría que se guardara esta información para usted, le aseguro que no puede tener ninguna relación con la muerte de José. Y ya que hemos llegado hasta aquí, yo también quiero que se haga justicia.

Terminaron la infusión en silencio y Carmen le dio un abrazo al despedirse.

—Le contaré cualquier cosa que averigüemos. Muchas gracias, Rosa.

Salió del hotel pensando si sería capaz de llegar a casa de Matías caminando o si debía llamar a Fuentes para que la recogiera. Al llegar a la iglesia se encontró con el padre Ángel, que entraba. Se acercó a él y le contó que pensaban partir hoy, si era posible.

—¿Va a estar un rato en la iglesia? —preguntó al párroco.

—Sí, tengo que arreglar unas cosas en la sacristía.

—¿Le importa que me quede un momento?

—Por supuesto que no. La casa de Dios siempre está abierta.

Carmen se sentó en uno de los primeros bancos. No era creyente, ni siquiera recordaba en qué momento dejó de creer, pero le gustaban las iglesias. Le parecían lugares de reposo, de silencio, excepto cuando había misa, por supuesto. No le gustaba nada tener que acudir a funerales o bodas; las ceremonias religiosas le resultaban deprimentes, pero sentarse en una iglesia vacía y silenciosa le producía bienestar. Necesitaba un rato de calma. La conversación con Rosa la había dejado angustiada. Estaba habituada a que las investigaciones de un asesinato produjeran muchos daños colaterales, pero en ese caso le parecía que no tenía justificación. Tantos años después, sin autorización y en realidad, ¿para qué? Era imposible que consiguieran aclarar nada. Rosa le caía bien y suponía que la había disgustado mucho. Intentó serenarse y apartar esos pensamientos de su mente. Poco después se le acercó el párroco.

—¿Quiere quedarse un rato más? Yo ya me voy, pero puedo dejar la puerta abierta.

Carmen se levantó.

—No, muchas gracias. Ya me voy. Tengo que ir a casa de Matías y hay un trecho.

—¿Piensa ir caminando? —preguntó el hombre sorprendido.

—Sí —respondió Carmen con un rastro de duda en la voz—. ¿Le parece una locura?

—Con este tiempo, sí. Yo la acercó, en coche es un momento y tengo que cogerlo para visitar a un enfermo.

Carmen le agradeció el favor y salieron de la iglesia.

Matías y Fuentes estaban enfrascados en las listas y papeles. Lorena le había dejado su portátil y Fuentes hacía tablas de Excel de teléfonos con fechas mientras Matías releía con atención los cuadernos de notas de José y apuntaba lo que le llamaba la atención. Carmen se asomó por encima de su hombro.

—¿Qué apunta?

—Nada, lo que me choca. Hay cosas claras: recordatorios, citas, teléfonos, productos para el campo…, pero hay otras cosas que no sé qué son y voy a intentar averiguar. Por ejemplo, hay folletos de productos que no se usan en el campo, ¿para que los quería?, varios nombres de veterinarios, pero José no tenía animales, más allá de cuatro gallinas y un perrillo. No sé, tonterías seguramente, pero…

Carmen ayudó a Matías a preparar la comida: unas lentejas, con todo lo bueno que se puede añadir al guiso, y una ensalada. Para cuando llegaron Lorena e Iñaki ya tenían la mesa puesta y todo a punto. Fue una comida un poco melancólica, como de final de vacaciones. Fuentes hizo lo posible por animar al grupo contando chistes, fatales en opinión de Carmen, pero no consiguió mejorar el ambiente. Fregaron los platos y se dedicaron a recoger los papeles, meterlos en sus cajas y llevarlos al coche de Fuentes. A las cinco lo tenían todo listo. Quedaban por delante unas horas muertas que nadie sabía muy bien en qué ocupar. La llamada de Fuentes a Tráfico había desaconsejado el viaje y ya habían hablado con Marga y Antonio para quedarse una noche más.

Volvieron al hotel y cada uno pasó la tarde a su aire. Carmen supuso que Lorena habría acompañado a Iñaki a despedirse de Rosa y Mario, y no tenía ni idea de qué pensaba hacer Fuentes. Por si acaso, ella se refugió en su habitación. Llamó a su madre y a Mikel, y también al comisario para explicarle la situación. Por suerte, el hombre estaba al corriente del temporal y ya se figuraba algo así. Les aconsejó prudencia, aunque tuvieran que demorar más el regreso.

Después de leer un rato, Carmen vio que eran las ocho y decidió bajar a ver qué hacían los otros. Se encontró a Fuentes en el bar charlando con Antonio. Al parecer había nacido una gran amistad entre los dos hombres. Eso o Antonio tenía más paciencia que un santo. Pidió una copa de vino y vio que tenía un mensaje de Lorena: «Llegamos enseguida. ¿Cenamos en el hotel?».

Carmen le preguntó a Marga, que acababa de aparecer y que estuvo de acuerdo, si se conformaban con un plato de huevos, patatas y jamón. Arreglado el asunto de la cena, siguieron un rato de conversación. Eran los únicos huéspedes del hotel y los dueños estaban relajados.

En cuanto llegaron Iñaki y Lorena se sentaron a la mesa Y Marga no tardó en servirles la cena. Comieron en silencio. Iñaki contó que Mario y Rosa habían estado muy cariñosos. Quedaron en que llamarían a primera hora a Tráfico para ver si podían regresar. Después de una breve sobremesa, Carmen pretextó que estaba cansada y subió a su habitación y, sorprendentemente, Fuentes hizo lo mismo.

Carmen leyó un rato y se durmió pronto. Se despertó a las dos completamente espabilada. Para su sorpresa, la cama de Lorena estaba vacía e intacta. ¿Estarían de charla a esas horas? Después de dar vueltas durante media hora, encendió la luz de nuevo y leyó otro rato. Eran casi las cuatro cuando la apagó y Lorena no había subido. A las seis y media la despertó el ruido de la puerta, pero no se movió y fingió seguir durmiendo. A las siete ya estaba duchada y vestida. Lorena parecía dormir y decidió dejarla un rato.

Bajó inquieta. Empezaba a sentirse encerrada en Fuenrota. Miró por la ventana de la sala de estar. Gruesos copos caían sin cesar. Oyó detrás la voz de Marga.

—Han dicho en la radio que el estado de las carreteras ha empeorado. Me temo que van a tener que prolongar la estancia.

CAPÍTULO 15 (Fuentes)

Estaban todos en el bar del hotel mirando las noticias. Reporteros con gorro y manoplas mostraban la altura de la nieve en distintos puntos de Burgos, Palencia y Cantabria. Imágenes de camiones atravesados mientras una autoridad de la DGT desaconsejaba totalmente viajar por esas zonas. Pueblos aislados, imágenes de un helicóptero trasladando a una mujer de parto. El noticiario parecía totalmente dedicado al temporal.

A Fuentes no le importaba nada. Algún día extra de fiesta sin gastar vacaciones. Igual podía echar una partida de mus o de dominó en el bar del pueblo…

Sus compañeros parecían de un humor distinto. Iñaki y Lorena estaban alelados y casi no se miraban. Igual habían discutido. Carmen estaba de humor pésimo, lo que no era raro en ella, en opinión de Fuentes. Era una mujer muy rígida: cuando las cosas no salían a su gusto, se enfadaba.

—¿Ha llamado a Landa, jefa?

—Sí. Dice que no nos preocupemos —respondió Carmen—. Pero yo no sé cuánto puede durar esto.

—Un par de días como mínimo —dijo Antonio—. No se preocupen. He hablado con Marga, les haremos un precio especial porque esto ya no es turismo.

—Gracias, Antonio, pero ustedes no tienen la culpa y les estamos dando trabajo. —respondió Carmen.

—Lo consideraremos «temporada ultrabaja» —dijo Marga sonriendo —. Por cierto, si quieren pueden usar nuestra lavadora y secadora. Probablemente no pensaban que su estancia se iba a alargar e igual les hace falta.

Fuentes se frotó las manos y miró a sus compañeros.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? Podemos ir a casa de Matías y trabajar un poco en todos los papeles del tío de Iñaki. Ahora tenemos tiempo extra, como si nos hubieran dado una prórroga. Mucho visiteo no podremos hacer, pero mirar notas…

Los otros parecieron no oírle. Por fin Carmen se levantó.

—Yo voy a aprovechar el ofrecimiento de Marga y poner una lavadora. Dadme lo que tengáis y lavamos todo a la vez.

Los jóvenes parecieron reaccionar y la acompañaron en busca de la ropa. Fuentes hizo lo mismo y, cuando vio que nadie arrancaba a hacer nada más, decidió ir por su cuenta a casa de Matías después de confirmar por teléfono que le venía bien.

—Si os animáis, ya sabéis dónde estoy —dijo.

La casa de Matías estaba caldeada como de costumbre, daba gusto entrar. El hombre ya había visto las noticias y suponía que seguían en el pueblo. Pasaron bastante tiempo con la relación de llamadas telefónicas por número y día, hasta que Fuentes dijo que le bailaban los números.

Luego siguieron con las libretas de notas de José.

—Hay muchas cosas que no entiendo… —dijo Matías.

—¿Cómo qué?

—Ya le comenté a Carmen. Tanto número de veterinario… ¡Si José no tenía animales! Y todas esas notas de productos químicos. Muchos no sé ni lo que son. Abonos no, desde luego.

—Seguro que la mayoría de las cosas no valen para nada. Nos calentamos la cabeza para darle sentido a todo, pero la mayoría no lo tiene, al menos para lo que buscamos.

Fuentes se quedó un rato callado, pensativo, mientras tamborileaba sobre la mesa.

—Se me ocurre una cosa… —dijo al fin.

—¿Qué? —preguntó Matías.

—Tengo un amigo, un buen amigo: Fernando. Trabaja en un banco y es un genio de los ordenadores. Yo tengo cuenta en la sucursal donde trabaja y le eché una mano una vez que le robaron el móvil. Después me invitó a una copa para agradecerme, empezamos a tratar y nos hicimos amigos. Ya me ayudado alguna vez con asuntos de informática, aunque a Carmen no le gusta

nada que hagamos cosas, digamos, un poco al margen de la legalidad. Yo creo que si se lo pido puede echar un vistazo a las cuentas del alcalde. Solo por si encontramos algo raro…

—Pues adelante —dijo Matías—. Comprendo que esos métodos no pueden usarse de forma oficial, pero nosotros estamos investigando como aficionados y nadie se va a enterar de si hacemos algo no muy ortodoxo. ¿No le parece?

A Fuentes le parecía y le mandó un mensaje a su amigo para que le llamara cuando pudiera hablar un momento.

A los quince minutos recibió la llamada de Fernando.

Fuentes le puso en antecedentes de lo que necesitaba y Fernando se mostró entusiasmado.

—Chico, Ricardo, tú siempre en aventuras. Sitiado por la nieve, investigando un crimen antiguo… Lo que no te pase a ti…

Fuentes soltó una risa satisfecha.

—Ya sabes, Fernando, son cosas que trae el oficio.

Fernando prometió llamarle en cuanto tuviera algo de información.

Los dos hombres hicieron una pausa en la revisión del papeleo para tomar un café. Fuentes miró por la ventana. La nevada parecía arreciar por momentos.

—¿Sabe, Matías? No me importaría nada tener una casa por esta zona. A mí me gustan mucho los pueblos y no me asustan el frío ni la nieve. Hasta tendría un huertito… Cuando vuelva a casa igual miro en las páginas de las inmobiliarias a ver si encuentro algo. No sé cómo estarán por aquí los precios…

—¡Qué dice de inmobiliarias! Esos están solo por sacar los cuartos. Si quiere algo por aquí, yo doy cuatro voces y me entero.

—Mientras esperamos que me llame mi amigo, vamos a mirar lo que piden por la zona.

Se sentaron frente al ordenador y Fuentes comenzó a teclear.

—¡La gente está loca! —dijo al poco rato Matías—. No sé qué les ha dado con las cabañas pasiegas, mire qué precios. Eso es una ruina en medio del monte y piden veinticinco mil euros. A ver esa, eso está cerca de Fuenrota. Dieciséis mil, pero hay que reformar entera… Debe ser de los de Casa Chica, esos son unos peseteros…

Pasaron un rato agradable. Fuentes ya se imaginaba en su casita de campo. Consultó el reloj. Quizás Fernando tardara en responder. Debía de estar en el banco y Fuentes dudaba de que allí pudiera dedicarse a esa tarea. Impaciente, miró el montón de papeles pensando qué hacer.

—Yo voy a llamar a una sobrina que trabaja en la Diputación —dijo Matías como si le leyera el pensamiento—. Igual puede averiguar si consta algo de los de la Fundación y si José puso alguna queja. La verdad es que, después de tanto tiempo, no sé si será posible, pero por probar no perdemos nada.

—Buena idea —respondió Fuentes—. Yo voy a ver si puedo acceder *on line* a los periódicos de aquí. ¿Cómo se llaman?

—El más conocido es el *Diario de Burgos*. También está *El Correo*…

El timbre los sobresaltó. Carmen, Iñaki y Lorena estaban en la puerta. Divisaron el todoterreno que daba la vuelta después de dejarlos allí.

CAPÍTULO 16 (Iñaki)

Iñaki se sentía flotando, con sensación de irrealidad, como en un sueño. Quizás fuera la noche en blanco o, mucho más probablemente, el hecho de haberla pasado con Lorena. Aún no daba crédito a que hubiera sucedido. Tanto tiempo soñando con ello…

La verdad es que todo el mérito era de Lorena. Fue ella quién le preguntó a bocajarro: «Es nuestra última noche aquí. ¿Quieres acostarte conmigo?». Él no era muy audaz, pero el sí le salió de inmediato. Se levantó como si le empujaran y fue a buscar a Antonio para pedirle una habitación. Se encontró con Marga, él había ido a consolar al bebé que lloraba, pero no le importó. Ella se hizo cargo enseguida de la situación, aunque les aconsejó esperar un rato a subir hasta que la habitación se caldeara. De hecho, se mostró encantada con su papel de celestina y les preparó la *suite* que tenía chimenea y la encendió para dar más ambiente y calentar antes la habitación.

Después, todo resultó tan fácil como si fueran viejos amantes, como si conocieran sus cuerpos de memoria y, a la vez, todo fuera nuevo. Ella se adormeció un momento y él la miraba como si quisiera aprenderse sus rasgos de memoria, por si no volvía a tenerla tan cerca nunca más. Eran más de las seis cuando volvieron a sus habitaciones. Ni siquiera entonces pudo dormir. Dejó que Fuentes se levantara para disfrutar un rato más de sus ensoñaciones. Después se duchó durante un rato largo. El agua caliente le resultaba agradable y seguía sintiendo a Lorena por todo el cuerpo. No quería pensar ni angustiarse por el futuro, solo disfrutar de esas sensaciones. Cuando vio cómo nevaba por la ventana se alegró. Podrían prolongar ese momento especial durante uno o dos días más. Luego, ya se vería.

Durante el desayuno temió que hasta Fuentes se diera cuenta de qué

ocurría Cada vez que sus manos se rozaban con las de Lorena al pasarse la mermelada o el azúcar, sentía una corriente eléctrica por todo el cuerpo y estaba seguro de que ella también. Cuando quedó claro que no podrían viajar, ambos se miraron y sonrieron. Al rato Fuentes se fue a casa de Matías e Iñaki subió a la habitación para llamar a su madre y avisarla del retraso en la vuelta. La mujer no se sorprendió, había visto las noticias. Después de un breve silencio le preguntó:

—¿Cómo ha ido? ¿Te ha dado tiempo a organizar todo?

—Sí. Los del trabajo han ayudado mucho y Matías también.

—Matías es un buen hombre.

Se hizo un silencio. Por rellenarlo Iñaki dijo:

—Mario me dio los papeles de las tierras que quedaban. Habrá que pensar qué hacer con eso. A lo mejor el alcalde quiere comprar…

—A ese ni agua —respondió la madre con tono desabrido.

Iñaki ya suponía que esa sería la respuesta.

—Bueno, no hay prisa. Si sale algún comprador, Matías nos avisará.

Se hizo otro silencio denso. Tantas cosas por hablar y ese muro que encerraba las palabras. Siempre había sido así. Iñaki pensaba que era difícil cambiar la forma en que las familias se comunican. Su madre expresaba todo su amor con la comida. Era capaz de hacer la compra en tres sitios distintos para conseguir los mejores productos y no le pesaba cocinar durante horas, aunque luego se lo comieran en un momento y ni siquiera dijeran que estaba bueno, pero hablar…, eso no era para ellos.

Tras unas pocas frases más se despidieron con la promesa de llamar en cuanto supieran cuándo iban a salir.

Encontró a Carmen y Lorena charlando con Marga mientras esperaban a que terminara la lavadora. Comentó su intención de ir a ver al padre Ángel, y Lorena de inmediato se ofreció a acompañarle. Carmen los miró con expresión pensativa y dijo que ella se quedaría hasta terminar la colada. Iñaki estaba seguro de que había adivinado lo sucedido, aquella mujer tenía poderes.

La nieve había alcanzado ya unos cincuenta centímetros y hacía difícil caminar, se hundían casi hasta las rodillas, pero iban riendo como dos críos. Antes de entrar en el domicilio del sacerdote, pegado a la iglesia, Iñaki dio un vistazo rápido alrededor y besó a Lorena en la boca. Ella devolvió el beso y le

echó las manos al cuello.

—¡Estamos locos! —dijo ella—. Nos van a pillar.

Iñaki se encogió de hombros.

—No me importa nada. He dicho que venía a ver al cura para ver si podía estar un momento a solas contigo.

Lorena rio.

—Bueno, ya que estamos aquí, preguntemos algo, aunque sea por disimular.

Llamaron al timbre y al momento el sacerdote les abrió la puerta.

—Pasad, pasad. Ya me imaginaba que no podríais volver con esta nevada.

Entraron en la rectoría y se sentaron en un sofá viejo y desfondado mientras el hombre iba a preparar café. Iñaki le cogió la mano y Lorena se soltó con rapidez con cara de alarma, haciendo señas a la cocina, donde se oía la voz del padre Ángel.

—Hacía años que no veía una nevada así, es impresionante.

Entró con una bandeja con tres tazas desparejadas, la cafetera, una jarra con leche y un plato de galletas.

—¿Has acabado con la casa?

Iñaki asintió.

—Sí, padre. Pero le quería comentar otra cosa. Desde que estoy aquí se me ha metido en la cabeza intentar descubrir qué pasó aquel verano, quién pudo matar a mi tío. Sé que es absurdo, pero…

—No, hijo, es muy natural, pero no creo que sea fácil. Tantos años después…

—¿A usted le contó algo? Algo que pudiera estar relacionado con su muerte. Igual no puede decirnos nada porque es secreto de confesión, pero…

El hombre soltó una carcajada.

—Perdona que me ría, hijo. Ya sé que el tema no es divertido, pero es que con el secreto de confesión hay mucha literatura. Tu tío no solía confesarse, como mucho en fiestas, antes de la misa mayor, porque su madre estaba al quite de si iba a comulgar. Yo tuve trato con él de niño, cuando venía a la catequesis. A la edad en que murió, ni él ni ninguno de los de su edad eran de venir mucho a la iglesia. Yo sabía que era un buen hombre y eso era lo que me importaba, pero no teníamos grandes conversaciones.

—Ya nos parecía que no había muchas posibilidades, pero no queremos dejar piedra sin remover.

—Hacéis bien, que no sea por no intentarlo. Yo también le he estado dando vueltas desde vuestra visita. He hablado alguna vez con Matías. Lo que sí recuerdo es que andaba preocupado ese verano. A pesar de haber empezado a andar con Rosa, no estaba lo alegre que solía ser. Pensé que el campo le daba problemas, pero hasta su madre, tu abuela, me comentó que algo le pasaba a su hijo que lo tenía inquieto. Por desgracia, no puedo ayudarte más. Muchas de las cosas que recordamos tendrán poco o nada que ver con su muerte, pero todo lo relacionado con esos días se ha quedado en nuestra memoria, incluso ha tomado mayores proporciones. Puede que yo hubiera visto a José muchas veces preocupado, pero como esa fue la última vez, tengo la sensación de que es importante. No sé, Ignacio, pero si se te ocurre algo en lo que te pueda ayudar, no dudes en pedírmelo.

—¿Usted recuerda a alguien que tuviera motivos para matar a José? —preguntó Lorena.

—¡Qué va! —contestó el cura—. Era un hombre querido, nada conflictivo, más bien de los que ayudan a solucionar las cosas. Tuvo sus roces con el alcalde, pero eso le pasó a mucha gente en el pueblo. Y algún problema con los de la secta, pero otros tuvieron más. Si me hubieran hecho adivinar a quién podían asesinar en este pueblo, José habría sido mi última opción. Por eso no creo que fuera nadie de aquí, tuvo que ser algún chiflado que pasaba por el pueblo.

Terminaron el café y se despidieron del padre Ángel. Volvieron al hotel, tras demorarse en un par de esquinas y besarse como si en vez de en Fuenrota estuvieran disfrutando de un viaje al Caribe.

—Duerme conmigo esta noche —dijo Iñaki.

—Se van a dar cuenta —se quejó Lorena con poco énfasis.

—Da igual. No hacemos nada malo y somos mayorcitos. Creo que Carmen ya se lo imagina.

Lorena lo besó otra vez a modo de respuesta.

Carmen los esperaba en el hotel con tres montoncitos de ropa doblada y propuso que fueran a casa de Matías, aprovechando que Antonio salía con el coche y los podía acercar.

CAPÍTULO 17 (Lorena)

Lorena llevaba rato enfrascada en el ordenador de Matías. Por suerte el hombre tenía también impresora y de vez en cuando la joven imprimía un archivo de lo que sacaba del *Diario de Burgos*. Fuentes llevaba un rato hablando con su amigo Fernando y tomando notas. Tenía una tableta en la mano en la que iba recibiendo mensajes que Fernando le enviaba. Carmen, Iñaki y Matías seguían revisando notas y papeles e intentando hacer algún tipo de clasificación. Parecía una mañana en comisaría. Una mañana extraña, rodeados de nieve, pero con un equipo organizado en el que habían incluido a Matías.

A ella le costaba concentrarse, se le iba la mente a la noche anterior. De manera que eso era lo que la gente llamaba «mariposas en el estómago». Le habían gustado chicos, había tenido un par de relaciones, pero no había sentido nada parecido. Y no podía entenderlo, ¿con Iñaki? Se conocían hacía años, siempre había tenido una relación especial con él, pero no pensaba que de ese tipo. Ahora es como si hubieran abierto unas compuertas y las emociones se desbordaran. Fijó de nuevo la vista en la pantalla e intentó centrarse. Habitualmente ella era muy racional y controlaba bien las emociones, no se reconocía en ese estado.

Había hecho primero una búsqueda de los periódicos cercanos a la muerte de José. Encontró lo que tenía Matías impreso. Después comenzó a buscar con varias palabras clave y combinaciones de las mismas: Fuenrota, Fundación Ashraya, José Arce, Jesús Arana…

De pronto una noticia le llamó la atención: se veía a un político inaugurando un centro social para la tercera edad en Burgos. Junto a él, Jesús Arana sonriente. El texto de la noticia no lo mencionaba, solo hablaba del

político y constructor Antonio Ruiz de Vera y de «un grupo de burgaleses interesados en impulsar mejoras en la atención a los ancianos». El nombre de Jesús Arana solo aparecía en el pie de foto. Buscó entones «Antonio Ruiz de Vera» y encontró mucha información. En otro artículo el político brindaba con Jesús Arana, al que denominaban «uno de los alcaldes rurales presentes» en los *sampedros* del año 91. En el mismo año, en otro ejemplar, se veía a los dos hombres, por lo visto eran inseparables, en la Romería de la Virgen Blanca. Un par de periódicos más mostraban imágenes parecidas. Otro, del año 92, hablaba de la fundación de un nuevo partido, Burgos Tradición. En la fotografía aparecía como presidente Ruiz de Vera y como secretario general, Jesús Arana. Siguió mirando los archivos. Aquello parecía prometedor. ¿Qué pasó con ese partido? Quizás no tuvo ningún éxito. A Lorena no le sonaba ni el nombre. Poco después descubrió por qué. «El escándalo salpica al recién creado partido Burgos Tradición». Era un editorial del mismo periódico que expresaba su desilusión y rechazo con frases del tipo: «Cuando más necesitados estamos de gente honesta, fuerte, que luche por Burgos y por Castilla y León, nuestras esperanzas se ven defraudadas y ensombrecidas por la mancha de la corrupción. Cierto que los juzgados son quienes deben dirimir la culpabilidad o inocencia de los acusados, pero nuestros políticos debieran ser como la mujer del césar: honestos y parecerlo». Entre los nombres que aparecían no figuraba el de Jesús Arana. Las fotografías mostraban a Antonio Ruiz de Vera con gafas de sol y medio oculto tras una carpeta. Miró la fecha; mayo del 93. Realizó entonces una búsqueda detallada sobre el partido Burgos Tradición, Antonio Ruiz de Vera y Jesús Arana. El alcalde de Fuenrota, tan presente en las imágenes previas y cuyo nombre se mencionaba junto a otros en varios actos y en la fundación del partido, desparecía por completo cuando se inició la operación Mio Cid, que investigaba las cuentas del recién creado partido y la implicación del presidente en un escándalo por cobro de comisiones.

Aquello pintaba interesante. O Jesús Arana era inocente como una paloma y la investigación ni lo había rozado o era mucho más listo de lo que pensaban.

Decidió comentar sus hallazgos con los demás. Imprimió algunos documentos y se los pasó a sus compañeros. Todos leyeron en silencio, incluso Fuentes, que ya había terminado su conversación con Fernando.

—¿Usted sabía esta historia, Matías? —preguntó Carmen.

—Ahora que lo leo, me suena, pero no sabía que Jesús Arana tuviera nada que ver. En aquella época salía en los periódicos con frecuencia y conocía a todo el mundo, pero no recordaba que se hubiera metido en política más allá de la alcaldía, lo suyo eran los negocios.

Carmen miró a los demás.

—¿Creéis que podría tener algo que ver con la muerte de José?

Lorena meneó la cabeza.

—No sé… —dijo—. No parece muy probable, pero es un indicio. A lo mejor José descubrió algo y amenazó al alcalde con hacerlo público.

—Eso no parece muy propio de José. Si hubiera visto algo malo, lo hubiera denunciado y listo. No era hombre de amenazas o chantajes —dijo Matías.

—No, no he querido decir eso —respondió Lorena—. Quizás lo que hizo fue pedirle explicaciones antes de denunciarlo.

Iñaki parecía pensativo.

—Podemos intentar averiguar algo más —dijo por fin—. Aunque no sé si habrá alguna posibilidad de encontrar algo a estas alturas. Si en el momento en que sucedió su nombre fue invisible, después de veinticinco años…

—Este es el problema en todo lo que encontramos en este caso, pero, por otra parte, también es posible que el alcalde esté más relajado, sin interés en ocultar un delito que, si ocurrió, ha prescrito —dijo Fuentes.

—No sé qué decirle, Fuentes —dijo Carmen—. Si hablamos solo del delito de corrupción, es probable que el hombre esté relajado. Si tuvo algo que ver con la muerte de José, estará siempre alerta.

—En cualquier caso —dijo Iñaki—, Lorena ha hecho un trabajo estupendo. Yo te ayudaré a buscar más información de ese asunto —añadió mirándola.

Lorena enrojeció y tuvo la sensación de que todos la miraban y leían la situación como un libro abierto.

CAPÍTULO 18 (Carmen)

Carmen agradeció el sonido de su móvil. Era Rosa, que quería hablar con ella. Quedó en pasar a buscarla en diez minutos.

Matías acababa de sacar café para calmar los ánimos. En realidad, no había pasado nada. Carmen no había dicho ni una palabra, pero todos parecían saber qué pensaba. Incluso Matías parecía estar al cabo de la calle. Y, como siempre, todo por culpa de Fuentes.

Después de lo que Lorena había descubierto, él parecía querer ser de nuevo el centro de atención.

—Yo también he averiguado cosas —había dicho.

Y pasó a contarles la investigación de su amigo Fernando.

—Mi amigo ha descubierto que ese pajarraco tiene mucho meneo con el dinero, pero está muy claro lo que son cuentas de la empresa y lo que son particulares. Y, además, en las personales tiene dos: una que comparte con su mujer y otra exclusivamente suya. En la primera están domiciliados los recibos de la casa, las transferencias que hacen a las hijas, los pagos de compras y cosas así, lo normal. Tienen también una cuenta de ahorro que para mí la quisiera, pero es más interesante la personal del hombre. No suele haber mucho dinero, unos tres mil euros de media, a veces cinco mil, pero es raro. Hay poco movimiento en esa cuenta. A veces hay unos pagos a una tal «sociedad recreativa de las Merindades» de unos doscientos euros. Eso huele a casa de putas, siempre tienen nombres así para que no cante en la tarjeta.

Carmen se dio cuenta de que Fuentes evitaba mirarla, conocedor de su opinión sobre *hackear* cuentas privadas y sus conocimientos sobre las «sociedades recreativas». El hombre había continuado, seguro de que los otros lo escuchaban con atención.

—Hay un ingreso mensual de esa cuenta a una del BBVA, mil quinientos euros. Empezó hace tiempo, más atrás de lo que él ha mirado, y se suspendió hace dos años.

—¿Puede averiguar a quién pertenece esa cuenta? —preguntó Iñaki nervioso.

—Sí, pero le llevará más tiempo. Necesita herramientas que tiene en el ordenador de casa.

Lorena miró a Carmen preocupada.

—Aquí no estamos actuando como *ertzainas*… —dijo.

Carmen apretó los dientes y dijo tajante:

—Aun así, hay cosas que están bien y otras que están mal.

—Tampoco estuvo muy bien mentirle a Ramiro —respondió Lorena.

Carmen calló porque sabía que la joven tenía razón. Y con todo, a ella no le parecía lo mismo. Muchas veces, durante sus investigaciones o en su vida diaria, utilizaba mentiras, medias verdades y ocultaba información. Eso a ella le parecían pecados veniales. Nunca había husmeado en los ordenadores o móviles de sus hijos o de Mikel. En el trabajo, actividades como las escuchas eran siempre con orden judicial. Tenía claro en la cabeza lo que le parecía bien y lo que le parecía mal, pero no tenía una explicación racional válida para dar a los demás. Veía la línea con total nitidez, pero no podía compartirla. Y sabía que su equipo estaba compuesto por buena gente que, probablemente, tenía sus propias líneas muy claras.

Rechazó el café y cuando vio el coche de Rosa por la ventana se levantó y dijo:

—No siempre estamos todos de acuerdo. Tiene razón Lorena cuando dice que a veces yo tengo conductas poco éticas, supongo que todos hacemos cosas que nos parecen un mal menor. No tenéis por qué hacerme caso. Seguid con eso. Voy a ver qué me cuenta Rosa.

Matías la miró con cariño.

—Es usted una mujer valiente, Carmen.

La mujer puso cara de duda y fue a por su abrigo.

Subió al coche de Rosa. Por suerte en aquel pueblo todo el mundo tenía vehículos adecuados para ir por el monte o circular con aquella capa de nieve.

—Hola, Rosa. No sé cómo se atreve a conducir así. Yo me moriría de

miedo por muy bueno que fuera el coche.

Rosa se encogió de hombros.

—Conozco de memoria todos estos caminos y carreteras. Aunque no haya marcas ni rayas de calzada, sé por dónde ir. Mujer, no iría a Burgos si no fuera imprescindible, pero solo vamos aquí al lado. A Torre Baltasara.

—¿Qué es eso? ¿Y para qué vamos a ir?

—Es un pueblo. Está a solo tres kilómetros de aquí. Después de estos días, de tanto hablar de José, paso muchas horas dando vueltas a aquel verano. Tenía un diario, pero lo quemé justo aquel otoño. Demasiadas cosas malas en aquellos meses, quería olvidar. Ahora me arrepiento, quizás había algo útil en ese cuaderno. De pronto he recordado que José fue muchas veces a Torre Baltasara en aquella época, y no era habitual. Que yo sepa, no tenía amigos allí. Sí recuerdo que le pregunté alguna vez qué se le había perdido en ese pueblo. Es más pequeño que Fuenrota y a nosotros nos parecía una aldea, no teníamos costumbre de ir. No me contestó nada claro, dijo que era por trabajo. Hoy he pensado en eso, la farmacéutica es amiga mía.

—¿Hay farmacia? Aquí no he visto ninguna.

—Sí, por algún extraño motivo, la farmacia siempre ha estado allí y servía a los pueblos de la zona. Ahora incluso hacen un reparto a la gente mayor. El padre de mi amiga tenía la farmacia antes que ella. Podemos preguntarle si sabe a qué iba José. Ella o su padre. A lo mejor es una tontería…

—No, no —se apresuró a contestar Carmen—. Cualquier idea es bienvenida.

En un arranque de confianza, y considerando que todo era extraoficial, le contó los últimos descubrimientos de Lorena y Fuentes.

—¡Eso parece muy prometedor! Me gustaría ayudarles. He intentado comentar el asunto con Mario, pero no me hace ni caso. Casi parece que le molesta. Dice que buena gana de revolver el pasado, que eso es crear falsas esperanzas en Ignacio y que si la policía no consiguió nada entonces, menos ahora. Esto que me cuenta no se lo puedo decir, le interesa estar a buenas con el alcalde. Mario nunca hace nada que pueda perjudicar a su negocio —terminó con voz triste.

—Pues toda ayuda es bienvenida —respondió Carmen—. Tenemos el cuartel general en casa de Matías. Si tiene un portátil nos vendría muy bien.

Pese a que fueron muy despacio, no tardaron en llegar a Torre Baltasara. Era un pueblo similar a Fuenrota. La iglesia no era tan bonita, pero tenía una plaza porticada preciosa. Bajo la nieve parecía propio de un cuento de los hermanos Grimm.

Aparcaron y se encaminaron a la farmacia. No había un alma en la calle.

La campanilla sonó al abrir la puerta y una mujer de la edad de Rosa salió por una puerta al fondo de la farmacia. Se le alegró la cara al ver a su amiga y salió del mostrador para abrazarla.

—¡Dichosos los ojos! Parece mentira que vivamos tan cerca… Y se te ocurre venir a verme el peor día del año, qué digo, ¡de los últimos cinco años! Pasad, pasad a la rebotica. Os puedo ofrecer un café, o quizás una copa de vino. Es casi hora de comer…

Carmen y Rosa se quitaron abrigos, gorros y bufandas, y siguieron a la mujer. No era tan guapa como Rosa, pero se le notaba el estilo que proporciona el dinero: cabello rubio bien cortado, blusa de seda bajo la bata, botas de piel suave y numerosas alhajas. No hubiera desentonado en la calle Serrano de Madrid.

—¿Y qué os trae por aquí? —preguntó mientras servía unas copas de vino y ponía unos frutos secos en un cuenco.

—Verás, esta es Carmen. Ha venido con Ignacio, el sobrino de José, ¿te acuerdas?

La farmacéutica asintió.

—Han vendido la casa de Fuenrota y sus amigos han venido a ayudarle. El pobre está muy afectado, no había vuelto al pueblo. Ha recuperado fotos, cuadernos, papeles. Parece que quiere reconstruir ese último verano de su tío. Me he acordado de que en esa época José venía bastante por aquí y me he ofrecido a averiguar a qué venía.

Carmen pensó que el apego de Rosa a la verdad era similar al suyo, pero esa era exactamente el tipo de conducta que ella comprendía y excusaba.

—Pues creo que no voy a poder ayudarte. Ese verano lo pasé en Cambridge, me enviaron a aprender inglés, aunque me eché un novio italiano que no ayudó mucho —rio la mujer.

—¡Es verdad! —dijo Rosa con voz decepcionada—. Fue ese verano.

—Pero no me cuesta nada llamar a mi padre. Tiene muy buena

memoria, es posible que se acuerde.

Sin más preámbulo sacó el móvil del bolsillo y llamó al padre. Mantuvo una conversación corta, en la que escuchó más de lo que habló. Cuando cortó se volvió hacia ellas.

—¡Lo sabía! Mi padre nunca falla. Dice que se acuerda, sobre todo porque, al morir José de aquella manera, hablaron mucho del caso. José vino muchas veces para hablar con el médico, don Rosendo. Ya está jubilado, pero aún vive en el pueblo.

—Estupendo, podemos ir a verle.

—No, están en Burgos en casa de una hija, pero tengo el teléfono. ¿No te acuerdas de Inés? Es de nuestra edad, pero estudió interna y no era de la cuadrilla.

A Rosa le sonaba vagamente. Tomó el papel con el número que le ofrecía su amiga y se despidieron, rechazando la invitación para comer de la farmacéutica y con promesas de volver pronto.

CAPÍTULO 19 (Fuentes)

Fuentes estaba en su salsa. Carmen se había ido y parecía haberse bajado del burro. Admiraba muchas cosas de su jefa, pero a ratos prefería no tenerla cerca. Después de los hallazgos de la mañana se encontraba en la cocina preparando la comida con Matías. Iñaki y Lorena seguían con la investigación del pasado del alcalde y Fernando todavía no había llamado, de manera que cocinar con su nuevo amigo le pareció un buen plan. Antes la cocina no le interesaba nada, preparaba cualquier cosa o comía fuera, pero empezó a seguir un programa de televisión de un famoso cocinero y se animó a ir probando cosas. Descubrió que le gustaba y se le daba bien. Con frecuencia invitaba a cenar a su amigo Fernando, que siempre se mostraba encantado con sus platos. Matías había descongelado unos solomillos de cerdo que pensaba asar, pero Fuentes le convenció de hacerlos a la naranja.

—Ya verá, quedan buenísimos, muy jugosos. Si tiene por ahí unas cebollas pequeñas las puedo hacer caramelizadas, que acompañan muy bien.

Matías se comportó como el perfecto pinche y hablaron de lo divino y lo humano. Fuentes estaba cada vez más convencido de buscar una casa en Fuenrota.

Rosa se quedó a comer con ellos, aprovechando que Mario estaba en el trabajo. Carmen y ella explicaron lo de Torre Baltasara y Rosa puso su portátil a disposición del grupo. Estaban tomando el café cuando Fernando llamó a Fuentes. Fue una conversación breve, pero después el hombre se dirigió a sus amigos muy satisfecho:

—Fernando ha descubierto a quién hacía el alcalde los ingresos. Se llama Jorge Huertas y tengo una dirección en Medina de Pomar y un teléfono móvil.

Se armó bastante revuelo con la noticia y Fuentes se sintió muy orgulloso de ser el centro de atención. Miró por el rabillo del ojo qué cara ponía Carmen, pero se tranquilizó al ver que parecía tranquila e interesada como los demás.

—¿Por qué creéis que el alcalde pagaba a Jorge Huertas? —preguntó Iñaki.

Se hizo un silencio.

—¿Le haría chantaje por algo relacionado con la muerte de José? —dijo Fuentes.

—Pero si el hombre tenía algo que ver, si también estaba implicado, era absurdo el chantaje —dijo Carmen.

—Quizás Huertas sabía algo, pero no estaba implicado. O sí, pero le amenazaba con informar de forma anónima a la familia… No sé, hay que intentar localizarlo y averiguar qué relación tenía con él —concluyó Fuentes.

Matías despejó la mesa, vio la cartulina que habían escrito el domingo, la escondió bajo unos periódicos y trajo una nueva. Fuentes recordó que el nombre de Mario figuraba en ella y comprendió que ese era el motivo para desecharla.

—Venga —dijo el hombre—. Vamos a hacer como el otro día, que tenemos novedades.

Le pasó el rotulador a Fuentes, que apuntó:

1-Jesús Arana. ¿Jorge Huertas? ¿Chantaje? ¿Sicario? ¿Operación Mio Cid?

2-Asunto Torre Baltasara: hablar con médico.

Rosa levantó la mano.

—No creo que sea importante, pero he recordado que ese verano los de la Fundación Ashraya querían poner caballos y le preguntaron a José si sabía dónde conseguirlos.

Fuentes anotó:

3-Fundación Ashraya. ¿Caballos?

4-X (persona desconocida, motivo desconocido)

Prudentemente, no anotó nada más que pudiera estar relacionado con

Rosa o con Mario, eso ya lo averiguarían cuando ella no estuviera presente.

Iñaki dijo:

—Lorena y yo vamos a buscar en la prensa nacional si hay algo sobre la operación Mío Cid.

—Rosa y yo podemos ocuparnos de localizar a don Rosendo —añadió Carmen.

—Muy bien —terminó Fuentes—. Matías y yo podemos intentar localizar a Jorge Huertas. Nos quedará pendiente ver si lo de los caballos puede tener relación con la muerte de José.

—Ya miraremos —dijo Matías—, pero no creo. José no sabía nada de caballos, como mucho podía darles el nombre de alguien de la zona. Y lo que hay en sus papeles de veterinarios y productos tiene que ver con vacas, aunque tampoco sé el motivo porque nunca tuvo animales.

Todo el mundo estuvo de acuerdo y se repartieron el espacio para no molestarse. Fuentes y Matías se instalaron en la cocina. Mientras el dueño de la casa fregaba los platos, Fuentes estuvo buscando a Jorge Huertas en las redes sociales. Solo aparecía en Facebook, pero llevaba dos años sin publicar nada. Eso no significaba gran cosa, la gente con frecuencia se hartaba de esas aplicaciones. Lo único raro es que coincidía en el tiempo con el fin de los pagos.

Comentó con Matías y decidió llamarlo con cualquier excusa para averiguar si seguía en la misma dirección. Luego ya pensaría cómo abordarlo.

Llamó al móvil y escuchó un mensaje que decía que ese número no estaba operativo. Miró a Matías.

—¿Cree que sería posible llegar a Medina de Pomar con esta nevada?

El hombre se acercó a la ventana.

—Sí, podemos llegar, pero mejor con mi coche, que es más alto. En condiciones normales nos llevaría diez minutos, hoy no sé. Lo que es seguro es que, si vive allí, estará en casa.

Explicaron su plan a los demás. Carmen no estaba muy convencida de que fuera prudente, pero Rosa la tranquilizó y los hombres salieron. Fuentes se sentía Amundsen y disfrutaba por anticipando imaginando la cara que pondría Fernando cuando se lo contara.

Llegar a Medina de Pomar les llevó menos de lo que se habían temido. Encontraron la casa con facilidad y subieron al segundo piso, donde

se suponía que vivía el hombre. Nadie respondió e insistieron. Al poco rato salió una mujer en bata y zapatillas de la puerta de enfrente.

—Ahí no vive nadie —les dijo.

—¡Vaya! —dijo Fuentes—. ¿Se han mudado? Buscamos al señor Huertas.

—Huertas murió hace dos años. La viuda se mudó hace tres meses.

Los dos hombres se quedaron muy decepcionados con la noticia.

—¿Y sabe dónde podemos encontrarla?

La mujer se metió dentro y volvió a salir con un trozo de papel y varios sobres.

—Ahí tienen la dirección y el teléfono. Si van a verla, hagan el favor de llevarle estas cartas, que no está el tiempo para dar paseos.

Agradecieron el favor a la vecina y cogieron las cartas.

Matías y Fuentes discutieron un momento si era mejor llamar o ir directamente, pero decidieron dirigirse al nuevo domicilio de la mujer, que se llamaba Silvia Galán.

Llamaron al telefonillo y una voz de mujer respondió al instante.

—Le traemos correspondencia, de parte de su vecina de la calle Laín Calvo —dijo Fuentes.

—Gracias —respondió la mujer—. Pueden dejarla en el buzón.

Y abrió la puerta. Matías miró a Fuentes con expresión preocupada.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo.

—Pues subir —contestó Fuentes—. Ya improvisaré algo.

Matías le miró con una admiración que hizo esponjarse a Fuentes.

Llamaron a la puerta del cuarto primera y les abrió una mujer que había sido muy hermosa. Tendría unos cincuenta años, llevaba el pelo sin teñir recogido en una coleta y ni gota de maquillaje, pero no le hacía falta, seguía siendo una mujer que atraía las miradas.

—Les he dicho… —comenzó a decir.

Fuentes la interrumpió mientras le tendía los sobres.

—Sí, ya sé, pero queríamos hablar con usted.

—¿De qué? —la mujer parecía desconfiada.

—De una deuda que tenía un hombre con su marido.

—¿Quién?

—Jesús Arana —respondió Fuentes siguiendo la inspiración del

momento—. ¿Podemos pasar?

—No —respondió ella tajante—. Esperen un momento.

Les cerró la puerta en las narices y ambos se miraron desconcertados, pero al minuto volvió a abrir enfundada en un abrigo y les dijo.

—Hay un café aquí abajo. Podemos hablar allí.

Bajaron en silencio en el ascensor y permanecieron callados hasta tener unos cafés servidos en la mesa.

—Ustedes dirán —dijo ella.

Fuentes miró a la mujer de expresión seca a la que no parecía nada fácil engañar. Decidió contar la historia más parecida a la verdad posible.

—Es una historia un poco complicada. El sobrino de mi amigo —señaló a Matías— ha venido a desmontar una casa en el pueblo donde es alcalde Arana. Su familia tuvo un conflicto con él hace años, mi amigo era un crío entonces. Desmontando la casa ha encontrado unos papeles que apuntan a que, efectivamente, el alcalde hizo unas maniobras trapaceras que perjudicaron a su familia.

—¿Y qué tiene que ver mi marido en esta historia? —preguntó ella con una mirada que parecía descubrir cualquier intento de mentira.

—Espero que no se enfade ni nos denuncie —se arriesgó Fuentes—. Investigamos las cuentas de Jesús Arana y descubrimos que le hacía un pago todos los meses a su marido. No se ofenda, pensamos que igual le pagaba por no revelar información.

En ese momento la mujer se levantó y salió del local.

Los dos hombres se miraron preocupados.

—Se ha ofendido —dijo Matías.

—Igual sí —contestó Fuentes—, pero no se me ocurría qué decir. Creo que hubiera pillado cualquier embuste. Tiene una mirada que te taladra.

Entonces Matías hizo un gesto con la mano. La mujer no se había ido. Estaba fumando en la acera con expresión pensativa. Minutos después, tiró la colilla al suelo y volvió a entrar en el local.

Se sentó a la mesa y miró con fijeza a los dos hombres.

—Ya saben que mi marido murió hace dos años. No conservo papeles de trabajo ni documentos suyos. Lo tiré todo. De manera que no creo que pueda ayudarles en nada, pero puedo asegurarles que, si Jesús Arana estaba por medio, seguro que había un asunto oscuro detrás. Mi marido trabajaba de

administrativo para un partido que se llamaba Burgos Tradición, aunque hacía tareas muy diversas, no se limitaba al trabajo de oficina. Nunca se fio de Arana, lo consideraba un trepa. No sé si sabrán que hubo un escándalo con ese partido.

Los hombres asintieron.

—La víspera de que se desvelase el escándalo en el partido lo pilló borrando archivos del ordenador. Cuando mi marido entró, Arana dejó lo que estaba haciendo y salió del despacho. Mi marido hizo copia de todos los documentos que quedaban porque ya sospechaba que iba a estallar una tormenta. Después, con todo el lío que se formó, se quedó en paro y pasamos una época muy difícil. Jorge decidió hacerle chantaje por necesidad y por rabia. Sabía que estaba tan implicado como el que más y le reconcomía que se hubiera ido de rositas.

La mujer hizo una seña al camarero y pidió un vaso de agua. Su expresión estaba todavía más sombría.

—Pero mi marido tampoco era un tipo honrado. Se acostumbró a esos ingresos extra. Le parecía que se lo merecía y siguió cobrando, incluso después de encontrar trabajo. Yo le dije muchas veces que ese dinero solo nos traería complicaciones, pero no me hizo caso. Yo temía que Jesús Arana se hartara de pagar, pero hasta para eso tuvo suerte: Jorge murió de un accidente de coche.

—¿Cree que el alcalde pudo tener algo que ver?

La mujer negó con la cabeza.

—No, fue un choque con un camión. Jorge se saltó un *stop*. El pobre camionero se quedó hecho polvo, incluso vino al funeral. Me gustaría poder echarle la culpa a Arana de eso, pero no fue así.

Miró a Matías.

—Espero que su sobrino consiga demostrar algo, aunque ese hombre es escurridizo como una anguila. Después de la muerte de mi marido encontré una caja con disquetes que ponía «Arana» y se la mandé con una nota que decía que no quería saber más de él en lo que me quedaba de vida. Es un mal bicho, no quiero tenerlo de enemigo.

*

Iban callados en el coche de vuelta a Fuenrota. Por fin, Matías dijo:

—Tenemos más datos de que Jesús Arana es un hijo de puta, pero

nada que le acerque más a ser el responsable de la muerte de José.

—Ya —respondió Fuentes—. Pero quizás hay algo que aún no hemos descubierto.

CAPÍTULO 20 (Iñaki)

A Iñaki le dolía la cabeza de tanto mirar la pantalla del ordenador. Decidieron hacer una pausa con Lorena. Carmen y Rosa habían llamado a don Rosendo, pero estaba en la siesta y se dedicaban a revolver las notas y cartas de José por enésima vez. Se acercó a la ventana. Seguía nevando. Aquello empezaba a parecer el diluvio universal, pero con nieve. Fuentes los llamó a la salida de Medina de Pomar y suponía que ya no podían tardar mucho. ¿Por dónde continuar? Lorena se acercó a la ventana y le ofreció una taza de café que él aceptó. Ella le puso la mano en el hombro y volvió a notar un cosquilleo en toda la piel del cuerpo. Esperaba poder pasar de nuevo la noche con ella. En ese momento, eso le parecía más importante que descubrir al asesino de su tío. Aunque ese asunto era como una sombra que le ataba al pasado y no le dejaba avanzar. Quería quitarse todos los pesos de encima para disfrutar de lo que pudiera ofrecerle la relación con Lorena. La chica lo miró con cariño y preguntó:

—¿Qué quieres que hagamos?

Iñaki meneó la cabeza.

—La verdad es que no sé. Tengo la cabeza embotada.

—¿Llamamos a Kiran a ver que nos dice de los caballos?

Él se encogió de hombros.

—Por probar…

Y sacó el móvil.

Kiran contestó enseguida.

—Hola, Kiran. Soy Iñaki Aduriz, el sobrino de José.

La voz de Kiran sonó amable al contestar.

—Hola, Iñaki. ¿En qué puedo ayudarte?

—Estamos revisando papeles de mi tío y aparecen cosas sobre veterinarios y piensos. Nos han dicho que en esa época pensasteis en tener caballos, ¿os ayudó mi tío en ese asunto?

—¡Qué memoria tiene la gente! Yo casi lo había olvidado. Es verdad que pensamos en tener caballos. Criarlos y montar una especie de picadero. Todo basado en el amor por los animales, por supuesto.

—Ya, como en *El hombre que susurraba a los caballos*…

Kiran rio.

—Sí, aunque fue antes de la película. Preguntamos a tu tío, pero nos dijo que él no sabía nada de caballos. Nos dio el nombre de un hombre que criaba y vendía caballos en Espinosa de los Monteros. Nos pusimos en contacto con él, pero después de hacer números, no nos salían las cuentas. Andábamos muy justos de dinero y era imposible conseguir un préstamo. De todas formas, José solo nos proporcionó el nombre de ese vendedor, si te interesa lo tengo por algún sitio. No volvimos a hablar del tema.

Iñaki le agradeció la información y dijo que no necesitaba el nombre del criador de caballos.

Hizo un resumen de la conversación a sus compañeras.

Rosa dijo:

—Ya me figuraba que no sería importante, pero era por buscar alguna conexión. Acabo de recordar que tengo en casa una caja con cartas, fotos y cosas de José. El diario lo quemé, pero esas cosas las conservé. ¿Me acompaña a buscarlas, Carmen?

Carmen asintió y las dos mujeres salieron. Iñaki y Lorena se quedaron solos. Se sentaron frente a la chimenea y se besaron disfrutando de ese momento de intimidad.

—No me importaría que nevara un mes seguido —dijo él.

—Ni a mí —respondió Lorena.

Estuvieron un rato acurrucados en el sofá hasta que oyeron un coche a lo lejos. Se levantaron en el acto, como impulsados por un resorte, aunque el coche no paró allí.

Lorena se echó a reír.

—¡Parecemos dos adolescentes!

Iñaki observó con pena que ella se dirigía de nuevo a la mesa. Consultó el ordenador de Matías con expresión concentrada. Abrió un

documento de Excel y comentó:

—Hay una cosa que no hemos probado… —dijo.

—¿Qué? —preguntó Iñaki.

—Aquí está todo el listado de llamadas que hizo José. Matías y Fuentes han estado cotejando con las agendas de tu tío y han hecho un listado, pero hay un par de números a los que llamó varias veces en los últimos días que no figuran en la agenda. Deberíamos averiguar a quién pertenecen.

Iñaki se asomó por encima de su hombro.

—Vete a saber si están operativos. Hoy en día, con los móviles, mucha gente ya no utiliza los fijos. ¿Cómo hacemos? Llamamos, ¿y por quién preguntamos?

—Déjame a mí —respondió Lorena muy resuelta—. Diré que soy de la compañía telefónica, o del ayuntamiento o cualquier cosa.

Iñaki rio y la besó en el cuello.

—Te están volviendo una mujer sin escrúpulos. Un cruce entre la jefa y Fuentes.

Ella le dio una colleja por respuesta y marcó el primero de los números. Al tercer tono saltó un contestador.

«Está usted llamando al Instituto Químico Poveda. Nuestro horario es de lunes a viernes de ocho treinta a seis. Puede dejar su mensaje o llamar en horas de oficina».

Sorprendida, se giró hacia Iñaki.

—Es el Instituto Químico Poveda. Busca información mientras llamo al otro número.

Cambiaron de asiento e Iñaki comenzó a teclear. Lorena hizo la llamada. Una voz de hombre respondió casi de inmediato.

—Centro de Bioinvestigación Hipócrates, ¿en qué puedo ayudarle?

—¡Esto es rarísimo, Iñaki! Primero un instituto químico y ahora un centro de bioinvestigación. ¿Para qué podía querer tu tío hablar con ellos?

Iñaki también estaba perplejo.

—No tengo ni idea. Le preguntaremos a Matías cuando venga. Por lo que he leído, el Instituto Químico Poveda está enfocado a temas de agricultura y ganadería. Hay un área de investigación y también ofrecen servicios a particulares y empresas para análisis varios: de aguas, terrenos y otras cosas. Quizás mi tío tenía algún problema en sus tierras, pero no veo que pueda tener

ninguna relación con su muerte.

Calló y siguió tecleando en el ordenador.

—Pues lo del Centro Hipócrates todavía es más raro. Dependen de una fundación suiza. Está relacionado con la Facultad de Medicina y la de Biología y parece que allí se realizan varias tesis. Su área de investigación se centra, principalmente, en toxicología.

—Bueno, las dos cosas parecen relacionadas —dijo Lorena—. O tenía algo que ver con un problema en el campo, en las aguas de riego o algo así, o no tengo ni idea. Yo también dudo que sea importante respecto a su muerte.

En ese momento oyeron un coche que sí paraba frente a la casa. Se dieron un beso apresurado y después se sentaron a ambos lados de la mesa con aire culpable.

—¡Hola, parejita! —dijo Fuentes al entrar—. Hace un frío del carajo.

Iñaki y Lorena se miraron sobresaltados ante el saludo, hasta que comprendieron que la expresión no denotaba ningún descubrimiento, era solo la forma de hablar de Fuentes.

Aún no se habían quitado los abrigos, cuando Carmen entró en la casa sola.

—¿No viene Rosa? —preguntó Matías.

—No. Mario ya estaba en casa y se ha quedado a prepararle la cena. Él estaba un poco enfurruñado, se debe sentir abandonado. De todas formas, me ha pasado la caja de recuerdos de José. Es curioso, me la ha dado de extranjis. No sé si a estas alturas este hombre se va a poner celoso. Qué individuo más tonto… Dice que no le importa que leamos las cartas, que ha pasado ya mucho tiempo, pero creo que debería leerlas solo Iñaki. No veo la necesidad de airear sentimientos si no guardan relación con el caso.

Dejó la caja sobre la mesa y los demás contaron sus descubrimientos de la tarde. Comenzaron Fuentes y Matías.

—Y eso ha sido todo, tendríais que ver cómo es esa mujer. No entiendo que el Huertas ese se atreviera a hacer nada sin su permiso. Tiene una mirada que te atraviesa.

—Bueno —dijo Iñaki—, eso nos demuestra una vez más que el alcalde es un sinvergüenza, pero no parece tener ninguna relación con su muerte.

Y pasó a explicar las llamadas y la información que habían

conseguido del Instituto Poveda y el Centro de Bioinvestigación Hipócrates.

Cuando terminó, todos miraron a Matías esperando una explicación. El hombre parecía asombrado.

—No tengo ni idea de qué puede ser. En la vida he oído hablar de esos sitios, a saber qué quería José de ellos…

Se hizo un momento de silencio. Iñaki tenía la sensación de estar dando vueltas alrededor de la vida de su tío sin conseguir acercarse a los motivos que llevaron a alguien a matarlo. Se le debió notar en la cara el desánimo, porque Carmen cogió la caja que le había dado Rosa, sacó un paquete de cartas y dijo:

—Venga, aquí hay más cosas para mirar. ¡Aquí no se tira la toalla nunca jamás!

CAPÍTULO 21 (Lorena)

Todos estaban cansados, pero a la vez había un ambiente de excitación. Los últimos descubrimientos los habían animado, se sentían más cerca de conseguir algo.

Matías propuso:

—Vamos a poner las noticias, a ver qué dicen del tiempo y mientras picamos algo. Después, si no estáis cansados, seguimos otro rato.

Lorena aprovechó el cambio de actividad para sentarse junto a Iñaki. Le pareció que Carmen se daba cuenta de su movimiento, pero se dijo que estaba empezando a obsesionarse con el secreto y procuró quitárselo de la cabeza.

Fuentes ayudó a Matías, parecían haber hecho muy buenas migas. Dispusieron pan, fiambre y fruta en una mesa baja y empezaron a comer mientras miraban un informativo.

Primero salió la consabida reportera vestida como Nanuk, el esquimal junto a la catedral de Burgos, como ejemplo de la provincia más castigada. Después, un meteorólogo explicó con detalle cómo la causa era un frente cálido del Atlántico Norte que se había desplazado al este. La nieve era consecuencia de la interacción del aire caliente y húmedo con una masa de aire frío de la península. Prosiguieron con imágenes de niños luchando con bolas de nieve o construyendo muñecos. Las escuelas estaban cerradas en varias provincias y en algunas zonas había incluso problemas de suministros. El ejército se iba a encargar de acudir a los puntos más problemáticos. Por lo pronto, se esperaba que el temporal todavía durase uno o dos días.

Ciertamente era una situación complicada y mucha gente lo estaría pasando mal, pero ella no podía evitar disfrutar de lo excepcional de la

situación. Le recordaba a la infancia, cuando cualquier cambio era bienvenido, aunque fuera que vinieran pintores a casa. Y además eso prolongaba también ese tiempo especial con Iñaki. No había que pensar ni decidir, solo dejarse llevar.

Fuentes dijo en alto más o menos lo mismo que ella pensaba:

—Pues mire, jefa, seguro que Landa está que trina, pero yo estoy encantado con estas vacaciones de invierno que nos han caído del cielo, y nunca mejor dicho.

Incluso Carmen parecía estar disfrutando de la situación.

—No crea, Landa está bastante tranquilo. He hablado con él y dice que no nos preocupemos —respondió mientras se servía una generosa porción de queso.

Prácticamente no se dio otra información en el boletín y, cuando terminó, apagaron la televisión.

Iñaki le pidió que le ayudara con las cartas de su tío a Rosa y se las repartieron mientras los demás examinaban el resto del contenido de la caja.

Le parecía fascinante lo de la correspondencia, como algo propio de novela del siglo XIX. Ella no recordaba haber escrito ninguna, más allá de las que redactaban en el colegio cuando aprendían a escribir y que su madre guardaba en una caja cual oro en paño. De muy joven mandó alguna postal, pero cartas… Sacó la primera del montón:

Querida Rosa:

Estamos teniendo un invierno durísimo. Supongo que en Londres tampoco hace calor, pero al menos tendrás montones de cosas que hacer y sitios a donde ir. Esto está muy muerto. Javier se ha ido a trabajar a Burgos y no viene ni los fines de semana, Rafa está estudiando en Zaragoza y aquí quedamos cuatro gatos: Mario, Antonio y yo, y para de contar. Chicas aún hay menos, todo el mundo se va en cuanto puede. Siempre nos queda la pelma de Rosarito, pero ya sabes que no es santo de mi devoción. Voy a dejar de quejarme, que, si no, dejarás de escribirme por pesado. Trabajo hay poco en esta época y me he dedicado a arreglar algunas cosas en casa, así está contenta mi madre. También estamos organizando un cineclub en Espinosa de los Monteros. Empezamos el sábado que viene. Vamos a poner Memorias de África*, a ver si se anima bastante gente. Estoy por hacerme amigo de los*

de la secta, al menos son de mi edad. Es broma, en el pueblo me apedrean si me ven con esos, pero a mí no me parecen tan mala gente. Una vez que aclaramos lo de las tierras, no han vuelto a dar guerra. Más peligroso me parece el alcalde, y todo el mundo le hace la pelota.
Bueno, cuéntame todo lo que haces, si vas a conciertos, qué tal es la familia que te ha tocado, si te has echado un novio inglés… Aunque me muera de envidia, quiero saberlo todo.

Un abrazo,

José

La carta era sencilla, la de un amigo que cuenta su día a día, pero de alguna forma la conmovió. Se imaginó a Rosa, que quizás no lo estaba pasando tan bien en Londres, que tal vez cuidaba a unos niños pesados y no tenía dinero para conciertos ni caprichos y disfrutaba de las cartas de su amigo. ¿Se gustarían ya entonces? ¿O habría sido repentino, como ella e Iñaki? Aunque la noche anterior, Iñaki le confesó que estaba enamorado de ella desde hacía mucho tiempo.

Se obligó a volver a las cartas. No había nada de interés. Hablaba de cosas del pueblo, de libros que había leído o discos que había comprado. Se veía que tenía intereses más allá del campo y Lorena imaginó que quería que Rosa lo supiera.

Las que leyó Iñaki tampoco aportaron nada nuevo. Los demás habían revisado el resto de cosas que contenía la caja: un batiburrillo de fotos, posavasos, entradas de cine, boletos de ferias…, el tipo de cosa que a uno le parece importante guardar de joven, como si los recuerdos se pudieran embotellar. Lorena tenía una caja parecida, con papelitos escritos por el chico que le gustaba, entradas de conciertos, una foto recortada de la *Súper Pop*, un llavero que ya no recordaba por qué era importante. Algunas cosas no habían cambiado tanto.

En ese momento sonó el teléfono de Carmen. Era Rosa y lo puso en altavoz para que todos pudieran oír la conversación.

—He llamado a don Rosendo, el médico de Torre Baltasara. Se acordaba perfectamente de José. Su muerte le impresionó mucho, precisamente porque aquel verano se vieron varias veces. Dice que en su día

estuvo pensando para qué quería la información José, pero como no le parecía que tuviera nada que ver con su muerte, no lo comentó con nadie. Por lo visto, fue a verle y le preguntó si había observado algún cambio en la salud de los habitantes del pueblo; algo que pudiera ser achacado a una intoxicación. Don Rosendo se sorprendió mucho y de entrada le dijo que no había percibido nada raro, pero José volvió y le preguntó más concretamente por temblores, nerviosismo o dolores de cabeza. Don Rosendo quiso saber por qué lo preguntaba, pero él dio una respuesta un poco vaga de que se habían dado casos en algunos pueblos de rastros de alguna sustancia tóxica en el agua y quería saber si Torre Baltasara estaba entre ellos para pedir una inspección.

—¿Y había encontrado algo? —preguntó Carmen.

—De entrada, al médico le pareció que no, pero se puso a repasar los historiales de los pacientes atendidos en los últimos meses y sí vio algunos síntomas que no supo explicarse y varios análisis de sangre con alteraciones de la función tiroidea. Llamó a José para decírselo, pero poco después mi tío fue asesinado. Don Rosendo siguió preocupado y habló con los responsables de Sanidad, que hicieron unos análisis del agua y no encontraron nada. De todas formas, el médico cree que fue una alarma infundada porque no volvió a ver nada raro en la salud de sus pacientes. Cree que igual se obsesionó con lo que le había contado José y tomó por síntomas relacionados lo que eran solo casualidades.

Hizo una pausa y oyeron que hablaba con Mario, pero no entendieron qué decía.

—Os dejo —dijo Rosa—. Ya hablaremos mañana.

Cuando colgó todos rompieron a hablar a un tiempo.

—Pues parece que sí iba tras algo...

—¡Seguro que esos institutos tienen algo que ver!

—¿Y no habría que hablar con el médico de aquí?

Lorena, sin darse cuenta de lo que hacía, apretó la mano de Iñaki, pero la soltó enseguida y miró alrededor. Todos estaban tan emocionados que nadie había reparado en el gesto.

Carmen levantó una mano pidiendo silencio.

—Yo creo que esta noche no podemos hacer más gestiones. Es tarde para molestar al médico de aquí y los institutos de investigación estarán cerrados. Mejor descansamos y mañana lo organizamos todo.

Fuentes y Matías parecían decepcionados por no hacer nada más, pero Iñaki y Lorena se miraron con complicidad. Ellos tenían cosas mucho más importantes de las que ocuparse.

CAPÍTULO 22 (Carmen)

Cuando llegaron al hotel, Carmen dijo que estaba cansada y se iba a acostar pronto. Fuentes quería quedarse un rato de charla, pero ella le pidió que la acompañara un momento porque le quería enseñar una cosa.

Al llegar al piso de los dormitorios, Fuentes dijo:

—Pues usted dirá, Carmen.

—Procure dejar un rato solos a Iñaki y Lorena, creo que les apetece.

—¿Usted cree que hay tema? —dijo entre sorprendido y regocijado.

—Bueno, no sé si tanto, igual es que como son jóvenes les gusta charlar de sus cosas. En cualquier caso, me parece que hay que dejarlos un poco a su aire.

—Vale, vale. Me tomaré una caña con Antonio y subo a acostarme.

Carmen, que en realidad no estaba cansada en absoluto, aprovechó para hablar con su marido y con su madre. Mikel estaba bien. Le contó que su hijo Ander había vuelto sin problemas de Suecia. Su madre tenía ganas de charla.

—¿Tienes Instagram? —le preguntó.

Carmen contestó que no.

—Hija, qué antigua eres. Yo sí. Ahora hago directos en Instagram —dijo orgullosa—. Luego, si lo haces bien, los puedes guardar. Me ha enseñado una amiga de Glenda. Bueno, le ha enseñado a ella, que es la que me graba. Enseño a cocinar a jóvenes. Fue idea de Ander. Yo hago la receta y les enseño algunos trucos: por ejemplo, que para hacer besamel la leche ha de estar caliente para que no queden grumos.

Carmen se asombró una vez más. Se veía a punto de convertirse en una de esas ancianas que les piden a sus hijos que pongan una película en la

tele porque ya no entienden ni el mando a distancia, mientras su madre estaba a nada de ser una *influencer*. También la asombraba el cambio con relación a la cuidadora. Había sido una verdadera batalla conseguir que aceptara tener una persona interna y pasó meses quejándose de la mujer por todo. Ahora, sin embargo, parecían inseparables. Su madre tejía chaquetitas para los nietos de Glenda en Colombia y se embarcaban juntas en proyectos de Instagram. Mejor así, un asunto menos del que preocuparse.

Se preguntó si de lo que debía empezar a preocuparse era de la historia entre Iñaki y Lorena porque, estaba segura, ahí había tema, como decía Fuentes. Su vena casamentera se alegraba, le gustaban los dos y sabía que hacía tiempo que Iñaki estaba prendado de la chica, pero le daba miedo que la cosa no fuera bien. No estaba tan segura respecto a los sentimientos de Lorena y si la relación se truncaba, Iñaki lo pasaría muy mal y el ambiente de trabajo de su equipo se resentiría. El tema escapaba a su control, tendría que esperar y ver.

Todavía se sentía inquieta, sin ganas de dormir ni de leer. De haber estado en casa, hubiera sido el momento ideal para sacar sus fichas y rotuladores de colores. Era un procedimiento que utilizaba desde hacía años: lo primero era una ficha para la víctima, cuyo nombre escribía en rotulador negro. Después, empezaba a escribir fichas con colores cálidos de personas del círculo más cercano a la víctima: amarillos, anaranjados, rojos… A continuación, venían las personas que tenían una relación más casual. Para esos utilizaba azules, verdes y violetas. Era un procedimiento absurdo, pero la ayudaba a ordenar las ideas. Rebuscó en su bolso y sacó un cuaderno de notas y un bolígrafo azul. Tendría que conformarse con eso.

¿Qué sabía de José? Empezó a anotar sin reflexionar, lo que iba surgiendo: tenía treinta años, vivía con su madre, trabajaba en el campo, era medio novio de Rosa, Mario era su mejor amigo, tuvo problemas con el alcalde por no venderle unas tierras, los de la fundación Ashraya le ocuparon un campo, tenía alguna preocupación por productos químicos…

Miró pensativa la ficha. Quizás más tarde se le ocurriera algo más. Preparó fichas con los nombres de Rosa, Mario, Jesús Arana y, después de dudar un rato, Matías. Este último no porque fuera sospechoso, sino porque podía conocer cosas de la víctima que los ayudaran a descubrir la verdad. Dispuso los papeles en círculo sobre la cama. El de José en el centro; Rosa,

Mario, Arana y Matías, alrededor. En otro círculo exterior colocó las notas sobre Kiran, Indira, Ramiro, el padre Ángel, Micaela y don Rosendo.

Pasó un rato escribiendo todo lo que se le ocurría en las fichas. Después se quedó mirando el conjunto. Añadió otra con el nombre de Jorge Huertas con un interrogante. Tras pensar otro rato arrancó dos hojas más de la libreta y apuntó Centro Hipócrates e Instituto Químico Poveda.

Era posible que el quid de la cuestión estuviera en esos centros y en la información que facilitó don Rosendo, pero ¿cómo acceder a ella? No podían llamar por teléfono para preguntar qué pasó con un hombre de un pueblo veinticinco años atrás. Sería mejor acudir en persona, pero ¿dónde estarían esos lugares? Buscó información en su móvil. El Instituto de Bioinvestigación Hipócrates se hallaba en Burgos. No creía que fuera posible llegar hasta allí. En cualquier caso, era una temeridad. El Instituto Químico Poveda estaba en Villarcayo, mucho más cerca. Parecida distancia que a Medina de Pomar. Era difícil pero posible. Lo primero era hablar con el médico de Fuenrota, ver si también se dirigió a él.

Por fin, decidió guardar todos los papeles y leer un rato. Le costaba concentrase, tuvo que volver atrás y recomenzar el capítulo porque se dio cuenta de que no se había enterado de nada. Por fin se durmió. Se despertó a las seis de la mañana. Como había supuesto, la cama de Lorena permanecía vacía. Se levantó y se acercó a la ventana. En ese momento no nevaba, pero la capa inmaculada frente a la puerta del hotel hacía suponer que sí lo había hecho durante la noche. Fue al cuarto de baño y de pronto oyó la puerta de la habitación. Lo lamentó de verás por Lorena. De haber estado en la cama, se hubiera hecho la dormida, pero ahora…

La joven se quedó clavada junto a la puerta. Llevaba los zapatos en la mano, en su afán por ser sigilosa.

—Acuéstate, anda, que vas a coger frío —Carmen intentó aparentar naturalidad—. Todavía podemos dormir un rato.

—Yo… —dijo Lorena.

—No tienes por qué dar explicaciones. Ni a mí ni a nadie —la interrumpió Carmen.

—¿Cree que he hecho mal? Igual piensa que mezclar relaciones y trabajo no está bien.

—No, Lorena. No soy una mujer tan rígida como todos parecéis

suponer. Creo que las cosas pasan. A veces de una forma fácil y sencilla, y otras no tanto. En el trabajo pasamos muchas horas al día, probablemente es el sitio donde más tiempo estamos. Raro sería que no se dieran relaciones. Lo importante es que estéis bien y no os sintáis incómodos. No tenéis nada que esconder. Incluso se lo podéis decir a Fuentes, si os sentís capaces de soportar que os llame tortolitos y le haga guiños a Iñaki por las mañanas.

Lorena se llevó las manos a la cabeza.

—No sé si estoy preparada para tanto —dijo—. Sí… Además, no sé si ya imagina algo. Cuando ha subido a acostarse nos ha dicho: «Os dejo, que tendréis cosas que hablar» con mucho retintín.

Ya estaban a punto de dormirse cuando Carmen dijo:

—Lorena.

—¿Qué?

—Ten cuidado con Iñaki, ¿vale? Si no estás segura, no le des falsas esperanzas.

Lorena se giró hacia ella.

—Lo que menos quiero en el mundo es hacerle daño a Iñaki, se lo juro.

—Ya, ya, pero a veces las cosas se complican. Buenas noches. No me hagas mucho caso. En realidad, me parece que hacéis muy buena pareja.

CAPÍTULO 23 (Fuentes)

Después de un contundente desayuno a base de huevos con jamón, tostadas y café que había tomado en solitario, Fuentes decidió aceptar la oferta que le había hecho Antonio y probar a caminar con raquetas de nieve. No podía entender lo que dormían sus compañeros. Claro que, si tenía razón la jefa, la parejita poco habría dormido. Tendría que sonsacar a Iñaki, estas cosas entre compañeros se podían hablar… No sentía ningún remordimiento por el desayuno, consideraba que el frío lo justificaba plenamente, estaba seguro de que las bajas temperaturas fundían completamente las calorías.

Antonio le enseñó cómo fijar las raquetas a las botas y le prestó unos bastones. Tras dar unos pasos por el jardín del hotel, se sintió preparado para ir hasta casa de Matías. Dejó las llaves de su coche para que los demás lo utilizaran cuando quisieran reunirse con ellos.

Eran las ocho y media y no había un alma en la calle. El día estaba frío pero despejado. La nieve sin pisar crujía bajo las raquetas. De joven le había gustado ir al monte, pero los años, los turnos y la pereza, a qué negarlo, lo habían alejado de esa afición. Se sentía bien caminando solo, con el aire helado en la cara. Cuando tuviera casa en Fuenrota, volvería al monte.

Matías era más madrugador que sus compañeros. Ya tenía la chimenea encendida, el café preparado y la mesa con todos los papeles ordenados y lista para trabajar.

—¿Por dónde vamos a empezar? —preguntó Matías.

—Por tomarnos un café mientras esperamos a la panda de las marmotas, aunque no sé yo si los jóvenes han dormido mucho —dijo haciendo un guiño picarón a su amigo.

Matías no pareció sorprendido.

—Ojalá —dijo—. Yo creo que Ignacio bebe los vientos por esa muchacha. Pero habrá que esperar a que nos cuenten ellos.

Fuentes tomó nota mentalmente de no decir nada en público. Si Matías pensaba así, la jefa seguro que le daba con un palo si hacía algún comentario. Ahora bien, en cuanto estuviese con Iñaki a solas lo iba a someter al tercer grado.

Mientras tomaba otro café se dirigió a Matías.

—¿El médico de Fuenrota es el mismo que había entonces?

—Sí, es más joven que don Rosendo. Don Agustín.

—¿No te parece raro que Iñaki fuera a hablar con el de Torre Baltasara? ¿No se fiaba del de aquí?

—No, no. Don Agustín es muy buen médico, mejor que don Rosendo. José nunca necesitó mucho de médicos, pero cuando su madre estuvo mala, don Agustín la trató fenomenal y se curó. Yo creo que lo primero que tenemos que hacer es hablar con él y averiguar si también le había comentado algo.

Cuando los demás llegaron, Fuentes les contó su idea de ir a ver al médico con Matías. A los demás les pareció bien y quedaron en buscar información sobre los síntomas que había mencionado don Rosendo para averiguar qué podía causarlos.

Por suerte, la casa de don Agustín estaba muy cerca de la de Matías y pudieron llegar sin dificultad.

Les abrió el propio médico, que tenía la consulta en la parte baja de su domicilio, herencia de tiempos remotos, cuando en el pueblo se contaba con casa para el médico y el maestro.

Les hizo pasar a la consulta, pensando que Matías estaba enfermo.

—Mal tienes que estar, Matías, para salir con este tiempo. Llevo dos días sin ver a nadie. Se han curado todos, hasta un par de clientas que vienen día sí, día también.

Matías le aclaró que se encontraba perfectamente y le dijo cuál era el verdadero motivo de su visita.

—…y nos gustaría saber si vino por aquí con una consulta semejante —terminó.

El médico los miró con extrañeza.

—¿Cuál es el motivo que lleva a Ignacio a interesarse por esas cosas?

Fuentes improvisó y dijo que estaba reconstruyendo los últimos meses

de la vida de su tío, que era una historia que siempre le había impresionado y quería escribir algo para la familia.

Don Agustín enarcó las cejas, como dando a entender que le parecía una explicación peregrina, pero contestó.

—Pues sí, vino con esas preguntas a principio de verano. Me pareció extraño, pero, como no pedía ningún dato personal que pudiera afectar al secreto profesional, le contesté. No había observado nada parecido a lo que se refería. De hecho, eran meses de poco trabajo: los ancianos con enfermedades crónicas, algún accidente, rasguños y heridas en los niños y poco más. Como parecía muy interesado y preocupado por algo relacionado con la intoxicación de las aguas, miré las fichas de todos los pacientes atendidos en los tres últimos meses, pero no encontré nada. Me pareció extraña su preocupación y pensé si correría algún rumor de que los de la secta estaban envenenando el agua de los pueblos de la zona. Se dieron problemas y muchas habladurías respecto a ellos. De todas formas, me extrañaba viniendo de José; era un hombre muy sensato. No se me ocurría de dónde le podía venir la preocupación.

—¿Y ahí se zanjó el asunto?

—Sí —respondió el médico—. No volvimos a hablar del tema. Creo que se quedó tranquilo.

Matías y Fuentes abandonaron la consulta después de agradecer su ayuda al médico.

De vuelta a casa se toparon con Micaela, que con ayuda de una pala estaba despejando la entrada de su casa. Matías le ofreció su ayuda, que la mujer aceptó. Los invitó a pasar a calentarse un poco y tomar un café para agradecer la ayuda. Fuentes recordaba el nombre, era la mujer que habló con Carmen y Lorena.

—¿Estás malo, Matías? —preguntó ella mientras les servía el café.

—Nada de cuidado —respondió Matías.

Micaela lo miró escrutadora. Fuentes pensó que a aquella mujer no se le escapaba ni una.

—¿Y a dónde iban Rosa y la vasca ayer con esta nieve?

—A Torre Baltasara —respondió Fuentes.

—Vaya día para hacer excursiones…

Fuentes miró a Matías para saber si le parecía prudente contar algo

más. Matías se encogió de hombros y Fuentes se decidió. Total, ¿qué tenían que perder? Si esa mujer era la cotilla que parecía, quizás podía contar algo de interés.

—Querían saber por qué iba José a Torre Baltasara el verano que murió.

—El verano que lo mataron, querrá decir.

Fuentes se quedó cortado. Había elegido la expresión por considerarla más apropiada para hablar con una anciana, pero estaba claro que la mujer no era amiga de eufemismos.

La mujer echó un chorro de coñac a su café y ofreció la botella a sus invitados, que lo rechazaron.

—No sé por qué ese verano a todo el mundo le dio por ir a Torre Baltasara. No sé yo qué se les había perdido allí…

—¿Qué quieres decir con todo el mundo, Micaela? —preguntó Matías.

—Mario también iba. Y el cura. Pero no conseguí enterarme a qué venía tanto trajín.

Fuentes supuso que la mortificó no conseguir más información.

Se demoraron un poco más hablando del temporal y en cuanto les pareció que la cortesía lo permitía, volvieron a casa de Matías.

Al llegar a la casa contaron lo averiguado a sus compañeros.

—¿Puede tener algo que ver lo que hacía José con los demás? —preguntó Carmen.

—No lo sé —contestó Matías—. El padre Ángel siempre ha sido también cura de Torre Baltasara. Igual tenía algún enfermo que visitar… Mario, ni idea. El médico no mencionó que acompañase a José, pero igual se habían repartido las tareas y le estaba ayudando.

—Rosa ha llamado, que viene en media hora —dijo Carmen—. Podemos preguntarle.

Fuentes se asomó a la ventana. Se había cubierto de nuevo y estaba empezando a nevar. A este paso iban a pasar el invierno en Fuenrota.

CAPÍTULO 24 (Iñaki)

Iñaki también se dio cuenta de que comenzaba a nevar. No sabía por qué le alegraba más: si por poder prolongar la investigación o por pasar más noches con Lorena.

Por fin tenía la sensación de que habían dado con algo. Mientras Fuentes y Matías hablaban con el médico de Fuenrota, ellos habían estado buscando información. Carmen les dijo que don Rosendo había hablado de nerviosismo, temblores, algo del tiroides… Tecleó en Google: «intoxicaciones que producen temblores y nerviosismo» «intoxicaciones que alteran tiroides». Quedó abrumado por la cantidad de páginas que aparecieron. Listas interminables de fármacos que producían esos síntomas: anfetaminas, teofilina, cafeína, ciclosporina; temblores en psiquiatría; hongos que causan temblores y otros síntomas neurológicos. El hipertiroidismo y el hipotiroidismo, ¿de cuál se trataba? Era demasiado amplio para resultar de utilidad.

Después de la vuelta de los dos hombres, mientras Matías llamaba al padre Ángel, Lorena y él volvieron a las cajas de papeles por si encontraban alguna pista nueva. Lorena cogió los extractos del banco por si veía algún pago al Instituto Químico Poveda o al Centro Hipócrates.

Iñaki miró una carpeta de recibos y facturas cuidadosamente, pero no encontró nada. Siguió con la carpeta «Miscelánea» y entre notas, listas y folletos encontró una carta del Instituto Poveda. Decía así:

Estimado señor Arce:

Le adjuntamos el presupuesto del análisis que nos encomendó. El importe

serían 3500 ptas. Si está de acuerdo, puede escribir o llamar diciendo el siguiente número de referencia: 863915D. En el plazo máximo de una semana tendrá los resultados.

Atentamente,

Sebastián Mendoza

Emocionado, le pasó la carta a Lorena.

—¡Esto nos facilitará mucho las cosas! —dijo Lorena. Y le tendió la carta a Carmen.

Estaban en plena discusión acerca de si era mejor intentar ir en persona o llamar por teléfono cuando llegó Rosa. Esta fue de la opinión de que era mejor intentarlo en persona y ofreció su coche. Por fin quedó decidido que irían ella, Iñaki y Lorena.

Antes de salir, Rosa se acercó a la mesa de los papeles.

—El otro día vi una cosa aquí… —dijo.

Rebuscó entre las notas y sacó una pequeña etiqueta.

—He visto esto en algún sitio, déjamela para ver si consigo recordar.

Mientras, los otros se pondrían en contacto con el padre Ángel y se encargarían de preparar la comida.

El todoterreno de Rosa era el mejor de los tres que habían utilizado esos días y ella era una conductora experta. Con todo, la cantidad de nieve era tal que hacía muy difícil avanzar y emplearon mucho tiempo en recorrer los escasos kilómetros que los separaban de Villarcayo. Durante el camino, contaron a Rosa la conversación con don Agustín y con Micaela.

Rosa pareció sorprendida.

—¿Mario? ¡Qué raro!

—¿Qué crees que podía hacer en Torre Baltasara? —preguntó Lorena.

—No tengo ni idea. En aquella época yo no trataba mucho con Mario. Él estaba muy liado con su trabajo. ¿Creéis que acompañó a José en sus gestiones? Pero ¡me hubiera dicho algo!

Se quedó un rato callada, pensativa.

—Hay algo que molesta a Mario en este asunto. No me parece natural su resistencia a que hagamos indagaciones. Quizás sabe algo y le parece peligroso…

—Pero, después de tantos años… —dijo Iñaki.

—Eso solo podría significar que es alguien que está cerca —respondió Rosa.

A los tres les vino a la mente Jesús Arana.

Por fin llegaron a Villarcayo y encontraron el Instituto Poveda.

—Solo falta que esté cerrado por las nevadas.

—Cerrado, no creo —respondió Rosa—, pero es posible que no haya mucha gente. Los que vivan en el pueblo o muy cerca. Mira lo que nos ha costado llegar de Fuenrota.

En el vestíbulo del Instituto Poveda, una recepcionista joven atendía una llamada. Cuando quedó libre les pregunto en qué podía ayudarlos con una sonrisa.

Habían decidido ajustarse lo más posible a la verdad, así que Iñaki le dijo:

—Queremos hacer una consulta acerca de un trabajo de hace muchos años. ¿Hay alguien aquí que ya trabajara en el año 93?

La chica puso una expresión concentrada como si le hubieran preguntado por alguien que trabajara en el Pleistoceno. Por fin respondió.

—El señor Martín, de Contabilidad, lleva aquí muchos años. Está a punto de jubilarse. Lo llamo.

Se miraron entre sí animados. El anciano de la tribu había ido a trabajar, pese a la nevada. Eso les daba alguna posibilidad.

El señor Martín tenía un aspecto estupendo, no parecía próximo a los sesenta y cinco que debía tener. Se acercó y preguntó amablemente qué deseaban.

Iñaki se presentó.

—No sé si se acordará de un asesinato que hubo en el 93 en Fuenrota: José Arce.

—¡Por supuesto! Afortunadamente, estos casos no son frecuentes por aquí y hablamos mucho del tema. Nunca se supo quién había sido, ¿verdad?

Iñaki asintió.

—José Arce era mi tío. He venido a vaciar la casa de Fuenrota y estoy intentando reconstruir los últimos días de su vida. He encontrado una carta que le escribieron ustedes y me gustaría saber si podemos saber a qué se refiere.

Le tendió la carta, que el hombre leyó con atención. Levantó la vista y dijo:

—¿Cree que puede tener algo que ver con su muerte?

Iñaki se encogió de hombros.

—Seguramente, no, pero…

—Ya —dijo el hombre—, le entiendo. Antes de tirar todos los papeles, hacer un último intento. No saber es muy malo.

Parecía recordar algo cercano. Iñaki permaneció en silencio.

—Creo que podemos encontrar el expediente con ese número. Hemos terminado recientemente de informatizar los archivos y dentro de poco nos desharemos de todo lo que está en papel, pero por ahora está en el sótano. Vengan conmigo.

Bajaron un tramo de escaleras y el señor Martín abrió una puerta. Daba a una escalera metálica que bajaba a una sala rectangular bastante grande. Hacía mucho frío allí, al contrario que en el resto del edificio. Observó el gesto de frío de Rosa y Lorena, y les dijo.

—No se preocupen, no tardaremos. El archivo está muy bien ordenado por años y cada año por orden alfabético.

Efectivamente. No le llevó más de cinco minutos sacar una carpeta amarilla con unos documentos.

—Aquí tienen. Está todo: la solicitud, la factura, los resultados de las pruebas y el informe final.

Le tendió la carpeta a Iñaki, que la abrió y leyó el informe final. Después de varias frases que describían el tipo de análisis a que habían sometido la muestra, revelaban que el resultado del contenido era clembuterol.

El viaje de vuelta se les hizo eterno. Iñaki ardía en deseos de comentar con todos el hallazgo.

—¿El clembuterol no es lo de las vacas locas? —preguntó Iñaki.

—No, lo de las vacas locas fue más tarde —respondió Rosa—. Me acuerdo porque lo comentamos mucho con Mario en casa. Era el año en que monté la academia, el 96.

—Pero tiene algo que ver con las vacas, ¿no? —preguntó Lorena.

—Sí, creo que sí —respondió Rosa—. El que sabrá de ese tema es Mario. A ver si consigo que me hable. Cada vez estoy más convencida de que ayudó a José en sus pesquisas y no me lo quiere decir. No entiendo por qué.

—Sería lo lógico. José debería haberle preguntado a él antes que a nadie —dijo Iñaki.

Cuando llegaron a Fuenrota, Rosa los dejó en casa de Matías.

—Voy a casa —dijo—. Con suerte Mario no ha ido a trabajar y le pregunto. Prefiero hacerlo en persona que por teléfono. Le será más difícil mentirme. Luego me reúno con vosotros.

CAPÍTULO 25 (Lorena)

Todos se sintieron muy satisfechos de los progresos realizados en el Instituto Poveda. La comida ya estaba lista, pero Lorena e Iñaki decidieron llevarse un plato a la mesa del ordenador y buscar más información acerca del clembuterol. Antes que nada, llamaron al Centro de Bioinvestigación Hipócrates. Quizás con los datos obtenidos, podían ayudarles a averiguar qué preguntó José allí.

Lorena se encargó de la llamada. Fue una gestión un poco más complicada que la del Instituto Poveda. Finalmente, después de mucho insistir, logró que le pasaran con una bióloga que llevaba veinticinco años trabajando allí. La mujer fue amable, pero desde el principio le pareció imposible encontrar nada. Además, no recordaba a José Arce, lo que quizás hubiera sido de ayuda, porque pasó ese verano en Estados Unidos con una beca.

—Compréndame —dijo—. Si tuviera algún dato más… No sabemos siquiera si hizo una consulta formal o vino a pedir información. No guardamos la correspondencia de tantos años atrás.

—En aquellos años no era como ahora, no era tan fácil acceder a la información. ¿Cree que pudo acudir a ustedes para saber algo acerca del clembuterol?

El tono de la mujer expresó duda al responder.

—Es posible… Aunque hubiera sido más sencillo ir a una biblioteca. De todas formas, eran nuestros inicios, no teníamos tanto trabajo y no era raro que la gente se presentara con consultas de ese tipo. Si hubiera venido le habría explicado que los principales síntomas de una intoxicación por clembuterol son nerviosismo, irritabilidad, taquicardia, dolor de cabeza,

temblores…

Después de agradecerle su ayuda, Lorena se despidió.

Le contó el resultado de su conversación a Iñaki.

—¡Era eso! —dijo él—. Los síntomas que aparecían en una de las notas.

Rebuscó un momento en la caja y le tendió un papel a Lorena.

Sus búsquedas en Google no aportaron nada diferente. Se acercaron a la mesa y Lorena explicó a los otros su última gestión.

—Ahora no se me ocurre qué más hacer, aparte de ver si Rosa consigue algo de Mario —dijo Carmen.

—No sé quién pudo querer envenenar las aguas. Tendría que ser un loco —dijo Iñaki—. ¿Había alguien por aquí a quien hubieras creído capaz de hacer una cosa así?

Lo dijo preguntando a Matías. El hombre negó con la cabeza.

—Aquí en Fuenrota, no. En Torre Baltasara no los conozco tan bien, pero lo dudo. Sobre todo, sin un motivo, ¿quién puede querer intoxicar a un pueblo?

—¿El vendedor de un remedio? ¿Alguien que quiere tierras a bajo precio? —Lorena iba soltando todas las ideas que le pasaban por la cabeza—. ¿Los de la secta para vengarse? Ya sé que digo muchas tonterías, pero igual así damos con algo.

Carmen le siguió la corriente.

—¿Por error o accidente? ¿Vertidos de alguna industria cercana?

Matías iba apuntando en una cartulina todas las propuestas y Fuentes buscaba información sobre algunos de los aspectos que aparecían.

—El tratamiento de la intoxicación no produce beneficios. Se utilizan betabloqueantes, como el Sumial, que cuesta 1,42 euros la caja. Y es un medicamento más viejo que la pana. Yo lo usé una vez que tenía que hablar en público.

Matías dijo:

—Fábrica que pudiera hacer vertidos ni había ni hay ninguna cerca.

—¿Un accidente en la potabilizadora de agua? —dijo Carmen.

—O un psicópata… —añadió Lorena.

Matías se rascó la cabeza.

—Yo creo —dijo— que aquí dependemos de la potabilizadora de la

Merindad de Montija. Si pasará algo ahí, afectaría a todos los pueblos de la zona y don Agustín ha dicho que aquí no pasó nada.

—Vaya —dijo Lorena con un deje desilusionado—. Me parecía una buena posibilidad lo de la potabilizadora… No sé vosotros, pero yo no aguanto más, ¿por qué no llamamos a Rosa?

Cuando estaba pronunciando estas palabras, sonó el teléfono de Carmen. Todos la miraron expectantes.

La conversación fue muy breve. Carmen apenas pronunció un par de frases. Cuando colgó los miró.

—Dice que ha encontrado algo muy significativo. Que enseguida viene a contarnos. Parecía muy preocupada.

Pasaron veinte minutos de una espera tensa. Apenas hablaron. Solo Fuentes seguía manejando la tableta y haciendo algún comentario de vez en cuando.

—Pues tampoco parece que la intoxicación esa suela ser mortal… Así que para comprar tierras baratas no parece buen sistema. Mira que tengo yo ganas de colgarle el muerto al alcalde, pero no hay manera…

Los demás no respondían a sus observaciones y miraban el reloj continuamente.

—Ha tenido tiempo de llegar… —dijo Lorena.

Carmen marcó el número de Rosa. Después de unos cuantos tonos, saltó el contestador.

—Estará conduciendo —dedujo Carmen.

Matías fue a la cocina a preparar café e Iñaki puso la tele por si había novedades. La joven meteoróloga tenía una expresión muy seria.

«En el curso de las próximas horas, el temporal que azota la zona noreste de Castilla y León y Cantabria no va a remitir, incluso es posible que empeore. A la nieve habrá que añadir fuertes rachas de viento…».

—No, si al final nos quedamos a vivir aquí… —dijo Fuentes.

Lorena se sentía inquieta. No entendía la tardanza de Rosa y deseaba encontrar la solución al caso, la sentía próxima, pero algo se interponía.

—¿No podríamos hablar con alguien de Torre Baltasara? Deberíamos preguntarle al médico si Mario acompañó a José en sus entrevistas y, si no, averiguar con quién habló él en el pueblo. Y si creen que hay alguien tan loco como para intentar envenenar a la gente. No sé, me consume la espera.

Iñaki la atrajo hacía él y la abrazó. Nadie, ni siquiera Fuentes, hizo ningún comentario. Matías cogió su teléfono y se fue a llamar desde la cocina.

Mientras esperaban, se dedicaron a zapear. Todos los canales hablaban del tiempo, incluso uno con tertulianos gritones que echaban la culpa al Gobierno no se sabía muy bien si de la nevada o de algún otro asunto.

Al poco volvió Matías.

—Don Rosendo dice que José siempre fue solo. Le he preguntado si lo que José quería saber podría tener que ver con el clembuterol. Se ha quedado pensando un rato y me ha dicho que esperara, que iba a consultar un libro. Al momento me ha confirmado que sí. Dice que la intoxicación en humanos es o por medicaciones que toman algunos atletas para aumentar la masa muscular o por comer carne de ganado engordado artificialmente con este producto, que él nunca había oído que las aguas pudieran contaminarse con esa sustancia. Dijo que Mario nunca fue a verlo ni nadie más para hablarle de ese tema. Entonces he pensado en hablar con alguien mayor que trabajara en ganadería para ver si le habían preguntado a él. Conozco a Ramón Peña, que es el ganadero más importante de la zona y es de mi quinta. Recordaba perfectamente el verano en cuestión. Le he preguntado si José o Mario le habían preguntado algo sobre el ganado. Con José no habló de nada y Mario iba a verle para la venta de vitaminas para el ganado.

—¿Vitaminas? —interrumpió Carmen.

—Sí. Eso ha dicho. Comenzaron a probar a final del invierno y ya en primavera se empezaron a ver los resultados. El ganado ganaba peso espléndidamente, mucho mejor de lo habitual. Los primeros meses Mario había suministrado las vitaminas gratis, para que probaran, pero con la idea de hacerlo cobrando si les gustaba el producto. Le extrañó mucho que cuando iban a comenzar a pagar por las vitaminas, se suspendiera el reparto. Según recuerda, Mario le dijo que tenían problemas de suministro de uno de los componentes, algo que venía de Alemania y no llegaba, no recuerda muy bien. El caso, es que se acabó el negocio. No recordaba nada de síntomas ni enfermedades, solo que fue buen año para la venta de terneros.

Todos se miraron con la misma idea que nadie se atrevía a decir en voz alta. Hasta que habló Iñaki.

—¿Mario? ¡Pero Mario no puede haber matado a mi tío! Eran amigos… Era el mejor amigo de José.

Lorena se sentó a su lado y le cogió la mano. Imaginaba la angustia que Iñaki estaba sintiendo, pero a ella le parecía más que evidente que Mario era el asesino o estaba estrechamente implicado en el crimen. Alguien tenía que hacer algo o decir algo, pero todos estaban como petrificados. Habló ella.

—Carmen, creo que tenemos que llamar otra vez a Rosa. Ahora es urgente.

Carmen, muy pálida, asintió. Llamó y esperó lo que a Lorena le pareció un número infinito de tonos hasta que colgó.

—No coge —dijo.

CAPÍTULO 26 (Iñaki)

—Voy a llamar a Mario —dijo Iñaki.

—Espera —dijo Carmen—. ¿Qué le vas a decir?

—Nada, que quiero hablar con Rosa. Tenemos que hablar con ella antes de hacer nada más.

—Vale, de acuerdo, pero mejor le llamo yo.

—No —dijo Iñaki tajante.

Cogió el móvil y se alejó del grupo para hablar más tranquilo. Sabía que todos estaban pendientes de la conversación.

Volvió enseguida.

—Dice que Rosa no está. Que no sabe dónde está. Pensaba que estaba con nosotros. Estaba muy nervioso.

Carmen volvió a marcar el número de Rosa.

—Ahora me dice que está apagado o fuera de cobertura —dijo al cabo de unos instantes.

Se miraron desconcertados.

—Para ir a algún sitio, debería pasar por aquí y no hemos oído ningún coche —dijo Matías.

—Pero ¿dónde iba a ir con esta nieve? —se extrañó Carmen—. Y menos andando… ¿No podía coger otro camino?

—Para salir de Fuenrota, no. Podría llegar al pueblo por el otro lado, pero es más largo. El camino normal es este.

—Pues demos una vuelta por el pueblo a ver si vemos su coche. Andando seguro que no ha bajado —dijo Fuentes.

Matías, Carmen y Fuentes se fueron a dar la vuelta al pueblo en el coche de Matías. Iñaki y Lorena se quedaron en la casa por si aparecía Rosa.

Iñaki estaba muy tenso. Tenía una sensación de irrealidad. Se asomó a la ventana. El paisaje blanco le parecía lunar, el escenario de una distopía. Había anochecido y la luz de la luna se reflejaba en la nieve. Mil ideas le pasaban por la cabeza. Imágenes. Recuerdos de Mario cuando él era niño. Riendo junto a su tío José, jugando al fútbol con él, de charla con su abuela. Al verlo de nuevo le había decepcionado, pero solo porque le pareció convencional y aburrido. Rosa le gustaba mucho más. Pero aquello… Podía creer que hubiera hecho negocios turbios con los piensos para ganar más, pero matar a José… Intentaba pensar como un policía. Motivos, oportunidad, los medios en ese caso eran básicos. Si no hubiera nadie conocido implicado, ¿qué le parecería? Se pasó una mano por la cara como para intentar borrar las preocupaciones. Sintió a Lorena cerca, pegada a él.

—Me voy a volver loco, Lorena.

Ella hizo un ruidito suave, como para calmar a un niño.

—¿Crees que ha sido él?

Ella pensó un momento antes de responder.

—De todo lo que hemos visto hasta ahora, es lo único que tiene sentido. Hemos dado mil vueltas a la figura del alcalde sin encontrar nada. Lo mismo con Kiran. En Mario ni hemos pensado, pero es el único que tenía un motivo claro. Por lo que cuentan de José, si hubiera sabido que Mario estaba haciendo eso, lo habría denunciado.

—Quizás hubiera hablado con él…

—Quizás lo hizo y Mario se asustó.

—¿Dónde puede estar Rosa? ¿Qué le dijo a Carmen cuando llamó?

—Que había encontrado algo muy importante o muy significativo. No tengo ni idea de dónde puede estar.

—A lo mejor lo que pasa es que no quiere hablar con nosotros. Ha descubierto que Mario está implicado y quiere protegerlo.

—Entonces, ¿por qué ha llamado? Igual ha querido asegurarse de algo, hablar con alguien. No sé. A ver si estos la localizan…

Cuando oyeron un coche se precipitaron a la ventana. Eran Matías, Fuentes y Carmen. Volvían solos.

Entraron con expresión sombría.

—No hay ni rastro del coche de Rosa —dijo Matías—. Hemos preguntado en el hotel, a Micaela y al cura. Nadie la ha visto pasar. Tampoco

los que estaban en el bar.

—Yo la he llamado tres veces, pero todo el tiempo me sale apagado o fuera de cobertura —dijo Carmen.

—A ver si le ha dicho el marido que no baje. Igual se han peleado —dijo Fuentes.

Iñaki se puso en pie.

—Lo primero es aclarar si su coche está en casa o no. Tienen dos coches, ¿verdad, Matías?

El hombre asintió.

—Déjame las raquetas —dijo Iñaki a Fuentes—. Voy a ver si falta uno.

—Ve en coche, hombre. Hay un trecho largo —dijo Carmen.

—No. Prefiero no hacer ruido. Tienen garaje y creo que en el lateral de la casa hay un par de ventanas que dan al interior. Me fijé cuando nos enseñó la casa.

—Matías —dijo Fuentes—, ¿no tienes otras? Así le acompaño.

Pero Iñaki no le dio tiempo a responder.

—No, gracias, Fuentes. Cuanta menos gente, más discreto. No tardaré. Sé caminar bien con raquetas.

Salió de la casa sin perder más tiempo y comenzó a subir la cuesta que llevaba a la casa de Mario y Rosa. Pasados unos cien metros, decidió dejar la parte más despejada, no se podía hablar de carretera porque no había ni rastro de ella, y comenzó a subir por la zona boscosa que quedaba a su derecha. Pretendía pasar inadvertido en caso de que Mario estuviera vigilando la entrada de la casa. La ascensión resultó más penosa de lo que pensaba. No sabía calcular la distancia, quizás un par de kilómetros, pero la ruta resultaba muy empinada. Paró un momento a descansar. Le dolían los ojos del frío. Había visto en su teléfono que estaban a diez bajo cero. En algunos tramos la nieve estaba helada y estuvo a punto de caerse un par de veces.

Por fin divisó la silueta de la casa. Se veía luz en una de las ventanas del piso de arriba. Iñaki sabía que resaltaría con su ropa oscura sobre la blancura refulgente de la nieve. Pasó un rato mirando con atención la ventana iluminada. No vio ninguna silueta. Si no estaba equivocado, la ventana correspondía al estudio de Mario. Probablemente, estaba sentado frente al escritorio. Con mucha precaución, abandonó el cobijo de los árboles y se

dirigió sin hacer ruido a la parte lateral de la casa, donde recordaba haber visto las ventanas del garaje. Se acercó. No había ninguna luz que iluminara esa parte del jardín. No se veía nada del interior. Sacó su móvil y encendió la linterna. Allí estaban, perfectamente aparcados, dos todoterrenos. El Mercedes granate de Mario y el Toyota negro de Rosa.

¿Qué debía hacer ahora? Era probable que Rosa estuviera en la casa. Lo más sensato sería reunirse con los demás y pensar un plan de acción, pero tenía sensación de urgencia, de que algo malo estaba a punto de suceder. Se alejó de nuevo de la casa. Desde su escondite tras los árboles llamó a Lorena.

—Los dos coches están aquí.

—De acuerdo —le respondió ella—. Ven y pensamos qué hacer. Quizás deberíamos llamar a la Guardia Civil.

—¿Con qué motivo? No tenemos pruebas de nada, pensarán que estamos chiflados.

—Por la desaparición de Rosa.

—Mario es su marido y no ha llamado. No nos harán caso. En cualquier caso, tardarían mucho en llegar. Voy a entrar.

—No seas loco, Iñaki. Ese hombre puede ser peligroso y no tienes tu arma aquí.

—No te preocupes. Tendré mucho cuidado. Esperaré a que esté dormido. Os llamo en un rato.

Colgó y se cercioró de que su teléfono estaba en silencio. La luz de la ventana llevaba un rato apagada, pero era temprano. Tendría que esperar hasta estar más o menos seguro de que Mario estaba dormido.

Al cabo de media hora no sentía los pies ni los dedos de las manos, pese a llevar guantes y botas. No podía estar una hora más esperando en la nieve. Consultó su reloj. Pasaban diez minutos de las once. Decidió intentar entrar en el garaje y esperar allí. Una de las ventanas tenía un cristal roto y un cartón tapaba el hueco. Lo empujó hacia dentro y metió el brazo buscando la falleba. No conseguía notarla al tacto. Encendió la linterna y por fin la vio. Abrió la ventana, que rechinó de una forma que se le antojó escandalosa. La ventana quedaba un poco alta, por suerte Iñaki estaba en forma y pasó al garaje sin grandes dificultades. Cerró la ventana y se quedó quieto por si oía algo. El silencio era absoluto. Una puerta de madera comunicaba el garaje con la vivienda. No sabía muy bien cuál debía ser su siguiente paso. Mario les

había enseñado la casa y más o menos recordaba la estructura, pero no tenía ni idea de si Rosa estaría en la casa, si dormiría apaciblemente en su cama o si Mario le habría hecho algo. Él no era un hombre muy imaginativo ni aprensivo, pero tenía la sensación de peligro inminente desde que se acercó a la casa. A la luz de la linterna comenzó a explorar la planta baja. Le pareció que algunas maderas crujían y se quitó las botas. Recordó que en la cocina había una puerta que comunicaba con la escalera que bajaba a la leñera. Intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Miró a su alrededor. Sobre la mesa había una llave con un llavero de Ganconfort. Probó y abría la puerta. Bajo con cuidado iluminándose con la linterna. Temía que no le quedase mucha batería. Entonces la vio. Rosa lo miraba con ojos desorbitados. Un pañuelo le tapaba la boca y unas bridas le sujetaban muñecas y tobillos.

Se acercó a la mujer y le retiró la mordaza. Rosa gritó inmediatamente:

—¡Cuidado, Ignacio!

Iñaki se giró y vio a Mario apuntándole con una escopeta de caza. Levantó las manos. Mario se acercó a Rosa y le soltó las muñecas.

—Ahora me vas a ayudar, como una buena esposa —dijo tendiéndole unas bridas—. Pónselas a Ignacio.

Rosa obedeció. Cuando hubo terminado, Mario soltó el arma y le volvió a poner una brida a ella.

—Así mejor. No me fiaba de separarme de la escopeta mientras estuvieras suelto. Mi Rosita es más manejable.

Iñaki lo miraba asombrado. No reconocía al hombre que tenía delante. Ese Mario blandito y simple había desaparecido. Apretaba las mandíbulas con rabia mientras decía:

—Tenías que venir tú a removerlo todo. Eres igual que tu tío, santurrones, metetes, siempre sabiendo lo que está bien y lo que está mal. Le dije a José que lo dejara estar, pero se empeñó en decir que estaba jugando con la salud de las personas. Era solo un problema de dosis. Lo hubiera corregido enseguida, pero no, él tenía que denunciarme…

Miró con desprecio a su mujer.

—Y tú, después de todo lo que he hecho por nuestra familia. Tantos años trabajando sin descanso por vosotras. Y sabías que había prescrito, bastaba con que te quedaras calladita. Pero no, la señora se tenía que pasar al

bando de los beatos. Por lo visto querías más a José de lo que me has querido a mí nunca. Siempre con aires de gran señora, como si fueras mejor que yo…

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Iñaki—. Mis amigos saben que estoy aquí.

Mario rio.

—No necesito mucho tiempo. Ahí detrás hay un barranco por el que se va a caer Rosa en un momento. Luego oiré unos ruidos y dispararé creyendo que hay un ladrón. Un accidente, quedaré destrozado. No voy a renunciar a toda mi vida por un par de idiotas. No te preocupes, cariño —dijo mirando a Rosa—, me ocuparé de las niñas.

Dicho esto, soltó la brida de los tobillos de Rosa y comenzó a empujarla escaleras arriba. Rosa se resistía, pero Mario era más fuerte. Dejó el arma en el suelo para poder agarrar mejor a la mujer y tiró de ella hasta la cocina.

Iñaki se sentía desesperado. Había sido un completo imbécil al acometer aquella tarea en solitario. Intentó mover las manos dentro de las bridas, pero no consiguió nada. Con las prisas a Mario se le había olvidado amordazarle. No iba a servir de nada, era una casa aislada, pero comenzó a gritar con todas sus fuerzas. Oyó la risa de Mario arriba.

—Ya puedes gritar, no te van a oír ni los lobos.

Escuchó la puerta de la calle y después nada. El corazón le latía como si se le fuera a salir del pecho. Intento ponerse de pie, pero le resultó imposible. No sabía a qué distancia estaba el barranco de la casa, pero si pensaba llevar a Rosa caminando, no podía ser lejos. Transcurrieron los quince minutos más largos de su vida. De pronto, oyó voces en el piso de arriba y la cara de Lorena se asomó a la escalera.

—¡Corred! —gritó Iñaki—. ¡Tiene a Rosa!

Lorena bajó corriendo las escaleras.

—Tranquilo. Fuentes ya lo tiene. Por suerte traía su arma. Rosa está bien.

Mientras hablaba fue cortando las bridas y lo abrazó. Iñaki se abrazó a ella llorando y después de unos instantes para recobrar la movilidad, subieron a la cocina. Rosa estaba sentada con una manta por encima y Fuentes apuntaba a Mario con su arma.

Lorena estaba llamando a Carmen para contarle las novedades y

pedirle que llamara a la Guardia Civil.

Iñaki sintió una llamarada de rabia que le subía por el pecho. Se lanzó sobre Mario y lo derribó de la silla. Comenzó a golpearlo sin que el hombre tuviera ninguna posibilidad de defenderse. Fuentes le pasó el arma a Lorena y contuvo a su compañero.

—Ya, Iñaki, ya. Esto se ha acabado. Déjalo en paz. Tú no eres así.

Carmen y Matías no tardaron en llegar. La Guardia Civil les había asegurado que llegarían tan pronto como pudieran. Encontraron a Mario en la cocina atado con las mismas bridas que él había utilizado. Estaba callado y con la mirada ausente. Los miró como si no los reconociera.

Los demás estaban todos sentados en el salón con tazas de café en las manos. Rosa tenía un aspecto extrañamente sereno, Iñaki estaba muy pálido. Les hicieron un resumen de los hechos. Después permanecieron en silencio, incluso Fuentes parecía considerar impropio soltar frivolidades. Un reloj de pared dio las dos instantes antes de que el timbre los sobresaltara a todos.

CAPÍTULO 27 (Cabo Morales e Iñaki)

El cabo Morales y el guardia Ruiz se prometían una noche apacible. A decir verdad, Espinosa de los Monteros era siempre un puesto bastante tranquilo y solo en fiestas o a veces los fines de semana había peleas en algún bar. Las nieves de los últimos días tenían a toda la población recluida en casa y, aunque el turno de noche se hacía largo, los dos hombres pensaban echar una cabezada. De madrugada los despertó la llamada de una mujer. Hablaba deprisa y con un tono autoritario. Morales entendió que era una riña doméstica e intentó convencerla de que era mejor esperar a la mañana siguiente. Fue inútil. La mujer mandona (así la llamó él) le dijo que no estaban hablando de una riña, sino de un intento de homicidio y que, aunque tenían al hombre controlado, era preciso que acudieran de inmediato a Fuenrota. Algo en su tono disuadió a Morales de intentar convencerla y rezongando se dirigió al Land Cruiser acompañado de Ruiz.

Cuando llegaron a la dirección que la mujer les había facilitado, el cabo no entendía qué cuernos hacía tanta gente en aquella cocina. Aquello parecía más una cena de Navidad que la escena de un delito. También le sorprendió ver a un hombre amarrado con bridas de plástico. Era un hombre de aspecto suave, blandito, con apariencia de no haber roto un plato en su vida. Morales se imaginó una riña familiar que se les había ido de las manos. Una mujer, a la que inmediatamente identificó como la mujer mandona, se acercó a él. Se presentó como oficial de la Ertzaintza y el cabo estuvo a punto de cuadrarse. Con tranquilidad y sin embarullarse en ningún momento les explicó lo sucedido aquella noche y los orígenes del asunto, veinte años atrás.

Ruiz y él parecían dos escolares oyendo a una maestra, aunque el cabo estaba un poco amoscado. ¿Un crimen antiguo? ¿Un grupo de la

Ertzaintza que se dedica a resolver crímenes en Burgos? Y aquella mujer, ¿quién era? ¿La señora Fletcher? Además, el presunto homicida parecía un tocinillo de cielo, no era posible que hubiera hecho todo eso de lo que lo acusaban. En cualquier caso, el hombre joven y la otra mujer mayor tenían marcas de haber estado atados y él no se sentía con fuerzas de oponerse a la *ertzaina* mandona a aquellas horas de la madrugada.

Llamaron al puesto y por fin decidieron llevarse al hombre detenido. Le informaron de sus derechos y él asintió con aire dócil y colaborador. El cabo Morales seguía pensando que allí debía de haber algún error, que ese gordito simplón no podía haber hecho daño a una mosca. Entonces advirtió la mirada que el detenido dirigía a su mujer y se le erizó el vello. No había visto una expresión de odio más intensa en toda su vida.

*

Cuando se quedaron solos decidieron bajar todos, incluida Rosa, a casa de Matías. Habían acordado que la mujer pasaría allí la noche y, en cuanto llegaron, Matías sirvió unas copas de coñac «para calentar el alma», según dijo. Luego preparó una habitación para Rosa. La mujer parecía exhausta, pero aún encontró fuerzas para responder a Carmen, que le preguntó:

—¿Cómo llegaste a sospechar de él?

—En cuanto se habló del clembuterol, algo me comenzó a inquietar. Y luego estaba la etiqueta. Por fin recordé que era como las que antes ponían en la empresa de Mario en sus productos. Cambió el formato hace años, pero las recordaba. Además, la etiqueta incluye la dirección del polígono donde trabajaban entonces.

»Al principio quise pensar que quizás era uno de sus socios, al que a lo mejor Mario había encubierto, pero no era el autor material. Realmente pensaba que apreciaba a José. Aproveché que estaba en el garaje para revisar todos sus papeles y cajones. Es muy ordenado, casi obsesivo, tiene carpetas clasificadas por años que no tira, aunque hayan pasado décadas. Parte de los documentos está en un armario cerrado con llave, pero yo sé dónde la guarda. En la carpeta del 93 encontré el informe del centro Poveda. No sé por qué lo guardó, supongo que es esa estúpida manía de ordenar y clasificar.

»Cuando subió al estudio yo lo estaba esperando con el papel en la mano. Para que vean su mezcla de maldad e ingenuidad lo único que se le

ocurrió decirme fue: «Bah, no te preocupes, ese asunto ha prescrito».

»Al ver mi cara puso una expresión desconsolada, como un niño al que riñen injustamente. Intentó explicarme la historia. Dijo que José era un pesado que iba impartiendo justicia por el mundo, que él le había contado en confianza que iba a hacer un negocio buenísimo con un producto para el ganado. José le había preguntado si era seguro y él había dicho que suponía que sí. Por lo visto, José, que lo conocía bien, no se quedó tranquilo y le robó un bote de las vitaminas, que mandó analizar. Luego comenzó a remover las cosas con don Rosendo y con los del Instituto Hipócrates y se presentó un día con el maldito informe. «Tuve que hacerlo», me dijo. »Y encima me fastidió el negocio», añadió. Yo sabía que Mario necesitaba guía, pero pensaba que era capaz de cosas menores: defraudar a hacienda, cobrar una comisión, pequeños chanchullos sin importancia, no pensé que no tuviera límites.

La mujer calló con expresión agotada. Lorena le acercó un vaso de agua.

—Le dije que te lo iba a decir —prosiguió— y entonces se volvió loco. Me dio tal bofetada que me tiró contra el mueble y perdí el conocimiento. Cuando me desperté me encontré atada y amordazada en la leñera.

Cuando terminó con la explicación, Rosa pidió que la disculparan y se fue a su habitación.

Nadie parecía querer moverse. Iñaki deseaba volver al hotel, pasar unas horas a solas con Lorena, quitarse todo el odio y la rabia de encima, pero entendía que necesitaban un momento para cerrar el caso. Quería agradecer a todos la ayuda. Sin ellos habría sido un fracaso. Los miró con afecto. No le salían las palabras. Le hubiera gustado decir algo bonito, expresar su cariño, su gratitud, pero se sentía congelado. Por suerte, antes de que abriera la boca, Fuentes miró su móvil y dijo:

—¡Vaya por Dios! Se acaba el temporal. Mañana suben las temperaturas. Ahora que podíamos pasarlo un poco bien, se jodieron las vacaciones de invierno.

Carmen gritó:

—¡Fuentes!

Y a todos les entró un ataque de risa.

EPÍLOGO (LORENA)

Lorena iba sentada detrás junto a Sol, la madre de Iñaki. Este conducía y Juan Antonio, el padre, ocupaba el asiento del copiloto. La madre tenía los ojos rojos y apenas habló en todo el camino. Juan Antonio intentaba dar una apariencia de normalidad al viaje hablando de los lugares que atravesaban, de cuándo se construyeron las autopistas o de sitios en los que paraban a comer cuando Iñaki era pequeño. Lorena intentaba responder a sus esfuerzos, aunque ella hubiera preferido ir en silencio.

El trayecto fue rápido, más que la vez que fueron en diciembre. Había pasado poco más de un mes y a Lorena se le antojaba un año. La carretera estaba desierta y hacía un día espléndido. No viajaba mucha gente los miércoles por la mañana.

A las once estaban en Fuenrota, ventajas de madrugar. Fueron directamente a casa de Matías, que los estaba esperando trajeado y elegante. Los hizo pasar y, pese a sus protestas, les sirvió un café.

—El padre Ángel nos espera a las doce en el cementerio. Vendrán algunos vecinos. Yo no he dicho nada a nadie, pero ya sabéis cómo es esto. Micaela ha dicho que vendrá, la pareja que lleva el hotel también y no sé si caerá algún otro.

Hizo una breve pausa y prosiguió:

—Mario está en la cárcel a la espera de juicio.

Sol se encogió de hombros. A las once y media cogieron los coches y se encaminaron al camposanto. Estaba a las afueras del pueblo y el camino era una cuesta pronunciada. A Lorena le gustó el lugar, tan pequeño, con tumbas en el suelo y una sola pared de nichos. Estaba cuidado y pequeños parterres frente a las tumbas lucían prímulas, pensamientos y crisantemos. Se fijó en

que la tumba de José también tenía plantas y supuso que sería cosa de Matías.

El padre Ángel ya estaba allí. Abrazó a la madre de Iñaki con fuerza y dio la mano a Juan Antonio y a Iñaki. Al momento llegaron Micaela, Marga y Antonio. El sacerdote propuso comenzar con el responso. Cuando inició los rezos se oyó el chirrido de la puerta. Todos se volvieron, excepto Sol. Rosa, muy pálida y con un ramo de flores, entró en el recinto.

El servicio fue breve. Marga y Antonio les propusieron ir a su hotel a tomar algo antes del viaje de vuelta. Rosa se acercó a la madre de Iñaki y le susurró algo al oído. Sol asintió. Dejó parte de las flores sobre la tumba y entregó el resto a la madre de Iñaki. Salieron del cementerio y la pequeña comitiva las siguió. Bajaron caminando hasta la casa que había sido de la familia hasta el mes anterior. Allí Sol dejó la mitad de las flores y después se dirigieron a un terreno algo más alejado del núcleo del pueblo. Lorena supo después que era el lugar donde había aparecido el cuerpo de José. La mujer dejó el resto de las flores, se abrazó a Rosa y rompió a llorar. Lorena miró a Iñaki y vio que también tenía los ojos llenos de lágrimas. Le cogió la mano y pensó que, si esa familia aprendía a llorar, quizás comenzaría a sanar sus heridas.

AGRADECIMIENTOS

Mucha gente me ha ayudado y animado durante la construcción de esta novela, en la que he pasado momentos difíciles: mis compañeros de *Txapel noir* Jon Arretxe, Javier Abasolo, Juan Infante, Javier Sagastiberri y, sobre todo, Noelia Lorenzo Pino, que ya conoce *Una investigación laica* por todas las costuras; Patricia, siempre resolviendo dudas gramaticales; Almudena, la reina de la coma; Natalia, que resuelve dudas técnicas; Jokin, el mejor lector cero del mundo (aunque se queja de que no le hago caso); José Francisco Alonso, que me puso en contacto con Cosecha negra; Pedro J. Martín, que ha confiado en mí, y Julio, que, entre otras muchas cosas, me acompañó de excursión un mes de enero por las Merindades en busca de lugares donde pudiera desarrollarse esta historia.

.